El Plebiscito de los Mártires

Selección de artículos periodísticos

de

Anacleto González Flores

con una presentación del señor licenciado don Efraín González Luna

Guadalajara, Jalisco
MMIV

PRESENTACIÓN

Una aureola de santidad unge ya su memoria como ungió la veneración popular su cuerpo destrozado y sangriento. Un destino extraordinario condujo sus pasos por caminos de ejemplar elevación hasta una muerte heroica.

Solo una vocación providencial dilectísima es clave de su vida.

Su infancia está rodeada de un medio sin tradición, sin horizontes, sin nada que trascienda de una mediocridad muy limitada. Ni la intensa pulsación de la religiosidad, ni la audacia y la energía en la acción, ni el anhelo intelectual ni la apostólica generosidad pudieron tener allí un punto de partida o si quiera un punto de apoyo. Todo lo empujaba a una modesta y estéril obscuridad. La pobreza -que él amó siempre a pesar de haber sido duramente pobre y de que pudo dejar de serlo sin grandes esfuerzos- le impuso en la adolescencia el yugo bendito del oficio manual.

Pero una dación directa de Dios le había dotado de dinámica riqueza personal...

Desde niño se le conocía como *el Maestro*. Nació de su nativa y precoz aptitud didáctica, de su congénita virtud de autoridad. En la pequeña escuela de primeras letras era el suplente obligado en las momentáneas ausencias del maestro y su fiel auxiliar. Quienes le conocimos íntimamente podemos testificar la pureza cándida y viril de su conducta en todos los aspectos de la vida. No recordamos el menor desfallecimiento ni la menor desviación. Era una consumada realización de sus ideas morales, un bello ejemplar católico de intachable integridad. No padeció la dolencia lacerante que anula tantas capacidades y frustra obras brillantes de posibilidad casi realizada... Él tuvo en grado extraordinario la vocación y la aptitud para un apostolado prestigioso y ardiente y encontró en si mismo y en su vida ejecutores dóciles de ideal. En estas condiciones, la obra que realizara tenía que ser, como fue, continua, profunda, fuerte y, en suma, ejemplar.

Su fuerza privilegiada de gravitación espiritual atrajo siempre a cuantos de cerca le rodeaban en las situaciones mas disímbolas. Nadie escapó indemne de la inagotable radiación de su hoguera interior. Modeló el alma de muchas para siempre. Marcó a otros direcciones fundamentales que no dejarán de rectificar rumbos torcidos. Sobre todos influyó poderosamente y dejó huellas imborrables.

Aunque su vida toda está compuesta sobre un ritmo heroico, se formaría de él una representación incompleta quien creyera que nunca abandonó la sublime rigidez del gesto épico. Era alegre, con alegría sana y robusta, sin intermitencias ni exageraciones. En el seno de su familia, la satisfacción afectuosa y jovial fluía abundantemente. El anecdotario o la historia de su alegría sería interminable. Júbilo divino, gemelo de su austeridad y de su energía, de su grandeza y de su heroísmo, selló como unción impalpable y prefigura de la deslumbrante gloria sin fin, cada momento del mártir sonriente.

Su Religión fue el motor universal de su obra interior y externa, su Religión entrañablemente conocida y amada. La estudiaba sin cesar, paciente y concienzudamente, en todos sus aspectos y consecuencias, y cada día le trajo un nuevo motivo de certidumbre, de admiración y de amor... No retrocedía ante las disciplinas más ingratas ni desmayó un momento en la tensión febril y ansiosa del conocimiento religioso que alimentaba su vida interior e iluminaba sus empresas. En medio del rudo trabajo que le exigía la

atención del pan cotidiano y sobre el agotante esfuerzo apostólico que no abandonó un solo día, se echaba a cuestas labores desalentadoras para cualquiera voluntad de temple ordinario... La muerte lo arrancó a sus libros y no es infundado suponer que, al aceptar a plena conciencia el supremo sacrificio.

No conoció el respeto humano o lo venció con victoria temprana y decisiva. Todo él era una oración atenta y cálida. Nunca se interrumpió el diálogo deslumbrante entre Dios y él, nunca dejó su alma de estar tendida al infinito en perpetuo dar y recibir... Era frecuente sorprenderlo, en medio del trabajo, de la conversación, del estudio, perdido en instantáneas y solemnes contemplaciones de algo distante y grande que no podía ser sino sobrenatural. La última vez, o una de las últimas que, ya acosado por la muerte, pudo ver a sus hijos, consumió la hora breve y ansiada en enseñarlos a rezar. En sus últimos días, pasaba largo tiempo apartado en reconcentrada oración, presintiendo tal vez la gran entrevista. Y murió rezando. Las manos de su cadáver tenían los dedos en cruz. Los sacramentos le eran fuentes vivas de purificación y de fortaleza. La Eucaristía era positivamente su pan sagrado y necesario de cada día.

Se había forjado una voluntad tenaz e inconmovible, aferrada en la ejecución, incapaz de volubilidad o desaliento, superior e indiferente a los obstáculos y a la magnitud de los sacrificios necesarios. Convencido de que el carácter es la base primordial de las personalidades, construyó la suya cimentándola en un carácter que resistió la suprema prueba: el martirio. Elaborado un propósito, no descansaba hasta haberlo realizado... Como inició tarde sus estudios, a los treinta años iba a la mitad de su carrera profesional. Sufría entonces una indigencia verdaderamente cruel, el extremo de la pobreza. Para no cortar sus estudios, había tenido que aceptar una ocupación modestísima que apenas le permitía comer. La ruina de sus esfuerzos de muchos años y la urgencia de la necesidad económica, unidas a la madurez de la edad, parecían imponer la renuncia de la profesión liberal y la elección de otro género de vida. Sin embargo, no dudó un momento. Al día siguiente comenzó a estudiar de nuevo las clases cursadas hacía muchos años; y paso a paso, en una repetición aplicada, empleó de nuevo varios años en recorrer el camino hasta concluir, siempre con exámenes brillantes, el programa que se había trazado.

El presentó su pecho al brutal martilleo con tranquila entereza desde la juventud. Desde luego renunció al bienestar económico, fácil de lograr para su capacidad y su prestigio con tal que hubiera consentido en una relativa inhibición de su esfuerzo social, en una cierta moderación de su apasionada sed apostólica. No podía resignarse al abandono del paso más difícil porque entrañara cualquier responsabilidad, mucho menos porque se tradujera para él en sacrificio y menos todavía si ésta era de índole económica. Era tan escrupuloso en su desinterés, que, materialmente acosado por la miseria, después de varios meses de abandono forzado de su trabajo, rechazaba todo auxilio por el prurito de no retirar de su acción religiosa y social el más insignificante resultado material.

Vivió bajo una constante y cruel hostilidad de los poderes antirreligiosos. Puede afirmarse que no conoció día sin sobresalto. Las puertas de la prisión se abrieron para él muchas veces. Pero cuando salía de la cárcel continuaba la marcha heroica que llevaba al entrar. No podía ignorar que a cada paso le acechaba la muerte. Varias veces y desde hacía muchos años se le había cercado; pero no la esquivó ni pudo el temor de ella frustrar su vocación. La idea de sacrificio de su vida con seguridad le era familiar.

La Juventud era su campo preferido. Trabajaba en ella y por ella desde antes que llegara a su conocimiento la existencia de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana. En Círculos de Estudios que fundó y animaba con certera visión de su importancia. Era su obra predilecta, su base de operaciones y semillero de sus amistades más caras.

Conocedor profundo de la cuestión social, abogó sin cesar por la organización corporativa del trabajo dentro de los principios cristianos.

En cuanto a la libertad religiosa, fue su preocupación constante y el gran amor de su vida. Se transfiguraba en sus discursos de libertad llegando al máximo de conmovida y enérgica expresión; y nunca, cualquiera que fuese el tema de sus exposiciones verbales o de sus escritos, nunca dejaba de flotar sobre ellos, con presencia inexorable, el gran dolor de la servidumbre y el gran deber de la libertad. Al ver venir para la Iglesia la más grave de sus pruebas, se consagró en cuerpo y alma a fundar y extender una organización popular orientada especialmente a la defensa de la libertad religiosa.

Cuando la persecución llegara al desenfreno más abyecto, su amor a la libertad religiosa debía llegar al heroísmo y al martirio. Así fue. Murió por el derecho. Por el derecho de la Iglesia a la vida y a la libertad.

Guadalajara, Jalisco, 1930
Efraín González Luna

EL PLEBISCITO DE LOS MÁRTIRES

Se repite la Historia. La democracia para votar contra los césares necesita vestir, no la toga blanca y severa del ciudadano de Roma o de Atenas, sino las vestiduras teñidas de sangre que los mártires saben echar sobre sus espaldas. El día en que Sócrates[1] se atrevió a opinar contra el Estado de Atenas necesitó, para dar su voto, levantar su frente austera y serena de mártir, por encima de los bordes de la copa de la cicuta y decir su palabra de filósofo. Poncio Pilatos[2] estrechó al Maestro a que dijera su voto sobre su propia divinidad y Cristo y mozo divino de treinta y tres años que no había frecuentado ninguna escuela ni había asistido al Foro ni al Ágora y que había encallecido sus manos con el serrucho, primero alzó su cara imperturbable de dueño de la eternidad y después a tenderse estrujado, desollado, llagado, sobre el madero de ignominia, para escribir su voto ante los césares. Al día siguiente, por encima de la melena hirsuta de los leones y sobre el acero centelleante de las espadas de los legionarios, los discípulos del Maestro daban su voto contra el paganismo y contra todas sus deidades.

Platón[3] jamás se atrevió a votar contra los de arriba. Y aseguraba, porque creía en la unidad de Dios, que cuando hablaba para el público se refería siempre a los dioses; en cambio, cuando decía su pensamiento de filósofo en la intimidad, más allá de las miradas recelosas de los fuertes, hablaba de Dios. No supo ni quiso votar contra los césares. Porque para votar contra ellos no basta llevar sobre lo más alto del espíritu encendida la estrella radiante de la inspiración ni del genio. No basta haber sabido fundar una escuela filosófica ni haber inventado un sistema. No basta poder trazar *sinos* inmortales en que cante la armonía recóndita de las cosas y del cosmos; es necesario saber y querer escribir con sangre y dejar que sobre la propia carne magullada, sangrante, quede el propio pensamiento fijado para siempre con las torceduras del potro, con la zarpa de los leones o con la punta de la espada de los verdugos. Y porque lo que se escribe con sangre, según la frase de Nietzsche,[4] queda escrito para siempre, el voto de los mártires no perece jamás.

¿Hacia dónde fue dirigido y en qué sentido el voto de Alcibíades[5] o el de Marco Tulio[6]. No lo sabemos. Millares de votos han caído de la mano de los hombres en la corriente tumultuosa de la democracia moderna, abierta a todos los vientos y a todas las tormentas. A pesar de esto, su huella se ha perdido. El voto de los mártires ha tocado bordes de las páginas de la historia y se ha quedado allí para siempre. Ha ido más lejos. A través del silencio de cada hoja de pergamino añadida para formar la historia ha tocado la carne viva de las generaciones y todos los días hace el milagro de resucitar en los espíritus con su clámide de sangre y con el gesto atrevido de un gladiador que nunca se rinde. El mártir es y ha sido siempre el primer ciudadano de una democracia extraña e inesperada, que en medio del naufragio de la violencia arroja su vida para que jamás se extingan ni su voto ni su recuerdo.

---

[1] **SÓCRATES** (470- 399 a.C.). Griego, centra su filosofía en el hombre, no en el mundo físico. Llega al concepto del bien por el análisis de lo útil.

[2] **PILATOS**, Poncio. Procurador romano de Judea del 26 al 36. Pronunció la sentencia de muerte contra Jesús a propuesta del Sanedrín.

[3] **PLATON** (427-348 a.C). Filósofo griego, discípulo de Sócrates, fundó la Academia. Escribió los *Diálogos*. Usa la dialéctica como método del pensamiento.

[4] **NIETZCHE**, Federico (1844-1900). Filósofo alemán, desarrolló el tema del espíritu libre que libera de la servidumbre moral y religiosa a través del pensamiento científico.

[5] **ALCIBÍADES** (450-404 a.C.). General ateniense, discípulo de Sócrates. Obtuvo brillantes victorias entre los lacedemonios. Exiliado en Persia, murió asesinado.

[6] **CICERÓN**, Marco Tulio (106-43 a.C.). Político, ideólogo y orador romano, llevó la elocuencia latina a su cumbre. Por atacarlo acerbamente, Marco Antonio lo hizo asesinar

Cuando al ver herido de muerte al Rey Enrique III de Francia[7] todos volvieron sus ojos para buscar al asesino, se encontró a un hombre que se paseaba tranquilamente con la cabeza descubierta y muy cerca un sombrero en que estaban escritas las palabras “Yo he sido”. La mano que había acabado de matar al rey allí estaba: a la vista de todos, clara, inconfundible. Una cosa parecida sucede con el voto del mártir. Al acabar de teñir con su sangre la mano de los verdugos ha dejado una señal inconfundible de su pensamiento. Y por encima de todos los olvidos queda escrita su afirmación suprema: “Yo he sido”. En la democracia y en los comicios donde se vota todos los días con papeles numerosos, cabrá la tergiversación. El fraude y el soborno y la mentira podrán conjurarse para engañar y arrojar cómputos falsos y para encumbrar nulidades salidas de los estercoleros. Y la democracia vendrá a ser lo que es, lo que ha sido entre nosotros: un infame escamoteo de números y de violencia donde se carga de escupitajos y de ignominia al pueblo. No sucede esto dentro de la democracia de los mártires. Porque si en la otra se ha votado con piedras, como en Atenas, o con tumbas como quiere Chesterton[8] para no excluir a los muertos, en ésta se vota con vidas y con sangre. El soborno, la mentira, el fraude, herencia sangrienta de los días obscuros y trágicos del terror del noventa y tres, son imposibles. Nuestra democracia, la democracia que tanto ruido ha levantado para glorificar al pueblo, hasta ahora no ha sido más que un largo y sangriento vía-crucis: el pueblo llamado soberano se ha llevado la peor parte. Primero se le ha proclamado Rey; enseguida se le ha coronado de espinas; luego se le ha puesto un cetro de caña, se le ha vestido con un harapo desteñido de púrpura sucia y envejecida y después se le ha cubierto de salivazos y, no contentos con esto, los comediantes lo han desnudado y lo tienen expuesto al ludibrio público.

Muchas veces se le ha llamado a los comicios; pero con la necesaria anticipación han contado sus cabezas y sus puños los farsantes. Y han temblado de espanto ante el número de los que votarían contra ellos. Y en lugar de preparara una votación seria, limpia e intachable, han abierto un garito donde se han dado cita los tahúres de profesión. Ni siquiera el azar ha podido tomar parte. No ha habido más cartas victoriosas que las de los empresarios del garito. Y por más que ha llegado a apiñarse en muchedumbres compactas y enormes, el pueblo, todos los cómputos le han sido invariablemente, mecánicamente, abrumadoramente adversos. Y hoy se halla desfallecido de cansancio y de desilusión. Está cansado de farsas, de fraudes y de mentiras. En estas circunstancias lo ha sorprendido el último delirio de persecución que se pasea rodeado de espadas y de bayonetas por todos los rumbos de nuestro país. Y la revolución poseía de la locura de la persecución, ha abandonado a su pesar y en virtud de sus procedimientos furiosamente arrasadores, el viejo sistema de votar con papeles convencionalmente preparados por el fraude y se ha echado, a su pesar también, en brazos de la democracia de los mártires. Hoy no se trata solamente como ayer, de votar por un hombre o contra un hombre más o menos prestigiado. Hoy tampoco se trata de un llamamiento a los comicios para designar nuevos mandatarios. Hoy se trata de asfixiar al catolicismo cara a cara.

Y la revolución ha abierto primero y ha cerrado después de dos enormes puños para apretar todas las bocas, para comprimir todos los cuellos, para llegar hasta el estrangulamiento. Y al sentirse que Cristo falta en el ambiente, que falta en la atmósfera de nuestra vida, al hacer el supremo esfuerzo para arrancarlo de las entrañas, del corazón, a El, que sigue siendo oxígeno irreemplazable para nuestra vida espiritual; aparecen en todas partes, en todos los cuerpos y en todas las almas –aun en las más indiferentes–, las señales inequívocas de la asfixia. Y ese pueblo derrengado por las farsas electorales, hoy, en un inesperado arranque de reacción, todo entero se incorpora sobre el rescoldo de su desilusión

[7] **ENRIQUE III** de Francia (1551-1589). Siendo Teniente General del reino, dirigió las jornadas de Jarnac y Monteontour. Fue un monarca vicioso y murió asesinado.
[8] **CHESTERTON**, Gilberto Keith (1874-1936). Escritor y polemista inglés; converso al catolicismo, su estilo es vigoroso y de excepcional agudeza, inclinada a la paradoja.

hacia la democracia de los números y se echa ciego de confianza en brazos de la democracia de los mártires. Hoy no votaremos con hojas de papel marcadas con el sello de una oficina municipal; hoy votaremos con vidas.

Debemos regocijarnos de que la revolución se empeñe en llegar hasta el estrangulamiento de la vida de las conciencias. Así se echa a su pesar en la corriente de una democracia en que los juegos de escamoteo y de prestidigitación electoral quedarán excluidos inevitablemente. Hoy votaremos con vidas y con la vida. Con vidas, porque aunque no habrá millones de mártires, pocos o muchos, los habrá. Sobre todo votaremos con la vida, porque los rechazos pujantes, arrasadores del estrangulamiento de las conciencias llevarán la corriente entera, total de la vida a una quiebra estrepitosa y una parálisis extrema, brusca e inesperada.

Si alguien pusiera en duda el hecho innegable de que el aire es una condición capital de la vida y se atreviera a escribir en un código la supresión del aire y llegara hasta el extremo de mandar que gobernadores y presidentes municipales lo suprimieran, se vería un aplastante plebiscito en que todos los puños crispados y todas las frentes erguidas se alzarían para pedir oxígeno tan ansiosamente como pedía luz Goethe[9] moribundo. Los artículos antirreligiosos de la actual Constitución son un ataque a la vitalidad de las conciencias y a la vitalidad del país, porque el catolicismo es aliento vital, para la abrumadora, para la aplastante mayoría de los mexicanos. Y esto, hasta ahora solamente escrito en números inertes en las estadísticas y en las geografías; esto negado con la espada en la mano y pertinaz e infamemente por los revolucionarios en códigos, en asambleas y en los comicios, alcanzará con el cierre de los templos, con la reducción de sacerdotes y la suspensión del culto, todas las innegables y la suspensión del culto, todas las innegables proporciones de una realidad vital, indiscutible, irrecusable que, de rechazo, será la más solemne e indudable condenación de los artículos antirreligiosos de la Constitución.

Ha quedado abierto el plebiscito desde que los perseguidores han descendido, espada en mano, a degollar conciencias. Ayer el país entero era una inmensa urna electoral desierta y abandonada por el pueblo y donde repetidas veces se dijeron responsos para enterrar el catolicismo. Hoy todo el país se estremece ante ese gigantesco e inesperado plebiscito en que Cristo será proclamado, como el viento que respiramos, como el sol que nos alumbra, como el agua que nos refrigera; aliento, linfa, rayo de luz irremplazables, insubstituibles, de la totalidad de nuestra vida y de la vida nacional. No habrá ni ha habido otro remedio. La democracia ha tenido y tiene que echar sobre sus hombres la clámide ensangrentada de los mártires.

Solamente así, teñida de sangre, llegará a ser siquiera un día, el día del martirio, el día del estrangulamiento, la heroína salvaje bautizada por Cristo, que Ventura Ráulica[10] saludaba en un apóstrofe radiante.

Guadalajara, abril de 1926.

---

[9] **GOETHE**, Wolfang (1749-1832). El más grande poeta alemán, de noble cuna, encabeza el movimiento romántico literario en su patria.

[10] **VENTURA** di Ráulica, Gioacchino (1792-1861). Religioso y filósofo italiano, tradujo y propagó en su patria las obras de Maistre, Lamennais y Bonald. Fue un orador eximio e introdujo en Francia la neoescolástica.

LA REVOLUCIÓN DE LO ETERNO

A las intrépidas señoritas de la
"Cruzada Femenina por la Libertad"
y a los jóvenes de la A.C.J.M., con
el alto respeto y la grande esperanza
de "un hermano mayor".

Nos hallamos en presencia de un inesperado e inmenso erizamiento de conciencias y voluntades. Nunca creímos que el vértigo de las ideas y de las palabras fuera superado en unos cuantos días por el vértigo de los acontecimientos. Nos hallábamos todavía encorvados sobre el surco, fatigados por nuestra alforja de sembradores, con las manos hundidas en la tierra de las almas y mucho antes de que el trabajo de los tiempos empujara –en medio de una incesante germinación–, hacia la luz brotes y tallos, vimos levantarse bajo nuestros pies el recio desquite de los muertos y de los esclavos.

Algunos habíamos empezado a encanecer a lo largo de la trabajosa peregrinación y comenzábamos a resignarnos a ser enterrados en pleno desierto, bajo el silencio de nuestras tiendas oscuras de viajeros del ideal santo de la reconquista. Daniel O'Connell[11] –el osado portaestandarte de la libertad en Irlanda– ya había sido enterrado así: bajo el silencio de su tienda de peregrino del ideal santo del desquite contra los verdugos de la conciencia, y con los ojos grandemente abiertos hacia el lado escueto y mudo de la lejanía del porvenir. Lacordaire,[12] Montalembert y Ozanam[13] –los jóvenes radiantes de ensueño y de gallardía que abrazaron a Cristo ante la Francia sublevada contra la Iglesia– se habían marchado también y habían dejado el surco y el grano bajo el amparo de la esperanza. El mismo Windthorst[14], –caudillo glorioso de los católicos alemanes, aunque ganada la batalla contra Bismarck[15]– dejó al lado de sus resonantes victorias un programa –que fue su testamento– para consumar la reconquista.

Nosotros, quizá más afortunados que todos esos fuertes y recios luchadores, a poco de haber empezado la siembra hemos podido ser testigos de este resurgimiento, que en unos cuantos días ha hecho que todos los gérmenes caídos de nuestras manos fatigadas de sembradores asomen gallardos y ebrios de lozanía después de ser estrujados –como la uva madura bajo el trabajo implacable del lagar– por el puño cerrado de los verdugos y por los rechazos de los pensamientos y de los hechos. ¿Nos encontramos en presencia de un milagro? Como a lo largo de las páginas –siempre pre rejuvenecidas por el beso de Dios– del Evangelio. ¿Lázaro desdobla sus piernas, deja el sudario y queda ante el Maestro en plena ebriedad vital? Porque durante más de medio siglo todo o casi todo se había conjurado contra nuestra fe y contra nuestra historia. Plumas, espadas, estros, togas, escuelas, parlamentos, tribunas y cátedras, bajo la carga de un odio satánico, bajaron hasta la médula de nuestra vida nacional, para buscar ansiosamente a Cristo y repetir letra a letra las páginas del Evangelio –la persecución, el tránsito, al Calvario, el descoyuntamiento, la muerte y el enterramiento del Maestro–, y quedar seguros y tranquilos, por haber podido acabar hasta con el recuerdo de Jesús. Pero el Evangelio

---

[11] **O'CONNEL**, Daniel. (1775-1847). Político irlandés, apodado el *Libertador*. Mediante la Asociación Católica, obligó al gobierno británico a suprimir las discriminaciones religiosas.
[12] **LACORDAIRE**, Juan Bautista Enrique Domingo (1802-1861). Religioso dominico, predicador de *Notre-Dame* de París, fue el más grande orador sagrado del siglo XIX.
[13] **OZANAM**, Antonio Federico (1813-1853). Creador de las Conferencias de San Vicente de Paúl y apologista eminente, nació en Milán. Fue un brillante apologista católico.
[14] **WINDTHORST**, Ludwig (1812-1891). Abogado católico, consejero del Tribunal Supremo en Celle. Siendo diputado prusiano, encabezó y dio gran fuerza al *Partido Católico*, al grado de enfrentar y vencer a Bismarck, el *Canciller de Hierro*.
[15] **BISMARCK**, Otón, príncipe de (1815-1898). Primer Canciller del moderno Imperio alemán, emprendió mediante la *Kulturkamf*, una dura campaña anticatólica.

se escribe todo entero siempre que se trata de escribirlo. Y aunque todos los perseguidores se empeñen en que no haya más páginas que el encarcelamiento y el martirio, Dios se encarga y se ha encargado de escribir las páginas de la resurrección. Y el Evangelio se repite todo entero. Sin embargo, nunca esperábamos esta visión anticipada de resurgimiento espiritual que es toda una brillante promesa para el porvenir. No esperábamos que tan pronto empezara a escribirse sobre la substancia misma de nuestras almas –páginas en blanco casi todas o escritas sin dirección y sin sentido– las páginas de la resurrección.

Se dirá que ya se siente el temblor de la losa del sepulcro y que ya se siente –sobre el casco ferrado de los guardias de César– el resplandor radiante de la mano vencedora del maestro. Y nosotros decimos que es mucho decir si dijéramos que ya estamos en plena victoria y que no es más que traducir el porvenir, el anunciar la resurrección total y definitiva.

En todo caso, sea cual fuere el sentido de estos acontecimientos y sea cual fuere el significado histórico y providencial de ese erizamiento de brazos y de voluntades, delante de los perseguidores de la Iglesia; nada importa tanto como hacer notar que al lado del trabajo de Dios no ha dejado de aparecer el humilde, el obscuro trabajo del hombre y que a la retaguardia de todas esas banderas desplegadas ha habido un callado y persistente trabajo que se ha hecho sentir principalmente sobre la frente altiva y fuerte de un grupo de juventud selecta y dispuesta a modelarse bajo la mira del Maestro. De aquí que si hoy más que nunca deben escucharse y decirse hacia todos los vientos, decisivas palabras que llamen a todos a entrar bajo la inmensa tienda de campaña que han alzado muchas manos trémulas de combatividad y de esperanza; de una manera especial es preciso llamar a todas las fuerzas directrices del pensamiento y de la acción hacia las rutas por donde ha empezado e inicia todos los días su jornada la juventud, para arrojar a su paso y a la mitad de su corazón el grano fecundo del porvenir. Nunca como ahora se pone –como fresco y despertador aliento de renovación bajado de la montaña- el programa que esboza uno de los personajes de un drama de Ibsen[16] cuando pronuncia estas palabras: “Busquemos ahora abanderados jóvenes y ardientes y en toda la vanguardia coloquemos nuevos jefes”. Estas palabras son y serán siempre un programa decisivo de renovación. Y desde hoy todas las fuerzas directoras deben bajar a los caminos abiertos a la ilusión por donde va la juventud, para soplar sobre su frente radiante de viajero fuerte y osado y para arrojarla hacia la vanguardia.
Nuestra juventud o no ha tenido hasta ahora maestros o los que ha tenido y aun ella misma ha consagrado, no lo han sido de verdad. . . Y si no ha tenido maestros es preciso que desde este momento en adelante los tenga. Y que despierte un irresistible afán de hundirse en el corazón tumultuoso de la juventud –en medio de la recia fermentación del porvenir– para poner el pensamiento y el espíritu en contacto con las nuevas y recién emplumadas alas de los pájaros que preparan su viaje y que partirán mañana al amanecer.

Nuestra juventud ha podido –sin que una mano la haya detenido al borde del abismo– precipitarse y caer en el precipicio de todos los rebajamientos y, si hace su jornada río abajo con el bajel desmantelado y las envergaduras rotas, es porque ha faltado una voz encendida que haga mantener enhiestas las alas y los ojos ávidos de altura y de luz.

El General Brisonnet –en un libro intensamente despertador de Bourget[17]– dice sobre la cabeza obscura de Bernardo Moncour –que no es más que un encuadernador– una fórmula que debemos decir todos los

---

[16] **IBSEN**, Enrique (1828-1906). Dramaturgo noruego, fustiga las enfermedades morales de su pueblo. Combina en su obra sus tendencias filosóficas y sociales. Su influencia fue inmensa.
[17] **BOURGET,** Paul (1852-1935). Escritor francés, un “moralista de la decadencia, un monomaníaco de la psicología y un amante apasionado del análisis”, según sus palabras.

días sobre cada frente que empieza a saludar la juventud. "Cuando impeláis –le dice Brisonnet a Moncour– a vuestros hombres el día en que los alemanes os fastidiaron ¿qué hacíais vos? Voy a decirlo: vivíais por encima de vos mismo, dicha hoy, mañana, todos los días al sentir el roce cálido de las alas nuevas de la juventud, la echará toda entera con todos sus bagajes de roja y ardiente generosidad hacia todas las vanguardias.

El relato emocionante de la jornada de juventud que aparece en las páginas de *Los Aguiluchos* es solamente un episodio –vivido en un minuto de lumbre y de audacia– que parecía haber quedado destroncado de nuestras luchas y de nuestras vidas. Pero hace apenas unos cuantos días, casi por las mismas calles, casi a las mismas horas y en los mismos calabozos, varias muchachas han alzado su frente gallarda por encima de las puntas de las bayonetas y han dejado oír el grito del día, el grito que ha subido de todos los viejos subterráneos de la conciencia católica y que parece escrito con inmensos caracteres sobre el erizamiento de todas las banderas desdobladas delante de nuestros ojos. Todas esas muchachas han contestado con el consagrado grito: "Viva Cristo Rey" a todas las blasfemias, a todas las ruindades y a todos los atropellos. Y si en el orden moral –como en el orden físico–, nada se pierde ni para el bien ni para el mal, debemos esperar que todos estos gestos se anudarán apretadamente en la corriente de todas nuestras vidas y que apresurarán el día ansiado de la libertad. por esto uno de los puntos más salientes de todo programa de renovación que se formule en estos momentos debe ser éste: bajar hasta las rutas de la juventud parea que el papel del "hermano mayor esbozado por Bourget en el prólogo de *El discípulo* se realice en su totalidad con todas sus responsabilidades y con todo su alcance despertador.

Tomar con nuestros brazos y con nuestras manos cansadas; alzar con nuestro pensamiento y con nuestra palabra y con nuestro espíritu y con toda nuestra vida a la juventud que canta, crece y se empuja en nuestro derredor y hacerla que se pone por encima de nuestra espalda –como el mancebo radiante y ebrio de ensueño del poema de Longfellow[18]– es mojar y batir el barro nuevo donde saldrán los moldes del porvenir.

"La Revolución de lo eterno, ha dicho en *La Edad Media* y *Nosotros*, Pablo Luis Landsberg, es el porvenir y casi la realidad en la hora presente", y en esa revolución, debemos añadir, las vanguardias deben estar pobladas de banderas tremoladas por la juventud que todavía le reza y le canta al joven carpintero que a los treinta y tres años comenzó la única verdadera revolución, que es la revolución de lo eterno y que ha pasado bajo el aliento de Dios a lo largo de las páginas de la historia y que está soplando en estos instantes, como un huracán, sobre nuestras vidas.

Guadalajara, agosto 31 de 1926.

[18] **LONGFELOW**, Henry (1807-1882). Poeta norteamericano de inspiración romántica, su vida fue la de un perfecto y bondadoso caballero.

NUESTRA VOCACIÓN Y NUESTRA RAZA.

Un vuelo de pájaros pone José Enrique Rodó[19] en la base de toda esa inmensa cordillera de destinos que, sobre todo en estos momentos de ansiedad internacional, ha hecho olvidar las mismas vértebras de piedra de Los Andes, porque las ha sobrepasado, con su talla de titán. Esto significa que hay un signo más o menos luminoso o más o menos oscuro que señalaba el punto de arranque de la dirección de los destinos de hombres, de patria y de raza. Y fuera de nosotros todos los días se oyen pasar rumores múltiples que no pocas veces traen el mensaje inesperado y profundo que penetra hasta lo hondo de los huesos y pone en marcha toda nuestra personalidad hacia el límite distante del porvenir. Pero lo que Rodó no ha dejado vislumbrar al volver los ojos hacia las señales trazadas por las alas abiertas de los pájaros que de lejos saludaron a las tres carabelas inmortales en que navegaban, lleno de insomnio, el Genovés, es un fenómeno fácilmente perceptible a lo largo no ya del desenvolvimiento de un hecho determinado, sino a lo largo de las corrientes históricas más distantes y al parecer más extrañas y desligadas entre sí; se trata, si así la podemos llamar, de la persistencia de la dirección de las corrientes históricas que fijan al mismo tiempo la vocación y el paso de las razas. Se trata de una cosa parecida a la fijeza inalterable de las especies, de la comunidad de los destinos y de los caracteres y aun de las vocaciones.

Roma conservará su vocación permanente de índice en la Historia del mundo; primero la punta de su espada la hizo capital del viejo continente; al día siguiente de que los bárbaros le apretaron el cuello y estrangulada entre sus dedos, rudos como los robles nudosos de las montañas, la alzaron examine y decapitada, los esclavos redimidos con el baño de sangre de los mártires llegaron con la Cruz sobre sus hombros y fijaron allí para siempre el centro de un imperio más alto, más fuerte que el de Augusto[20] y Diocleciano[21]. “Yo -decía Julio César[22] a uno de sus más robustos capitanes-, llevo en mis venas sangre de dioses y sangre de reyes”. En estas pocas palabras está expresada toda la vocación de Roma: se le encontró ayer, se le encontrará siempre vestida con la púrpura de los reyes. Su vocación es reinar: y reinará o perecerá, pero amortajada con el sudario de los reyes. Y esto sucede con las demás razas: parecería que en los subterráneos de la Historia se sumergirán un día los destinos y las direcciones de los pueblos; pero bien pronto salen a flor de realidad y vuelven a perfilar sus tendencias, sus fisonomías y sus caracteres. España llegó, bajo el reinado de Felipe II,[23] a la total robustez de su propia personalidad y a adquirir el sentido pleno de su vocación. Fue entonces cuando intentó fundir, con un matrimonio desgraciado e inútil, los destinos de su patria con Inglaterra. Y tras el fracaso de su intento que le dio a Hugo Benson[24] trama para *La Tragedia de la Reina*, se vio en la necesidad de armar sus barcos para combatir al país que en ese tiempo, con Isabel[25] a la cabeza del protestantismo, logró comenzar a ser dominador del Océano. La *Invencible* que fue la escuadra en que concentró Felipe II todo el poder marítimo de España se puso en marcha para chocar con la vocación de Inglaterra, vieja y

---

[19] **RODÓ**, José Enrique (1872-1917). Escritor, periodista y político uruguayo, autor de *Ariel*, obra dedicada a estimular a la juventud de Hispanoamérica.

[20] **AUGUSTO**, Cayo Julio César Octavio (63 a.C.-14 d.C.). Primer emperador romano, sobrino de Cesar. Bajó su reinado, el imperio alcanzó su apogeo.

[21] **DIOCLECIANO** (245.313). Emperador romano, dividió el poder en una tetrarquía. Orillado por Galerio, persiguió a los cristianos.

[22] **CESAR Cayo Julio** (101-44 a.C.). General, historiador y dictador romano, una de las más altas figuras de la historia, fue asesinado en una conjura.

[23] **FELIPE II** (1527-1598). Rey de España (1556-1598), luchó contra los turcos en la victoria de Lepanto y contra los protestantes en los Países Bajos.

[24] **BENSON**, Hugo (1871). Novelista inglés, siguió la carrera eclesiástica, abjurando después del protestantismo, para hacerse católico. Es autor de *The lord of the World*.

[25] **ISABEL I** (1533-1603). Reina de Inglaterra, hija de Enrique VIII y de Ana Bolena. Soberana enérgica u autoritaria, mantuvo con ardor el protestantismo en su nación.

permanente señora del mar: la armada no logró ni siquiera saludar las brumas que coronan la frente de ese gigante defendido por el cólera del mar. El rey de España no recogió, del desastre, más que unos cuantos leños rotos y la historia pareció cerrar con un punto final la página de uno y de otro pueblo. Sin embargo, el vuelo de pájaros evocado por Rodó comenzó a ser, de pronto oscuramente, veladamente, la aparición de las dos corrientes históricas, huellas hondas e imborrables, de la vocación de dos razas. Y tras del viaje de las tres carabelas, allá, hacia el Norte, llegaron venidos de Inglaterra, los emigrados echaron los cimientos al país más fuerte, de América y acá hacia el sur, toda la España forjada en ocho siglos de batallas, vino en escuadrón cerrado sobre el maderamen roto de *La Invencible*, coronado con el leño de la Cruz. Sus capitanes hechos de hierro y sus misioneros amasados en el hervor místico de Teresa[26] y Juan de la Cruz,[27] se acercaron a la arcilla oscura de la virgen América y en un rapto, que duró varios siglos, la alta la imborrable figura de don Quijote, seco, enjuto y contraído, de ensueño excitante, pero real semejanza del Cristo, como lo ha hecho notar Unamuno,[28] se unió, se fundió, no se superpuso, no se mezcló, se fundó para siempre en la carne, en la sustancia viva de Cuauhtémoc[29] y de Atahualpa.[30]

Y la esterilidad del matrimonio de Felipe II con María Estuardo, reina de Inglaterra, se tornó en las nupcias con el alma genuinamente americana, en la ostentosa fecundidad que hoy hace que España escoltada por las banderas que se empinan de El Bravo al norte, a Los Andes el sur, vuelva a afirmar su vocación en presencia de la Inglaterra caída de las manos de Enrique VIII[31] a las manos de su hija. Felipe II e Isabel han vuelto a encontrarse: apenas se advierte, en sus rasgos fundamentales, una ligera modificación. Podría decirse que la persistencia de vocaciones y de caracteres, único elemento permanente en la historia y que la puede reducir a fórmula de rigidez casi algebraica, nos hace experimentar un retorno de tres siglos y nos hace pensar en la repetición. Pero no hay ni la misma escena ni los mismos personajes, ni los mismos factores en su firma concreta e individual; pero sí hay la continuidad, que es y ha sido siempre el fondo sustancial del carácter y, sobre todo, la señal distintiva de una vocación que muy lejos de ahogarse en el abismo de la inercia y de la deserción se ha puesto en marcha en un día próximo lejano y ha sabido poner y dejar huellas imborrables de su paso. Entre el desastre de *La Invencible* y nosotros hay no menos de tres siglos: entre España de Felipe II, hecha de carne y espíritu en nosotros y la Inglaterra de Isabel trasplantada al norte de América, no hay ni un minuto, ni un milímetro de distancia. Porque la vocación, que supone la continuidad, nos ha atado realmente a los de este lado del Bravo a la vocación de España y a los de aquel lado del Bravo a la vocación de Inglaterra, que hemos llegado a ser parte integrante de la personalidad histórica de España como ellos han venido a formar parte de Inglaterra. Y la vocación, que es lo que nos separa, debe ser también y seguirá siendo, a través de la distancia, lo único que podrá conservar, robustecer y edificar nuestra personalidad total. Cuánto valga el poder de la vocación, como principio y nervio de vitalidad, lo ha enseñado con rara e inesperada profundidad Ibsen en *Los pretendientes de la Corona* a través de Skule, derrotado, a pesar de su poderoso ejército, por su contrincante que le disputa la corona. Entre la

---

[26] **Santa TERESA de Jesús** (1515-1582). Monja española, carmelita descalza, reformadora de su Orden, eximia escritora y gran mística. Es doctora de la Iglesia.

[27] **JUAN de la Cruz, san** (1542-1591). Místico Carmelita español, una de la figuras máximas de la lírica castellana. Participó con santa Teresa de Jesús en la reforma de su Orden.

[28] **UNAMUNO**, Miguel de (1864-1936). Escritor pensador español, encuadrado en la generación del 98 y situado entre los precursores del existencialismo.

[29] **CUAUHTEMOC** (1495-1525). Último *tlatoani* mexica, era hijo de Ahuizotl y sucedió en 1520 a su tío Cuitláhuac. Vencido por Cortés y hecho prisionero, fue ajusticiado.

[30] **ATAHUALPA**, Juan Santos. Caudillo peruano del siglo XVIII, organizador de un levantamiento contra los españoles. Murió en 1756.

[31] **ENRIQUE VIII**. Rey de Inglaterra de 1509 a 1547. Se separó de la Iglesia Católica y se declaró jefe de la iglesia anglicana.

vocación y la armadura interior de cada nombre y de cada raza, hay un estrechísimo vínculo, hay una correlación viva y fuerte.

Las reservas de la propia personalidad robustecen y señalan la vocación y la ocasión puesta en macha y convertida en movimiento, agiganta y robustece la personalidad. De aquí que nadie puede hacerle traición a su propio destino de ir a dar de bruces en el dislocamiento interior y acabar roído, agotado por un empobrecimiento arrasador. La vocación de España empezó a ser un escuadrón cerrado de ocho siglos de estar, espada en mano, en torno de Cristo para romper la falange de Mahoma;[32] continuó siendo en Carlos V[33] la vanguardia contra Lutero[34] y todos los príncipes que secundaron a Gustavo Adolfo[35]; en Felipe II, un poder vengador aunque derrotado en los mares y fue luego, en sus colonias, una fuerza engendradora de pueblos y sigue siendo en Alfonso XIII,[36] ante Pío XI,[37] lo que el primer día en que Pelayo[38] hizo oír el primer grito de reconquista. Nuestra vocación tradicionalmente, históricamente, espiritualmente, religiosamente, políticamente, es la vocación de España, porque de tal manera se anudaron nuestra sangre y nuestro espíritu con la carne, con la sangre, con el espíritu de España, que desde el día en que se fundaron los pueblos hispanoamericanos, desde ese día quedaron para siempre anudados nuestros destinos, con los de España. Y en seguir la ruta abierta de la vocación de España, está el secreto de nuestra fuerza, de nuestras victorias y de nuestra prosperidad como pueblo y como raza.

Porque toda nuestra armadura interior y exterior ha sido forjada en la fragua donde se forjó España: nuestra vocación está formada por la retaguardia de cerca de trece siglos y así como el forjador, que ha pasado toda su vida encorvado sobre el yunque, lleva sobre la carne de sus manos y de sus brazos y en lo íntimo de la sustancia de su alma la armadura de forjador y al abandonar el yunque para abrirse paso hacia otro rumbo tendría que comenzar, a trueque de saquear su propio ser, así no es tan fácil volverle la espalda a toda una larga, inmensa historia de sangramiento e inmolación por la Patria y la Cruz, ni tampoco entrar dentro de nosotros mismos para escarbar hasta nuestros huesos, para arrancarnos nuestra herencia vital. Nos mataríamos nosotros mismos como nos estamos matando. Interrogado Roosvelt[39] acerca de si se efectuaría muy pronto la absorción de los pueblos hispanoamericanos por los Estados Unidos de América, contestó: “La creo larga (la absorción) y muy difícil mientras esos países sean católicos”.

Nosotros diríamos más sintética y exactamente: mientras sean españoles. Por desgracia, un poco de más de siglo de vida independiente, no es ni ha sido otra cosa, por parte de nuestras revoluciones, pero especialmente de nuestros ensayos de forma de gobierno y de reformas políticas y sociales, más que

---

[32] **MAHOMA** (570-632). Fundador del Islam y del imperio musulmán, proclamado soberano temporal y espiritual de los árabes, predicó el monoteísmo y la guerra santa.
[33] **CARLOS V** (I de España y V de Alemania. 1500-1556). Señor de inmensos dominios, fue paladín de la causa católica, enfrentó a los musulmanes y a los luteranos.
[34] **LUTERO**, Martín (1583-1546). Reformador alemán y padre de la prosa moderna de su país. Sus *tesis* teológicas originaron el cisma de Occidente o *protestantismo.*
[35] **GUSTAVO ADOLFO I** (1496-1560). Rey de Suecia, combatió a los daneses, hizo declarar hereditaria la corona danesa y convirtió a su patria en un Estado moderno.
[36] **ALFONSO XIII** (1886-1941). Rey de España, hijo póstumo de Alfonso XII, sufrió destierro en 1931, al sobrevenir el triunfo de la República y murió en el exilio.
[37] **PIO XI** (Aquiles Ratti. 1857-1939). Papa de 1922 a 1939, acordó con el estado Italiano los pactos de Letrán, promovió la Acción Católica, reformó la liturgia y condenó el Nazismo.
[38] **PELAYO** (murió el 737). Caudillo y rey de los estures, tras la invasión musulmana de la península Ibérica, organizó un núcleo de resistencia. Derrotó a Algama.
[39] **ROOSVELT**, Franklin Delano (1882-1945). Político estadounidense, Presidente de su país en 1932, fue reelecto en 1936. Decidió la intervención de EE.UU. en la II Guerra Mundial.

una sublevación implacable contra la vocación de España y por tanto contra nuestra propia vocación. Y no solamente ha habido un ciego empeño por volverle la espada a nuestra vocación respaldada por una retaguardia de muchos siglos, sino que se ha pactado con el enemigo. Y por encima de los leños rotos de La Invencible, de la empuñadura de Cortés[40] y del sayal de Bartolomé de las Casas,[41] han podido pasar los que a través de la continuidad histórica vinieron a medir sus fuerzas del lado de Lutero contra Carlos V y del lado de Isabel satisfecha del desastre de la armada de Felipe II. Basta pronunciar los nombres de Gómez Farías,[42] de Benito Juárez,[43] de Carranza[44] y de los organizadora del cisma infeliz encabezado por el *patriarca* Pérez[45], para convencerse de que se ha capitulado o hecho capitular a la vocación de España, que es la nuestra y que se ha dejado que "los otros" entren a saco nuestras reservas y nuestro patrimonio. Juárez pactó con el protestantismo yanqui, otro tanto hizo Carranza, lo mismo ha hecho el gobierno actual; estamos en plena conjura contra nuestros destinos como pueblo y como raza y nos hallamos ante la repetición del desastre de *La Invencible*. Y las consecuencias las llevamos sobre nuestra frente, sobre nuestros brazos y sobre nuestra vida: enflaquecidos, demacrados si la conjura continúa primero en la tuberculosis para caer luego en las manos de los cazadores de indios de Isabel de Inglaterra. Esto no impedirá que en los discursos dichos en el día de la Raza se salude a las carabelas y se rinda homenaje a Colón, otro a Isabel la Católica y otro a España.

El Conde de Saint Simón,[46] célebre revolucionario de Francia, se presentó en Peronne y en una acta de adhesión a los principios del 93, renunció expresamente a su título de Conde y a su nombre. Saint Simón, como todos los revolucionarios, no era más que un farsante. Y por esto a pesar de la renuncia que había hecho a su título de Conde, poco después, en autobiografía se ufanaba de su título de nobleza y decía: "desciendo de Carlomagno". Saint Simón en esto sí tenía razón. De igual manera no pocos de los identificados con la revolución y a pesar de que a partir de Hidalgo hasta ahora se ha procurado pactar y se ha pactado con los que descienden en línea recta de Isabel de Inglaterra y contra nuestra vocación, que es la vocación de España, volverán sus ojos hacia el rumbo por donde vinieron las carabelas y dirán que descienden de Pelayo, el Cid[47] y de Hernán Cortés y un minuto después seguirán soplando a dos carrillos sobre la hoguera, donde se extingue y agoniza nuestra única verdadera vocación como pueblo y como raza.

Y en lo primero tendrán razón; pero en lo segundo, serán los asesinos de nuestra vocación.

Octubre de 1925.

---

[40] **CORTÉS,** Hernán (1488-1547). Conquistador y expedicionario español, en 1519 inició una empresa que desembocó con la toma de la gran Tenochtitlán.

[41] **LAS CASAS**, fray Bartolomé de las (1474-1566). Prelado y polemista español, fraile dominico, protector de los indios. Sus denuncias originaron las *Leyes Nuevas.*

[42] **GÓMEZ** Farías, Valentín (1781-1858). Político liberal mexicano, Presidente de la República de 1833 a 1834 y de 1846 a 1847.

[43] **JUÁREZ**, Benito (1806-1872). Político mexicano, paladín del liberalismo, Presidente de la República por ministerio de ley desde 1859, se mantuvo en tal oficio hasta su muerte.

[44] **CARRANZA**, Venustiano (1859-1920). Político mexicano, Gobernador de Coahuila, encabezó a los *constitucionalistas*. Presidente de la República, murió de forma violenta.

[45] **PÉREZ** y Budar, Joaquín (1851-1930). Clérigo católico mexicano, de agitadísima vida, sirvió de comparsa al Presidente Calles, para promover la *Iglesia Cismática Mexicana*.

[46] **SAINT-SIMON**, Claude, Conde de (1760-1825). Pensador socialista francés, precursor de la sociología, si bien no supo distinguir las contradicciones entre burguesía y proletariado.

[47] ***CID***, *el* Rodrigo Díaz de Vivar (1043-1099). El héroe más famoso de la historia de España y sin duda el más grande capitán de la Edad Media. Su vida se describe en un *poema.*

CON LAS FORJAS ABIERTAS

Mientras los miembros del jurado que intervino hace pocos días en el torneo efectuado en el Teatro Hidalgo, asistían al desfile de juventud, que dijo a su paso la palabra arrogante que el público oyó estremecido de entusiasmo, pasó también –invencible para casi todos, pero hecha fuerte y recia visión de verdad y de justicia para los conocedores–, la procesión larga de los verdaderos maestros de la tribuna. Todos ellos, con el índice en alto y con la frente hacia el jurado, lo veían con los ojos grandemente abiertos en espera de que a todo trance se evitara siquiera en esta vez la subversión de valores oratorios. Afortunadamente no esperaron en vano. Y en parte por su hondo sentido de la disciplina de la verdadera elocuencia y en parte por haberse distinguido igualmente varios oradores, el jurado tomó en su mano la única piedra de toque y después de dar un puntapié al viejo e imbécil sistema de las frases pulidas y martilladas con un siglo de anticipación y luego repetidas –en medio de un estéril esfuerzo mecánico de memoria– en la tribuna, arrojó la suerte de los concursantes por el verdadero camino: la improvisación. Solamente así se pudo y se puede y se podrá llegar siempre, cuando menos a una aproximación de justicia y solamente así se ha podido –en nuestro medio– purgar con un precedente definitivo y terminante el ambiente que satura nuestra vida en materia oratoria.

Cansados estamos ya del arraigado y envejecido y ruinoso expediente de salir a la tribuna a leer –en un pergamino o en la propia memoria– palabras y períodos hechos con anterioridad y que no acusan por lo que toa a sus autores más que una suprema ignorancia acerca de la verdadera naturaleza de la palabra elocuente y el prejuicio de que basta llevar sobre la espalda un fuerte bagaje de cultura para ser orador, por más que no se haya tomado el trabajo alguna vez de hacer siquiera un mal aprendizaje. La resolución tomada por el jurado ha hecho por ahora imposible la subversión de valores, pero por su alcance trascendental y su alta significación dejará para siempre la verdad –en los anales de nuestra oratoria– de que para rendir homenaje a alguno que se asoma sobre el borde de una tribuna para abrir su mano sobre la humanidad, será preciso que sea orador y no bastará que parezca serlo, ni mucho menos que pueda serlo una vez. La disyuntiva que lleva Hamlet[48] clavada como torcedor erizado de púas en la mitad de su vida –ser o no ser–, y que es la inquietud central en cuyo derredor levantan todos los días tiendas y las pliegan los hombres y los pueblos, se abre también delante del orador para fijar la ruta definitiva.

Y si todas las generaciones se han encorvado desde al nacer bajo la llama medio encendida de las escuelas y bajo la antorcha erguida de los maestros, es porque a lo largo, de carne y de espíritu hay una voz que grita incansablemente y pide que –sobre la corriente incontenible de todo lo que fluye y se desvanece en nuestra vida– es necesario que logremos fijar para siempre el relieve imborrable de la personalidad que hayamos hecho con nuestras propias manos, después de magullar cuerpo y alma sobre el yunque donde nos hemos buscado y nos hemos encontrado. El aprendizaje tiene todo el alcance inmenso de una revelación. No es ni ha sido otra cosa. Sócrates, en uno de los diálogos de Platón, no se jacta, como maestro, de ser un creador; solamente un revelador. Y esto –revelar, descubrir hasta tocar huesos y entrañas de destinos individuales sea de hombre o sea de pueblos– es el aprendizaje. Y juntamente con esto es el arranque de la victoria hacia el Ser. Porque todo nuestro trabajo se resume en buscarnos debajo del oleaje oscuro de nuestra sangre y desterrarnos –salvarnos del innegable terremoto que nos sumergió en la sombra– y luego quedarnos con la marca inconfundible de nuestra propia individualidad perpetuamente asomada e inalterable aunque sea en una línea escrita en las en las páginas de la historia y en los resquicios por donde sale a respirar el espíritu de las generaciones.

---

[48] ***Hamlet***. Drama de Shakespeare, Hamlet, príncipe de Dinamarca, de espíritu volátil y especulativo, sufre la noticia del asesinato de su padre, envenenado por su hermano.

Por esto todos los días, talleres y fábricas, escuelas y libros, sienten pasar el nuevo aliento de los recién llegados que van a buscarse a sí mismos en el molde más o menos largo y en todo caso angustioso del aprendizaje. Y esto hicieron todos los grandes maestros de elocuencia desde el tartamudo Demóstenes[49] –llegó a lo más sublime del arte, según lo decía Cicerón, porque ese orador griego se hizo él todo entero– hasta Arístides Briand[50] y Vázquez de Mella[51]. Abrieron un día su taller; allí con las mangas arriscadas, la mano sudorosa sobre las rebeldías de la palabra y de cara hacia las permanentes insurrecciones del espíritu –que jamás ha cabildo ni cabrá en el molde obscuro, frágil, hecho de barro de los vocablos– se magullaron, batieron sangre, carne y alma hasta sentir el milagro del aprendizaje, que es la revelación total.

Y hasta entonces –así lo confiesa Cicerón en el exordio de su discurso a favor de la *Ley Manilia*– volvieron su cara hacia la caravana de las multitudes y echaron sobre ellas su palabra hirviente de tumultos, de tormentas, de pensamientos y de arranques incontenibles de acción. Entre nosotros desde hace mucho tiempo se ha procurado y se preocupaba rehuir el aprendizaje. Un poco de cultura más o menos amplia y seis semanas de preparación para hacer frases: éste ha venido siendo, en lo general, el sistema a que hemos o habíamos quedado reducidos al tratarse de discursos. Los resultados no se han hecho esperar: padecemos un empobrecimiento abrumador. Los oradores han desaparecido casi totalmente entre nosotros. Quedan solamente algunos de los que en el día en que empezó a arder para ellos la estrella de la consagración, se apresuraron a abrir su taller, a magullarse, a desangrarse, a angustiarse en el silencio en que se retuercen y se desgarran –hasta el desfallecimiento, hasta el vértigo, hasta la agonía– carne y espíritu. Los demás han envejecido en la rutina de llenar su alforja de frases hechas para sacarlas –como piedras deslumbrantes traídas desde muy lejos– en presencia del auditorio. Y esto es lo que, en general, tenemos y con esto nos hemos quedado: con joyas talladas en un taller distante y que han perdido a lo largo de la distancia y del tiempo, la lumbre radiante que las transfiguró, el brío tempestuoso que las dobló y las ablandó y la huella viva del hierro encendido y de la hoguera que llameó sobre la frente del artífice. Y esto es todo, menos elocuencia. Porque hoy ya nadie ignora que para que haya palabra reciamente, totalmente elocuente, es preciso que todo: forja que se retuerce entre las llamas, forjador que se quema en su propia hoguera, brazo que se alza, mano que se crispa en derredor del mango del martillo y canto resonante que dice las rebeldías que se anudan, jadean y se disputan la victoria, deban hallarse plenamente presentes, delante del auditorio convulso, estremecido ante la batalla, aliado primero del hierro insurrecto y después juntando todo el peso inmenso de su corazón y de su espíritu y de sus pasiones del lado del brazo que golpea, y arroja todo: lumbre, yunque, herramienta, clavos y espadas fundidas en el torrente de la acción.

Al tratarse del escritor, cabe hablar de su palabra. Y separar el vocablo que él ha trazado para enviar a lo lejos su mensaje. Al tratarse del orador, más lógicamente, más exactamente que decir que es su palabra la que realiza el milagro de la acción sobre los demás, es preciso decir que es el orador mismo, porque él mismo es la palabra elocuente y es su propia palabra.

Y él debe ser todo y poderlo transportar todo a la tribuna: su taller, su martillo y su yunque. Porque en la tribuna no va a poner delante del público lo que templó y fundió ayer; sino que va a fundir y a templar espadas que tendrán que arrebatarle todas las manos al tocar el delirio y el vértigo que devora las distancias y pone en marcha hacia la acción.

---

[49] **DEMÓSTENES** (384-332 a. C.). Político ateniense, el más grande orador de la antigüedad. Combatió a Filipo de Macedonia, contra quien pronunció sus famosos *filípicas.*

[50] **BRIAND**, Arístides (1862-1932). Político francés, notable orador, uno de los promotores de la unión pacífica europea.

[51] **VAZQUEZ** de Mella, Juan (1861-1928). Político español, fundador del Partido Tradicionalista, se le considera precursor ideológico del *Movimiento Nacional*.

Otros jurados, a diferencia del que intervino en el último torneo oratorio del Teatro Hidalgo, se equivocaron lastimosamente y dejaron todavía abierto el viejo camino de la equivocación y de esterilidad. El Jurado del Teatro Hidalgo encontró la piedra de toque y supo aplicarla sin titubeos. No quiso limitarse a ver, a ser espectador de superposiciones inconsistentes añadidas en un momento de angustiosa preparación, sino que buscó la sustancia y la forma perdurable del orador.

Un día Barnave[52] izó aparte su bandera y echó su asta contra Mirabeau.[53] Y estos dos tribunos tuvieron que encontrarse cara a cara en presencia de las muchedumbres. Dijo Barnave su alta, su vibrante palabra, para arrollar y desmelenar al león que había sublevado a Francia con sus rugidos y la multitud lo saludó con una consagración casi definitiva; alzó entonces Mirabeau su verbo tormentoso, preñado de borrascas y de relámpagos. Vuelta su cabeza gigantesca, iluminada por la lumbre interior, hacia Barnave, en medio de un transporte que levantó a la muchedumbre cien codos sobre la vida y sobre todos los tribunos exclamó: “Barnave, no hay divinidad en ti”. El jurado del torneo oratorio del Teatro Hidalgo dijo una cosa semejante al eliminar a los que no llevaron más que frases hechas y apariencias de oradores. Y su juicio ha dejado un precedente salvador. En adelante nadie irá a un tribunal –a no ser que no haya querido entender la lección– a descargar su alforja llena de vocablos y de períodos que se han apagado. En adelante –y esto tiene todo el alcance de una fuerte e imprescindible renovación– será preciso que los que sientan la inquietud de la palabra elocuente inclinen su frente delante de las leyes del sentido común y se entreguen –como lo hacen todos los días los aprendices de profesiones y de artes y de oficios, aun los más rudimentarios y humildes– al trabajo fecundo e intenso y seguramente revelador del aprendizaje oratorio.

Pronto veremos multiplicarse los talleres y las forjas de la palabra elocuente; pronto se poblarán nuestras tribunas de altos y verdaderos portaestandartes de la oratoria. Y saldremos de esta postración ignominiosa que acusa una lamentable desorientación y una pereza sin medida. Y pronto también podremos rodear –ávidos de fuertes y recias palabras, estremecidos y transportados por la presencia de los forjadores que sudan, jadean, se angustian y hacen de su carne atormentada por el fuego interior períodos vivos y palpitantes– muchas tribunas. Y asistiremos a la aparición –hasta ahora no superada ni por todas las estrofas escritas ni por las plumas más inspiradas y más altas– de la única y verdadera palabra –que es la palabra elocuente– es decir, la que se levanta y pasa por encima de ojos centelleantes y de frentes iluminadas por la lumbre y el resplandor que irradia la forja llena de oleadas de fuego y sacudida por el grito de las rebeldías que se entrecruzan y se muerden; y todo el gesto, toda la fisonomía transfigurada del forjador, en los momentos en que hace sollozar y desgarrarse cuerpo y alma para batir y hacer su palabra.

Pero para esto, desde hoy deben quedar abiertas todas las forjas llenas de recién llegados, de aprendices que estén dispuestos a todas las fatigas y a todos los desfallecimientos indispensables para enseñarse a hacer la verdadera palabra elocuente. Que desde hoy queden abiertas todas las fraguas y que se las vea y oiga iluminadas y trémulas bajo la carga del yunque y del martillo que se gritan y se hieren en ardiente pelea.

Junio, 1926.

---

[52] **BARNAVE,** Antonio Pedro José María (1761-1793). Revolucionario francés, seguidor de Montesquieu, de elocuente franqueza en sus opiniones; defensor de los derechos populares.

[53] **MIRABEAU**, Honoré, Conde de (1749-1791). Orador y político francés, siendo representante del Tercer Estado en 1789, intentó establecer una monarquía parlamentaría.

NUESTRA VEJEZ

La juventud es un tesoro inapreciable.

Este pensamiento de sentido ya gastado por el uso y por el tiempo, tiene en estos instantes un alcance excepcional para nuestro país. Porque la enfermedad más seria y más grave que padece nuestra sociedad consiste en que ha perdido su juventud. Y la ha perdido en el sentido más alto, más noble y más interesante, vital de la palabra. Porque la juventud no solamente consiste en una verdadera etapa circunscrita por el tiempo, sino también por una actitud moral que se caracteriza por una fuerte y viva confianza en la realización plena del bien y de la verdad. Esto explica que el elemento esencial de la juventud sea la esperanza. Cuando Bouthier, en *El centurión*, hace que un capitán romano observe y juzgue a la Judea y la compare con Roma, en ese tiempo gastada y roída por la ruina de los dioses y de los factores religiosos, advierte que mientras Roma ha vivido unas cuantas centurias y ha envejecido, el pueblo judío ha vivido más de mil años y sin embargo, se encuentra en plena juventud. Y al anunciar la explicación de este fenómeno reconoce que a Roma y no espera nada, porque sus dioses se han acabado. Los ha matado el aliento envenenador de la duda filosófica y, demacrados los brazos que echaron a volar las águilas que graznaron sobre todos los campos de batalla, no esperará más que el instante en que, como la higuera del Evangelio, se le arranque de cuajo y se le arroje al fuego. En cambio, los israelitas todavía abren las páginas luminosas del libro divino y, en presencia del agotamiento de los demás pueblos, encuentran savia virgen de renuevos y de brotes de juventud en la esperanza. Y aparte de que fue un judío, Jesús, quien ha venido a ser la esperanza, habrá que reconocer que sobre la frente de esos eternos vagabundos que todavía hoy sin hogar y sin patria conservan la fisonomía de su raza, brilla aún la antorcha de la esperanza.

Entre nosotros, se ha perdido la esperanza y se ha extinguido la juventud. Y esto explica el empequeñecimiento de horizontes y la irritante mediocridad de nuestra vida individual y colectiva. Lo microscópico nos fascina y nos atrae, porque las alturas nos causan vértigo y porque las duras y recias ascensiones para medirnos con las águilas, nos llenan de espanto. La aparición brusca de horizontes ilimitados y el aire de las cumbres, nos harían desfallecer. Y entre las cosas que más pronto han desaparecido y que menos hemos podido conservar, hállase el atrevimiento, la audacia de lo noble, de lo alto, de lo que toca los pliegues de la bandera del ideal. Colón descubrió en un largo insomnio de esperanza fuerte y de juventud, un nuevo mundo. En el mismo estado de confianza y de audacia habría descubierto y descubriría otro mundo y repetiría la empresa sobre las carabelas.

Nosotros nos ahogaríamos de espanto y abandonaríamos el proyecto en la primera rechifla. Hemos perdido el sentido más profundo, más característico de la juventud: la pasión del riesgo, la pasión del peligro. Medimos todos nuestros pasos, contamos todas nuestras palabras, recomponemos nuestros gestos y nuestras actividades de manera de no padecer ni la más ligera lastimadura y de quedar en postura bellamente estudiada, no para morir, como los gladiadores romanos, sino para una sola cosa: para vivir, para vivir a todo trance. Ha soplado sobre nuestra frene el día luminoso en que se inician los grandes arranques, no obstante el aliento cansado, como hedor de sepulcro, de oros que envejecieron antes que nosotros y que han llegado a los linderos de la senectud. Encorvados bajo todas las cargas de la vida, y, sobre todo, la de las crisis de nuestra época, apenas se atreven a mover su pie, por temor de despertar las iras de las portaestandartes del mal.

Y somos el fiel y exacto reflejo de la carcomida vejez que han sembrado en nuestro corazón y en nuestra conciencia.

Hemos vivido entre viejos; hemos recibido, en plena plasticidad espiritual, el contacto de sus dedos rugosos y nos hemos marchitado, más del cuerpo que del alma. Y hoy formamos una generación de viejos que no saben más que calcular, más que contar, más que comprar, vender, prestar a interés devorador y atesorar, encendidos por la fiebre característica de la vejez, que es la avaricia.

Y en torno nuestro se desarrolla, se desenvuelve por todas partes, la conjura suprema de la vejez: nadie habla más que de recomendar quietud y medida en los movimientos; nadie hace otra cosa que condenar las actitudes un tanto salidas del criterio vulgar de la seguridad y del éxito a la vista, expresado en una cifra de alcance material.

Los que van delante de nosotros en la jornada, han envejecido. Con bastante frecuencia han vuelto sus ojos hacia nosotros, para pedirnos en nombre de su propia tranquilidad y de sus grandes y pequeños tesoros, que moderemos el paso y que no alcemos la voz. Y han diezmado las filas de los abanderados y han hecho triunfar la conjura de la vejez.

En las páginas de un drama de Ibsen, aparece delante de Briand, personaje central de uno de los libros de ese célebre escritor, una vieja, que es la madre del protagonista. Briand anda entregado a su ideal, transfigurado por el entendimiento interior de su vida. Acaba de arriesgar su existencia sobre una barca y ha pasado en el intente del peligro, según la frase de uno de sus interlocutores, "¡como un sol!", cuando "parecía" que las campanas se lanzaban a vuelo y tocaban a rebato. Es cuando su madre exclama delante de él: "es preciso que seas mas cuidadoso de tu vida. Sé fuerte y mira por ti, guarda tu vida". No hemos oído otra palabra que la que dice en las páginas de este drama de Ibsen la madre de Briand. Se nos ha enseñado a titubear delante de la vida rota y de la barca hendida por el huracán; delante de las señales próximas de tormenta y en presencia del solo pensamiento de aventurarse, mar adentro, aun cuando duerme la tempestad y ha sobrevenido inevitablemente la parálisis de la esperanza y con ella la parálisis de la juventud.

Más aún: ha venido la pérdida de nuestra juventud.

La juventud, audacia santa para las banderas altas y llenas de luz, ha muerto en cada conciencia y ha desfallecido de frío y de pesimismo en las multitudes. Y nadie, ni individuos, ni muchedumbres se atreven a tirar la flecha, como Guillermo Tell, en la célebre leyenda, y a llevar oculto el dardo para acabar con los déspotas.

No es ya la vejez de uno o de algunos, es la vejez de todos; no es la vejez de cada uno; es la vejez del corazón del pueblo siempre fácil a los arranques del optimismo y de la esperanza.

Y esta es nuestra suprema enfermedad. Todas las demás partes, arrancan de ella como la carcoma que ahueca y mata los tallos, parte de la raíz podrida y cansada. Hemos logrado conservar nuestra vida; todavía la tenemos, todavía nos pertenecerá, pero enmohecida, como espada que nunca a salido de la vaina, como árbol que no ha tenido ni agua ni sol. Se nos ofreció la vida en cambio de nuestro sosiego y de nuestro silencio y de nuestra quietud y sólo se nos ha podido dar vejez arrugada y marchita. Y hoy debe levantarse, de los pulmones roídos por la tuberculosis de tantos muchachos envejecidos, el grito de angustia que dice en el libro de Goethe, Fausto,[54] cargado de años, azorado ante el naufragio de su vida y con la mirada ansiosamente fija en busca de su juventud.

---

[54] ***Fausto***. Figura literaria, inspirada en un caso real, que se hizo legendario: un hombre viejo que vende su alma al demonio Mefistófeles a cambio de juventud y bienes terrenales.

Diciembre de 1925.

LAS ALFORJAS VACIAS

Es preciso poner el alma de rodillas hasta para escribir a palabra caridad. Porque se trata de un vocablo que por antecedentes históricos, que por su significado y su contenido nada tiene de humano.

Si las estrellas son la señal inequívoca de que Dios ha pasado por encima del caos para encender con su dedo luminoso los ojos serenos y transparentes de la noche, la caridad es una huella de lumbre que ha eclipsado todas las rutas de la historia y que jamás podrá ser borrada por nada ni por nadie.

Pascal con sus largas y penetrantes miradas de solitario asomado a las honduras y repliegues del cristianismo y del corazón humano, al encontrarse delante de la caridad, con la intuición misma con que descifraba los problemas de física y de matemáticas, comprendió que la caridad no es, no puede ser más que de origen directamente divino.

Ante todo, la caridad es un rapto de *superelevación* vital. Solamente así se explica la inmensa e incontrastable superioridad de la obra del Cristianismo sobre la obra de todas las filosofías, de todas las religiones de todos los estadistas y de todos los arquitectos de individualidades y de pueblos. Sócrates y Marco Aurelio[55] son la expresión de los valores más altos fundidos en la hornaza del paganismo. En su gesto, en su actividad, hay indiscutiblemente rasgos de altura iluminada y ganada con el pie ensangrentado y con la sandalia rota en las asperezas del camino. Y cuando uno toma y apura la copa de la cicuta y el otro invoca a Epicteto y aprieta reciamente el puño para ser más fuerte que el dolor, se siente la tentación de pensar que de allí nadie pasará.

Sin embargo, han hecho su aparición los valores humanos salidos del crisol encendido del Cristianismo y antes que nadie, Jesús, el valor histórico más fuerte, más vivo, más pujante de todos, como lo reconoció apenas hace unos cuantos meses el mismo Herbert Wells[56] y la historia, aparte de haber cambiado de ruta, con una desviación estrepitosa e innegable, ha venido, en fuerza de una síntesis inesperada y luminosa, a enseñar que la figura del maestro es el nudo central de la vida humana.

Todo lo pasado, el presente, el porvenir, se le han incorporado y El aparece ya en estos instantes en que aún no han sido escritas las páginas de todas las vidas ni de todos los pueblos, la clave inmensa y luminosa que lo aclara todo. El milagro supremo de Cristo no es el de los ciegos, ni el de los paralíticos, ni el de los mares allanados y sometidos: su milagro supremo, inconfundible y fundamental es la caridad. Y la señal más clara, más innegable; la vitalidad portentosa, insuperable de todo y de todos, lleva la infiltración honda y fuerte del cristianismo.

Más aún, el milagro soberano, el milagro por excelencia, el que sobrepuja en alcance y significación al desentumecimiento de los párpados de los ciegos, de las piernas alargadas y muertas de los paralíticos y aun al despertar de Lázaro, es la resurrección de la certidumbre acerca de los destinos de hombres, de pueblos y de espíritus.

Nuestra época en este punto es la más alta y la más firme comprobación de este milagro. Juan Papini,[57] como los leprosos que pasan por las páginas del Evangelio, era un desahuciado. Todas las filosofías lo

---

[55] **MARCO AURELIO** (121-180). Emperador (161-180) y filósofo estoico romano, gobernó el imperio conjuntamente con su hermano adoptivo Vero.

[56] **WELLS**, Herbert George (1886-1946). Novelista y ensayista británico de ideas socialistas; fue también precursor del género de ciencia ficción. Autor de *La guerra de los mundos.*

[57] **PAPINI**, Giovanni (1881-1956). Escritor italiano; convertido al catolicismo, escribió con ese motivo una intensa *Historia de Cristo*. En general, su estilo es mordaz, incisivo y hasta crudo.

habían dejado cansado, roído, con los ojos ansiosamente abiertos delante de la sombra y con la inquietud devoradora del espíritu hecha garfio y hundida hasta la médula del espíritu. Pero vio pasar a lo largo del camino al Cristo, y hoy vive la vida, la más alta, la más honda, han caído de sus ojos de ciego las vendas de la noche, de su lengua las ligaduras que lo tenían enmudecido y sus piernas marchan rápidamente por la ruta por donde se hace, en plena luz y victoria, el viaje verdadero y definitivo. Como este desahuciado había muchos: Chesterton, Jorgensen,[58]Gheon[59] y otros, todos han visto, todos han sanado, todos cantan la vida.

Nuestra época está enferma: celebró en un instante de locura y de odio, sus nupcias con la sombra a la mitad de la noche que es la hora misteriosa del error y del mal. y hoy, al sentir que las garras afiladas de todas las crisis se clavan para despedazar carne y espíritu, vuelve en vano sus ojos angustiados a todos los oráculos que le dieron a beber el brebaje maldito. Y ha encontrado por todas partes charlatanes que disecan cuerpos y desarticulan pensamientos y almas, pero nadie ha podido entre sus maestros, decir el conjuro salvador.

Más aún, el contagio, la epidemia penetra hasta en la carne y los huesos de los que se atreven a acercarse al enfermo y de allí se levantan tocados de la misma enfermedad y con el alma rota por el pesimismo y el desaliento.

Tocar una pierna entumecida de paralítico, el párpado echado definitivamente hacia debajo de un ciego, el nervio muerto de un sordo y encender la luz y la vida, es un milagro, cuando esto se hace en las páginas del Evangelio.

Y la filosofía y la ciencia no harán más que discutir el caso e intentar explicarlo, pero realizarlo nunca. Abrir los ojos, desatar la lengua y las piernas de los paralíticos, de los ciegos y de los mudos del espíritu, es algo que ni siquiera comenzará a entender ni la filosofía ni la ciencia, que no supieron hacer más que ciegos, paralíticos, y muchos de alma. Y hoy, a despecho de todo y de todos, se repite a la letra, sobre todo en el orden de los espíritus, página a página, el Evangelio. Los ojos del espíritu ven, los paralíticos del pensamiento se levantan y andan, los sordos de la vida interior, la única verdadera vida del hombre, oyen. Y, sobre todo, son evangelizados los pobres, los más pobres de todos, los pordioseros, los mendigos de la verdad, los desposeídos de certidumbre y de luz, todos los que vieron apagarse y caer la última antorcha que señala infaliblemente la ruta a lo largo de la peregrinación. El milagro supremo de la caridad es evangelizar. Y este milagro hoy como ayer se realiza bajo la presencia real de Cristo en la historia y en nuestra vida. Y solo El podrá sanar a nuestra época, como solamente El ha podido sanar la pobreza de Papini, de Chesterton y de los grandes convertidos.

Nuestra época, al parecer, vivamente preocupados por los hombres, no tiene ni siquiera un harapo para disimular su propia inmensa pobreza, que es la pobreza de vitalidad interior. La vitalidad interior es perpetuo índice que señala con su luz el rumbo y el puerto y es inacabable aliento que se renueva y robustece todos los días en la sangre de los viajeros. Ya se escuchan gritos penetrantes en que se llama angustiosamente al Maestro, las camillas de los paralíticos comienzan a aparecer en el borde de todos los caminos, el cuerpo ennegrecido de los leprosos se destaca a lo lejos. Ojalá que pronto nuestra época se tienda al paso de Jesús y le pida que le toque con su mano ¿sanará?...

---

[58] **JORGENSEN, Jens Johannes** (1866–1956). Poeta y escritor religioso danés. Su obra lírica está cargada de simbolismo y emoción. Su conversión al catolicismo en 1896 la describe él mismo en su *Autobiografía*. Es autor de *San Francisco de Asís* (1907) y *Santa Catarina de Siena* (1915).

[59] **GEON**, Henri (1875-1944). Dramaturgo francés, cofundador de la *Nouvelle Revue française* (1909), sus obras se inspiran en el teatro popular medieval. Obras: *Le Pauvre sous l'escalier*, 1921; *les Trois Miracles de sainte Cécile*, 1922.

Es indispensable poner en la obra inmensa d evangelizar a nuestra época, la particular, la levadura, que movida y fermentada por el dedo de Dios llene las alforjas vacías de nuestro siglo con el pan fuerte, vivo y salvador de la palabra eterna.

Marzo de 1926.

SIN PALABRAS

Toda palabra es una acción incompleta. Esto explica, por una parte, el influjo decisivo que la palabra ha tenido y tendrá siempre y por otra la necesidad de que al lado de la palabra se ponga siempre un serio esfuerzo para llegar a la realización total del pensamiento. Una falsa e infundada apreciación del significado que tiene la palabra, ha hecho que en estos últimos tiempos se le arroje al margen de nuestra vida o que cuando menos, se la coloque en un lugar muy secundario. Y en estos momentos se deja sentir más que nunca, una fuerte desilusión hacia las palabras y un movimiento fuerte y vivo de repulsión y asta de asco.

Se confía muy poco, tal vez demasiado poco, quizá nada, en el poder de la palabra. Se proclama con cierto aire de triunfo y de altivo desdén la importancia única, exclusiva, insuperablemente eficaz de la acción. Y ante los hombres que todos los días extienden su mano hacia las cosas para asirlas, para estrujarlas, para doblarlas sobre el yunque de un trabajo recio en que solamente se oigan el jadeo del forjador y el grito del martillo, todos inclinan su frente y dicen un saludo de reverencia y de admiración. Entre tanto a la palabra y a los obreros que todos los días trabajan sin más herramienta que las palabras y se consagran a hacer arquitecturas, no de cantera ni de ladrillo, sino de palabras, se le ve con un encogimiento de hombros y se les clasifica en la categoría de los soñadores y de los inútiles. Ibsen hace decir en las páginas de *Brand* a uno de los personajes, que una acción vale un millón de palabra. Más bien debiera decirse que una acción es una palabra reciamente moldeada en el crisol encendido de la carne y del pensamiento y que se clava allí donde se juntan espíritu y corazón. Más aún: detrás de toda acción está la palabra, como germen, como impulso, como estimulante, como índice vivo, cuando menos ordinariamente. Y no hay ni ha habido flujo o reflujo de los que todos los días baten el mar de los espíritus y de los pensamientos, que no haya partido de una o de unas cuantas palabras.

En las páginas de la historia, resumen, balance de conquistas, de exploraciones, de juegos y de maniobras que han trastornado las situaciones más o menos firmes, se subraya todos los días el paso de la acción; pero a poco que se escarbe, se encontrará una palabra que se halla a la retaguardia de banderas y de ejércitos. Tres palabras se encuentran en una página antes de la ruina de Cartago. Catón[60] las decía en el senado romano sin descanso, seguro de que no pronunciaba ni producía soplos de viento solamente, sino recios empujes que un día doblaron todas las espadas que habían oído el juramento de Aníbal.[61] Al voltear la hoja donde fueron trazadas estas tres únicas palabras: "*Delenda est Cartago*", se oye el derrumbe estrepitoso de la orgullosa ciudad que un día pensó en apretarle el cuello al águila que desafiaba desde el Capitolio. El mismo Aníbal pasó por encima de Los Alpes como si detrás de él hubiera marchado el océano para precipitarlo sobre Roma. Sin embargo, a la retaguardia del bravo cartaginés no había más que unas cuantas palabras de ocho dichas con los puños cerrados por el ansia del desquite.

Debajo de las múltiples superposiciones que el tiempo ha echado sobre sistemas, sobre escombros y sobre ruinas de escuelas, de filósofos, de estadistas y de conquistadores y en medio de las zozobras y de las inquietudes presentes engendradas por las crisis internacionales, por las cuestiones de raza y de pequeños y de grandes, de pordioseros y de próceres, de fuertes y débiles, de artesanos y patrones; no hay más que unas cuantas palabras dichas a la distancia enorme de dos mil años por Cristo para

[60] **CATÓN** de Utica (96-46 a.C.). Político romano, partidario de la república, se opuso al César, apoyando a Cicerón en contra de Catilina. Acosado por sus enemigos, se suicidó.

[61] **ANÍBAL** (247-183 a.C.). General cartaginés; mantuvo en jaque al imperio romano en Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas (218-216), pero fue derrotado en Zama (202).

proclamar la unidad de la especie humana. Y estos sencillos vocablos: “Padre Nuestro que estás en los cielos” que los patricios no se habrían atrevido a dejar pronunciar a sus esclavos; que los emperadores –raza de dioses según los prejuicios de entonces– habrían consagrado para su uso exclusivo; que todavía los blancos no entienden totalmente en presencia de los negros; han venido como inmenso lejano terremoto, derrumbando paso a paso viejas y arraigadas barreras llegará el momento solemne en que todas las manos por encima de todas las fronteras: color, riqueza, talento, blasones, alcurnia y raza, se junten para repetir el mágico conjuro que salió de los labios del radiante Carpintero de Nazaret. Por más que se piense lo contrario, las palabras no han fracasado si fracasan nunca. Fracasan los que ignoran su alcance, su significación y su estrategia. No son ni han sido jamás ruidos sin objeto, ni sinfonías estériles que se pierden en una noche de inercia y de melancolía. Son la retaguardia irremplazable, imprescindible de toda acción y, sobre todo, de toda reforma que tienda a rajar moldes envejecidos y trastos inservibles para la vida.

Pero, para esto, es necesario tener entendido que en algunas ocasiones se va hacia el fracaso no por las palabras, sino por falta de palabras. Entre nosotros se ha empezado desde hace tiempo a proclamar la bancarrota de la palabra. Y se dice: ya no bastan las palabras; ya no sirven de nada las palabras; urge ir a la acción. Y para provocar los fuertes movimientos de reivindicación del pensamiento, de la conciencia y de la ciudadanía, heridos y pisoteados por la revolución, ya no se confía en las palabras y solamente se confía en los actos. Pero no se piensa en que hasta ahora hemos carecido de palabras. Han faltado en el ambiente, en todas las corrientes de nuestra vida privada y pública, nuestras palabras. No nos hemos atrevido a decir más que unas cuantas y casi siempre en forma anticuada, por medios y procedimientos que acusan un retraso de siglos.

El folleto, el libro, la hoja volante y, sobre todo, la prensa periódica, que constituyen los vínculos más rápidos y poderosos de las palabras, todavía son vistos por nosotros con la extrañeza con que podría ver el ferrocarril un labriego de hace dos siglos. Padecemos, pues, una grave y dolorosa equivocación. No ha fracasado la palabra. Nosotros la hemos hecho y la estamos haciendo fracasar, porque no hemos tenido en ella la confianza que merece y la hemos podido antes de confiar totalmente en su alcance y en su poder y si le volvemos hoy la espalda para arrinconarla como instrumento gastado e inútil y nos echamos o nos queremos echar en brazos de la acción, con la ciega confianza de que todo saldrá del crisol milagroso de nuestros actos y de que pronto veremos que todas las voluntades se rehacen que todos los pesimismos se rinden, que todas las conciencias se yerguen, que todos los pensamientos y que todos los brazos se anudan en torno de una misma bandera y se apresura el día ansiosamente esperado de la reivindicación, a la vuelta del primer recodo encontraremos otra vez “el desierto, el desierto, el desierto” para repetir un verso de Manuel José Othón[62]. Porque toda acción de alcance colectivo y que va a voltear de revés cuerpos y almas, busca el contagio y la polarización de voluntades, primero es palabra o nunca será nada.

De manera que si toda palabra es una acción incompleta, se debe a que es el comienzo de la acción. Y porque es el comienzo de la acción, habrá que ponerla como índice en todos los caminos, como brújula de todas las naves, como aliento en los cuatro vientos, como rayo de sol en todas las cabañas, como ruta para todos los viajeros, como grito encima de la cabeza pensativa de todos los camellos que cruzan el desierto. Solamente así, solamente entonces, veremos el prodigioso erizamiento de brazos, de voluntades y de conciencias que es necesario para ir a la reconquista y para alcanzar el día glorioso del desquite santo de la libertad.

---

[62] **OTHÓN,** Manuel José (1858-1906). Literato potosino de altísimos quilates, autor del célebre poema *Idilio salvaje.*

Poblar de palabras, caminos, ciudades, talleres y hogares, repoblarlos luego que comiencen a extinguirse los ecos de los primeros vocablos; repetir la repoblación inmensa, incansable minuto a minuto, hoy, mañana, más tarde, después, hasta conseguir que nuestras palabras sean la atmósfera que todo lo envuelve, que todo lo invade, que todos respiran, que todos absorben, es, debe ser, la señal, la consigna de hoy. ¿Cuántas veces dijo Catón sus tres célebres palabras para conseguir que se rompiera todo el andamiaje en que descansaba a ciudad de Cartago? Muchas. ¿Cuántas veces dijo el Maestro las primeras palabras del Padre Nuestro? Quizás muy pocas; pero de entonces acá ¿Cuántas veces han sido repetidas? Millones de veces. Y cada vez que son muy han sido repetidas, se empinan las cabañas hacia los palacios, los débiles hacia los fuertes, los mendigos hacia los reyes, los malayos hacia los ingleses, los pobres hacia los ricos, los oprimidos contra sus opresores. Si los hombres se cansan de decirlas, las dirá la historia; si se les borra de la historia, quedarán escritas en la carne magullada de los que llevan en sus ojos las señales de la fiebre y del insomnio y buscan hacia arriba las vías ultraterrenas que desembocan bajo el sol de la libertad.

Necesitamos empezar la obra de la reconquista. Solamente se comienza con palabras. Con palabras que llenen, que saturen el ambiente. Si intentamos dar un salto sobre las palabras, no comenzaremos nunca. Y si hasta ahora no hemos ni siquiera comenzado a aproximarnos a terminar, es porque ni siquiera hemos comenzado. Y no hemos comenzado, porque sin palabras no se comienza.

Abril, 1926.

EL VOTO DE LOS MUERTOS

Chesterton, el ilustre humorista inglés, ha mostrado, en las páginas de *Ortodoxia*, un libro vengador como todos los suyos, su grande extrañeza ante el hecho de que la democracia contemporánea se incline tan vivamente a reñir con los muertos. Lo ha hecho con sobrada razón. Porque nacemos rodeados, estrechados por el voto de los muertos. Más aún: todos juramos todos los días y votamos a todas horas, por los muertos. Que este hecho haya pasado más allá del alcance de los fundadores de las nuevas democracias, es sólo una señal inequívoca de su aturdimiento y, sobre todo, de su incurable, de su perfecta ceguera. El primer hombre pudo encontrarse plena intemperie. No halló ni paredes ni techos en su derredor. Y detrás de él nadie había dejado su huella antes de morir. Nosotros hemos encontrado ciudades tiradas a cordel, según los planos de muchos que ni siquiera tuvimos tiempo de conocer. Y en torno de nosotros vimos alzase construcciones más o menos altas, más o menos consistentes, que ya nos esperaban y que fueron hechas un día de que pudiéramos pensar y dar nuestra opinión.

Y cuando pudimos interrogar por nuestra propia cuenta y pensar y medir las cosas, las ideas, los hechos y lo que nos rodea, pudimos con un ligero esfuerzo de observación, encontrar dentro de nosotros mismos un edificio a medio hacer, sobre los cimientos de nuestra propia carne, de nuestros huesos y de nuestra propia alma. Y cuando hemos querido hacer el balance de nuestra propia personalidad y de las demás reservas ideológicas, morales, políticas, científicas y artísticas de que viven y se alimentan los hombres todos los días y hemos intentado fijar el monto de los esfuerzos realizados por nosotros, hemos tenido que avergonzarnos y reconocer que nos hemos enriquecido con un rico e inmenso botín que no nos ha costado más que tender la mano, como no nos cuesta la luz del sol y el oxígeno del aire, más que abrir los ojos y los labios.

Tenemos un idioma rico o pobre; pero lo tenemos. En él nosotros no hemos puesto nada. No hay en el diccionario un vocablo que nosotros hayamos inventado. Y lo que decimos de nosotros o podemos decir también de todos los que conviven con nosotros. Tienen un idioma y lo encontraron hecho. Ese idioma es, todo entero, una herencia amasada por los muertos. Es el múltiple voto de muchos desaparecidos. Y si volvemos los ojos hacia otros rumbos, encontramos el mismo fenómeno: en la literatura, todavía a la larga distancia de más de dos mil años, vota Homero[63] y su voto, escrito en estrofas inmortales, seguirá nuestros pasos para cantar a Héctor y Aquiles; Arquímides,[64] votó hace también muchos años y en torno de su voto se ha convocado los sabios para edificar algunas construcciones científicas. Lutero es un muerto; sin embargo, vota todavía en las almas de los que siguen la bandera de la “Reforma” y muchos votan y juran por él. Cristo, que es una afirmación alta y fuerte y un voto sangriento enclavado y mudo, da su voto todos los días y en torno de El se levantan millones de voces que juran y votan por El.

Tenemos una inclinación viva y fuerte a jurar y a votar más por los muertos que por los vivos. De tal manera, que todos los días juzgamos las empresas y los programas de todos los vivos, a la luz de los oráculos que hemos heredado de los muertos. Decía el abate Enrique Bolo, que cada cuna está hecha con las tablas en que hacen su último viaje todos los hombres. Esta es la verdad. Y por esto, cada cuna es como una urna nueva, recién abierta, donde depositan todos los días sus votos todos los muertos. Todos ellos se apiñan se agolpan en derredor de cada cuna, para decir sus palabras y enseñarnos su idioma. Y como las palabras jamás han sido otra cosa que una revelación anticipada y sintética del

---

[63] **HOMERO**. Legendario poeta épico griego, del siglo IX a.C., considerado como autor de las epopeyas de la *Iliada* y la *Odisea*.

[64] **ARQUÍMEDES** (287-212 a. C.). Matemático, físico e inventor griego. Inició el estudio de la estática, anticipó métodos del calculo infinitesimal y sentó las bases de la hidrostática.

mundo y siempre reflejan las direcciones espirituales fundamentales para la vida, al hablarnos los muertos en su idioma al acostumbrarnos a hablar y a pensar con él, han dejado el voto entero de su mentalidad. Y al día siguiente, en forma inconsciente, rutinaria, pero con perfiles bien definidos, llegamos a ser un voto en que nos juntamos a los muertos, para tratar con los vivos y en que juramos con el juramento antiguo, al parecer sepultado, pero permanentemente redivivo, de los sepulcros.

El aire que todos los días pasa por nuestros labios renueva nuestra sangre y es una condición inevitable de nuestra vida; el sol que todas las mañanas saludamos con nuestros ojos, alumbra nuestro camino y calienta nuestras venas; pero ni el aire, ni el sol, ni el agua, votan por nadie, por más que han tocado los labios y al frente de algún filósofo o del fundador de alguna escuela. Votan por la vida unas veces otras por la muerte; pero jamás votan ni pueden votar, ni por Cristo, ni por Buda,[65] ni por Dante,[66] ni por Miguel Ángel.[67] Pero en derredor de cada uno de nosotros y con la misma incansable persistencia del aire y del sol, flota el aliento de las almas de los que nos rodean y que aun a su pesar dejan transpirar sus pensamientos, sus preocupaciones y sus ideas. Y muy pronto nuestro pensamiento vota en un determinado idioma, una determinada forma, con más o menos entusiasmo y calor, por todo un sistema filosófico o religioso y aun por la totalidad vital de un país. Juan Papini, desde sus primeros años, votó por Garibaldi[68] y contra Dios, porque su padre era rabiosamente ateo y garibaldino.

El día en que nos hicieron arrodillar delante de un Crucifijo, nos hicieron votar contra todo el paganismo y en favor del cristianismo, es decir, nos hicieron poner nuestras manos pequeñas e inconscientes sobre las dos únicas páginas en donde se resumen toda la historia, todas las filosofías, todas las religiones y todos los ardientes y enconados debates que han encendido a los hombres y les han hecho desenvainar o envainar la espada. Y al poner una mano sobre Cristo, que compendia totalmente una de esas páginas, hemos votado y se nos ha enseñado a votar en favor de la mitad de los muertos y en contra de la otra mitad. No nos han podido ni nos pueden enseñar otra cosa los vivos que lo que aprendieron de los muertos. Hasta el punto, de que quien se empeñara en eliminar de las reservas espirituales de los hombres y de los pueblos todo lo que lo lleve el sello de los muertos, tendría que verse en la necesidad de repetir el aprendizaje, pero no sabría qué enseñar. Votamos y juramos espontáneamente, instintivamente por los muertos y con los muertos.

Todos los días nos inclinamos irresistiblemente a votar más por los muertos que por los vivos más pesa una página de historia en que se haya escrito un éxito o un fracaso, que el ensayo de todos los vivos. Y cuando éstos pensaron en establecer su democracia, ya estaba fundada, enraizada en la médula de la vida espiritual y aun material de los hombres, la democracia de los muertos. El error de los vivos no a consistido en intentar la fundación de una democracia, ha consistido y consiste sobre todo, en querer fundar una democracia en que no puedan votar los muertos y en que solamente voten los vivos y se vote por los vivos.

Porque, pese a quien pesare, siempre votarán los muertos y lo más grave es que siempre se votará por los muertos. La democracia contemporánea, cuando menos en ciertos países como Francia y el nuestro, ha condenado al destierro y a la proscripción el voto de los muertos. Ha jurado guerra implacable

---

[65] **BUDA** (Siddartha Gautama. 560-480 a.C.). Fundador del budismo, sistema moral sustentado en la transmigración de las almas, que deben aspirar al *nirvana*.

[66] **DANTE** Alighieri (1265-1321). Humanista italiano, estudió filosofía y participó en la milicia y en la política. Compuso el celebérrimo poema *La divina comedia.*

[67] **MIGUEL ÁNGEL** Buonarrotti (1475-1564). Humanista, escultor, pintor y arquitecto italiano, de sus manos salieron algunas de las obras de arte más destacadas de la historia.

[68] **GARIBALDI**, José (1807-1882). Político y general italiano afiliado a la francmasonería, participó en la reunificación de Italia.

contra ellos. No se les permite votar, en cuanto que sus sistemas, sus opiniones, sus lecciones, sus enseñanzas, son excluidos, condenados al olvido; no se permite que se vote por ellos, en cuanto que su nombre, su recuerdo, hasta su sombra, no deben ni siquiera reflejarse en los vivos. De aquí que toda democracia que nace del hervor del odio al pasado que –que es la síntesis de los muertos– que nace reñida con todos los vivos, porque todos votan por los muertos y juran por los muertos y acaba por ser, como lo es de hecho en muchas partes, una feroz, una exclusivista, una devoradora oligarquía que se alza sobre los despojos y los escombros de la democracia.

Se dirá que el voto no tiene una significación tan honda, de manera que sea necesario englobar los intereses de los muertos y sólo refleja los intereses transitorios de una situación determinada. Hipólito Taine[69] ha dado la respuesta en el prólogo de *Los Orígenes de la Francia Contemporánea*. Y dice que antes de dar su voto quiso, en presencia de los distintos programas formulados por los partidos, saber a qué atenerse para votar. Y en seguida se dio a la tarea de desenterrar todo el pasado de Francia y escribió ese colosal libro donde queda totalmente desollada la revolución. ¿De qué lado votó? El libro mismo lo hace entender: Votó por la monarquía de Carlomagno contra la orgía de sangre de Marat[70] y Robespierre.[71] Votó por doce generaciones de reyes muertos contra una generación de descamisados, muertos también.

Por tanto, el voto es por los muertos o contra los muertos. Y una democracia que condena al destierro y a la proscripción a los muertos será todo: una oligarquía rodeada de bayonetas o con espadas que ha arrojado de los comicios al pueblo que al hablar, al pensar con juicios ya hechos en el taller de los muertos, vota por los muertos y no puede dejar de votar por ellos.

Todo eso será, pero no será una sombra lejana de la majestad augusta de a democracia. De tal manera que si no hubiese, para explicar los desastres ruidosos de la democracia contemporánea y de la nuestra en especial, otra cosa que su odio hacia los muertos, éste bastaría para dar la clave entera de su bancarrota y de sus irreparables desastres.

Abril, 1926.

---

[69] **TAINE**, Hipólito (1828-1893). Historiador y crítico francés. Profesor de estética de la Escuela de Bellas Artes de París, escribió notables obras de carácter histórico.

[70] **MARAT**, Jean-Paul (1743-1793). Político francés, protagonista de la Revolución francesa, asesino de Lavoisier y camorrista del proletariado parisino, fue muerto por Carlota Corday.

[71] **ROBESPIERRE**, Maximiliano (1758-1794). Político francés, creó un *comité de salvación pública*, del que derivó el régimen del Terror.

EL SALDO DE LA DEMOCRACIA

La quiebra de valores humanos provocada, alimentada, producida por la democracia contemporánea, es evidente. Todos los esfuerzos que se hacen por atenuarla, por disminuirla, por ocultarla, por justificarla o atribuirla a otras causas, han sido y serán perfectamente estériles. Porque los oráculos de la democracia contemporánea, altos y fuertes soñadores y osados navegantes en el mar de la utopía, incurables pescadores de estrellas, no vislumbraron siquiera, ni poseyeron jamás el ordinario sentido de la realidad que tiene el más oscuro, olvidado y rudo de los tenderos. Hay una ciencia de los valores para fijar las leyes de la riqueza material de los hombres y de los pueblos. Esa ciencia, aunque apenas en formación, ya ha podido demostrar que en los fenómenos económicos, por más que el libre albedrío y las fuerzas libres de los hombres tienen su intervención y su influjo, hay también un lado irreductiblemente mecánico que empuja las cosas tan ciegamente como la gravitación llama a una piedra.

Y la célebre y debatida cuestión acerca del valor, considerado como cualidad inherente a los factores económicos, no puede ser resuelta satisfactoriamente si se eliminan los caracteres de realidad avasalladora que determinan el valor de las cosas. Y todos los días, fuera de las cátedras y de las escuelas y más allá de los encendidos debates teóricos, hasta los más rudos y zafios vendedores de zapatos, procuraran ajustarse a ciertas leyes imprescindibles para obtener ganancias y evitar la quiebra. Si hay una Economía para los valores materiales, hay también, cuando menos desde cierto punto de vista, una economía para los valores humanos considerados en su aspecto general. Y así como en la Economía de la riqueza puramente material, hay leyes imprescindibles que precisan el valor de las cosas y dan la medida necesaria para rehuir la bancarrota, así también sucede al tratarse de los valores humanos. El mercado con sus altas y bajas, con sus múltiples rechazos y vicisitudes, es el termómetro que tiene siempre a la vista hasta el más humilde tendero. Y con la mirada fija en él, sabe muy bien cuándo su mercancía alcanzará el más alto precio y cuándo será expulsada y reducida a ganancia a cero.

Mercancía solicitada febrilmente, ansiosamente en un mercado, es mercancía que será preciso buscar, desenterrar, fabricar con vértigo de rapidez y con abundancia. Mercancía que pierde demanda es mercancía que será arrojada al rincón del olvido y que nadie volverá a mojar con el sudor de su rostro. Más aún: su desaparición fuera del mercado, en las rutas de la realidad, tendrá que sobrevenir mecánicamente, invenciblemente.

Hay, por tanto, una tabla de valores económicos y descansa, entre otras cosas, en la estimación que los hombres dan a las cosas. Esa tabla no solamente supone, sino que reposa esencialmente sobre la desigualdad. La igualdad sería la negación del valor de las cosas, la negación también de toda la Economía. Un mercado en que todas las cosas tuvieran el valor igual, es un contrasentido. Y un mercader que atribuyera el mismo valor a la sal y al diamante, al carbón y a la plata, estaría más allá del absurdo; sería un loco rematado, pasaría por un demente. Esto que en fórmulas y tratados científicos sería necesario explicar en términos abstrusos y en disquisiciones más o menos ininteligibles, lo sabe por un fuerte rechazo de realidad, de fácil observación, el gran negociante y no lo ignora ni el más insignificante mercader. Y esto es lo que en orden en poco superior, pero en todo caso muy parecido, muy semejante al orden puramente económico, no pudieron ver, no pueden ver aún, ni verán quizá jamás, los portaestandartes de la democracia contemporánea. Empezaron por proclamar la igualdad, una igualdad absoluta como base de la democracia. Luego se echaron en brazos del número de sus resultados rigurosamente matemáticos y esperaron tranquilamente la reaparición de la edad de oro. Su democracia resultó una máquina de contar.

La humanidad, para ellos, no es más que una inmensa masa de guarismos en que cada hombre vale, no por su significación personal, sino porque es una unidad, porque es uno. La tabla de valores de la democracia lo ha reducido todo a la igualdad. Todo hombre es igual a uno; todo ciudadano es igual a uno; todo mandatario –llámese rey, presidente o sultán– es igual a uno. Nadie vale un adarme más que otro; nadie es una pulgada más alto que otro. Todos totalmente, absolutamente iguales. Y con los mismos, con iguales derechos, con iguales prerrogativas. Desde el punto de vista de la función de cada uno en la vida pública y social, esta democracia es un inmenso mercado en que todos los mercaderes se han vuelto locos y han perdido hasta la brújula del sentido común. Para ellos valen lo mismo Solón[72] y Paulino Machorro;[73] valen lo mismo Platón y el senador Monzón; lo mismo Rafael[74] y Miguel Ángel que Diego Rivera.[75] Lo mismo da, según este criterio capital de la democracia moderna, que vayan al Capitolio, Cincinato[76] o marco Aurelio, que Calígula[77] o Nerón[78]. Porque cada uno de ellos vale uno y la máquina de contar los señaló por un saldo abrumador a su favor. Y si bien es cierto que el número, para el caso, es tan ciego como las arenas del desierto, sin embargo, la nueva democracia está satisfecha, porque su tabla, que es la tabla sagrada y luminosa, que recibió de manos de sus oráculos –es decir, la igualdad, implacable, arrasadora, aplastante como una aplanadora moderna–, se ha salvado. Pero detrás de la locura de los mercaderes que abrieron el inmenso mercado de la nueva democracia y que consagraron la igualdad como la tabla suprema de los valores humanos, ha venido, tal vez lentamente, imperceptiblemente, subterráneamente; pero ha venido con paso arrasador, como una cuchilla que parte y raja todo, la quiebra; ha venido la bancarrota.

Se había anunciado en el Parlamento norteamericano la discusión de una ley. Un célebre jurisconsulto se hallaba presente, deseoso de hacer pesar su opinión depurada por largos años de estudio y de preparación. Hubo un momento en que hasta un individuo, pintor de oficio, aventuró su opinión. Y cuando aquel jurisconsulto pudo darse cuenta de que el número tendría que dar la solución y vio delante de él a toda una legión de gentes ignorantes en la materia a discusión y que se disponían a votar exclamó: “Vayámonos, nuestra opinión no vale nada”. Pero antes de esto esa misma democracia, tan tranquila, tan reposada, casi siempre en Estados Unidos, ya se había bañado, durante los días del Terror en Francia, con la sangre de Lavoisier[79] y de Andrés Chenier[80] y cuando el uno pedía una tregua para descifrar totalmente un enigma y el otro alzaba su frente consagrada de bardo para decir melancólicamente que bajo su cabeza radiante de soñador llevaba algo, se oyó la palabra arrogante y arrasadora de la democracia que dijo: “la república no necesita de sabios”.

---

[72] **SOLÓN** (640-558 a.C). Político ateniense, dictó leyes para limitar el poder de la aristocracia y repartir equitativamente su participación en los esfuerzos de la guerra.

[73] **MACHORRO**, Paulino (1877-1957). Abogado liberal jalisciense, diputado del Congreso Constituyente de Querétaro, subsecretario de Gobernación y ministro de la Suprema Corte.

[74] **RAFAEL** Santi (1483-1520). Pintor del Renacimiento italiano, gozó, debido a la excelencia de su arte, del mecenazgo de los Papas.

[75] **RIVERA**, Diego (1886-1957). Pintor mexicano, hábil muralista, militó en el comunismo; fue altamente recompensado por hacerse corifeo de la *Revolución Institucional*.

[76] **CINCINATO**, Lucio Quinto. Noble romano del siglo V a.C., célebre por su sencillez y austeridad. Fue cónsul y dos veces dictador, sin renunciar a su trabajos agrícolas.

[77] **CALÍGULA** (12-41). Emperador Romano (37-41), hijo de Germánico y Agripina. Gobernó tiránicamente y pereció asesinado.

[78] **NERÓN**, Claudio (37-68). Emperador romano (54-68), sucesor de Claudio. Luego de un reinado prospero y tranquilo, perdió la razón. Él inició la persecución contra los cristianos.

[79] **LAVOISIER**, Antonio Lorenzo (1743-1794). Sabio francés, padre de la química moderna, estableció la ley de la conservación de la materia y la nomenclatura química. Fue asesinado por el vengativo Marat.

[80] **CHENIER**, Andrés María (1762-1794). Poeta francés, enamorado de la libertad, se opuso a la anarquía derivada de la Revolución francesa, motivo por el cual fue guillotinado.

Es cierto: en su tabla de valores humanos, tabla única, fundamental, tabla en que descansan todos sus programas, nadie pesa ni vale más que nadie: todo son, todos somos, numéricamente, exactamente iguales. Y si esa democracia no necesita de sabios, ni de poetas, tampoco necesita de héroes, ni de santos, ni de hombres consagrados en nada. Se trata de un mercado donde una empuñadura de oro vale tanto como un jarro mal cocido, donde la Divina Comedia vale tanto como los versos del último estridentista. Renán,[81] dominado por la idea de que es imposible tocar la verdad con nuestras propias manos, había resuelto echarse en brazos de la inercia al formular su desaliento y su escepticismo en esta pregunta aterradora: "¿Para qué?" –Y esta misma interrogación han tenido que hacerse desde el día siguiente de la fundación de la democracia moderna, todos los que se han sentido tentados a hacer de su vida algo alto, fuerte y noble.

Y entre el martillo y el yunque, entre el flagelo y la carne próxima a ser rasgada, entre la hornaza encendida y la mano que suda y trabaja, entre el hollín –primo segundo del diamante según Ruskin[82]– y el hierro limpio, templado y sonoro, se ha interpuesto tenazmente, como una pesadilla, afuera y adentro, arriba y abajo, la pregunta que anuncia las parálisis: ¿"Para qué?" ¿Para qué machacar nuestra carne, para qué flagelarla, para qué lastimar nuestras manos, para qué desangrar nuestros pies, para qué dejar jirones de nuestro vestido y de nuestro cuerpo en busca de altura, si en el pantano, debajo del pantano, arriba de la cumbre, la vida es una máquina de contar y cada hombre, allí vale uno y vale tanto como los demás?

Y el descenso brusco, arrasador, vertiginoso, como piedra que se desgaja, ha sobrevivido y con él, la quiebra más clara, más evidente, más innegable que haya podido verse y registrarse. Todo y todos hemos descendido; todo y todos hemos tenido que tocar con nuestras propias manos el cayado rugoso de los mendigos. Nos arrastramos bajo el fardo de nuestra inmensa, de nuestra aterradora miseria, de nuestro abrumador empobrecimiento.

Norman Angell[83] en su célebre libro *La Grande Ilusión*, asegura que las guerras napoleónicas fueron una verdadera catástrofe para Francia, hasta el punto de que murieron tres millones de franceses y disminuyó en una pulgada la estatura de las generaciones posteriores nacidas en suelo francés. Sea cual fuere el alcance de exactitud de esta apreciación, lo cierto es que la democracia moderna ha sido toda una enorme catástrofe, una quiebra inmensa. Su saldo de sangre apenas será posible precisarlo, desde la guillotina hasta las últimas matanzas de que hemos sido testigos en nuestro país. Al lado de este saldo sangriento, habrá que colocar la disminución de la estatura de todos. No hemos bajado una pulgada, hemos descendido más de veintiocho codos.

Mayo, 1926.

---

[81] **RENÁN**, Ernesto (1823-1892). Escritor y orientalista francés, abandonó una brillante carrera eclesiástica al perder la fe. Su aversión al cristianismo fue sistemática.

[82] **RUSKIN**, Juan (1819-1900). Filósofo, poeta y artista inglés, fue un notable polígrafo y controversista, que abordó todos los temas sociología, economía, religión y moral.

[83] **ANGELL,** Sir Norman (1874-1967). Sociólogo, político y publicista inglés, del grupo laborista, recibió el premio Nobel de la paz en 1933.

EL MIEDO DE LA REVOLUCIÓN

La Revolución tiene miedo. Padece el vértigo del derrumbe. Siente que bajo sus pies se entretejen y se entrecruzan todas las fuerzas históricas en plena conjura, con todos los mensajes de nuestros muertos y halla poseída de la locura del terror. Todas las revoluciones han tenido razón de temer. Todas las revoluciones han tenido miedo. No han tenido jamás razón contra la historia y por esto siempre han tenido razón para enloquecer de espanto. Porque toda la cuestión planteada, todo el debate empeñado entre las revoluciones y sus enemigos se resume en un encuentro enconado, tenaz, a muerte, entre el poder de la historia y la impotencia de los soñadores de utopías y de novedades. Y la pregunta que se hacen y se han hecho todas las revoluciones es esta: ¿ha muerto la historia, muerte la historia? La respuesta la ha escrito la misma historia, que, aparte de sobrevivir todos los días, sobre el dorso rugoso de unos cuantos pergaminos, ha matado y mata todos los días todas las revoluciones. La historia, fuerza enterrada y dispersa a lo largo del camino de razas, de patrias y de conquistadores; polvo que descansa en el borde de todas las tumbas y que ha visitado todos los desiertos, es un poder perpetuamente vivo, presente en la carne trémula de todos los viajeros y hecha armadura, en el fondo complicado y tumultuoso de hombres y pueblos con una montaña edificada subterráneamente con las piedras caídas al paso de los tiempos. Y en el encuentro estrepitoso, resonante entre las revoluciones y la historia, por algún tiempo, por mucho tiempo en algunas ocasiones, parecen tener la razón las revoluciones; pero tarde o temprano, en todo caso siempre acaba por tener la razón última y definitiva la historia.

Lady Macbeth al día siguiente del asesinato del legítimo rey de Escocia, se enfermó de insomnio. Y todas las noches se levantaba de su lecho la reina estrujada y atormentada por su propia historia. El espectro de la propia historia, ya se trate de individuos o de pueblos, invisible y callado comparte todos los días las fatigas de la jornada y nos acompaña en todas las peregrinaciones. Asiste al consejo y a las deliberaciones de todos los vivos. Y cuando alguien se atreve a medir sus fuerzas con él y le declara la guerra, nadie resiste ni más tenazmente ni más victoriosamente que él. Renán veía con el ojo lleno de espanto el espectro del pasado, cuando en el mensaje que escribió para despedirse del Dios de su juventud se anticipó a jurar que reprobaba de antemano, Renán, las abjuraciones que pudiera hacer el Renán envejecido. Y es que en la historia hay siempre algo, en algunas ocasiones mucho del trabajo de Dios y del trabajo de la razón.

Pero al tratarse de pueblos que han sido amasados, moldeados, edificados, de arriba abajo, por el Cristianismo, entonces en las fuerzas subterráneas de la historia aparece, cuando las puntas de todas las espadas y de todas las bayonetas se vuelven hacia abajo, el nervio vivo de las conciencias y de las reservas tradicionales, el puño de Dios, recio y fuerte, como un nudo de montañas retorcidas y agarradas a las raíces de piedra de todas las cordilleras. Y ante esa invencible y centuplicada conjura de la historia y de Dios, todas las revoluciones acaban y han acabado por ser derrotadas. Todas las revoluciones nacen con la espada fuera de la vaina. Podrán tener a su lado algunas razones, pero nunca por ser una sublevación total contra el pasado, no tienen ni podrán tener razón contra la historia. Mucho menos la pueden tener ni llegarán a tenerla contra Dios. Y armadas de la violencia, porque de antemano saben que no tienen otro recurso, se dan a acuchillar cuerpos y a levantar guillotinas. Pero todos sus planes fracasan. La sangre, la espada, la intriga; todo desemboca en el desastre.

Francia, la Francia de los descamisados, de los revolucionarios, melló todas sus guillotinas; cansó todos los brazos de los verdugos y agotó sus proyectiles en matar a sus verdugos; pero de entre las manos ensangrentadas de los asesinos se vio salir un emperador que la misma revolución había amamantado a sus pechos y que, deseando la resurrección del genio romano que vislumbró la eternidad en la tierra,

desdobló la mano de Carlomagno,[84] le tomó el cetro, echó los trazos del Sacro Imperio y vivamente aleccionado por la inestabilidad y flaqueza de la revolución, quiso sentir sobre la frente y sobre su diadema el dedo de Roma ungido con el óleo de la piedra indestructible. Fue un vengador de la historia de Francia, se reconcilió con las fuerzas históricas y mató a la revolución. Al día siguiente, ciego de orgullo, ebrio de vino de las alturas, tornó a ser revolucionario el nuevo emperador de los franceses y se cebó en el Papa y retó de nuevo a la historia. Y una conjura en que riñeron desesperadamente las espadas de muchos ejércitos y las fuerzas históricas de muchos pueblos llevó al coloso a la arista de una roca escueta y allí le dejó sin espada y sin poder. Y nada menos Hipólito Taine asegura que todas las marchas y contramarchas que la fiebre de Bonaparte hizo padecer a Roma con la persecución, se anudaron apretadamente para dejar bien preparada la apoteosis del Papa que culminó en la declaración de la infalibilidad pontificia. Y esto hacen a más no poder las revoluciones: poder las fuerzas históricas, empujarlas hacia abajo para que busquen ansiosamente corrientes de savia, cimientos más hondos y un día se anuden todas las vías subterráneas de todas las vidas y acaben por quedar solas y triunfantes por encima de las conjuraciones.

Mientras no se encuentre un medio suficientemente eficaz para matar a la historia, mientras la historia de cada hombre y de cada patria y de cada pueblo sea un poder sepultado, perpetuamente vivo, que nos hace padecer insomnios y marchar atados a su dirección, las revoluciones padecerán derrotas definitivas e inevitables. Y una de las cosas que han hecho caer en el despeñadero de todos los desastres a la democracia moderna, a sido y es su aversión al pasado, su rencor enconado hacia los muertos. Y claro está que un sistema de gobierno que empieza por matar la democracia respecto de los muertos, bien pronto acaba por matar la democracia respecto de los vivos; pero también tarde o temprano será decapitado, y enterrado por la democracia de los muertos. Y si la democracia de los muertos es todos los días la única verdadera democracia que acaba con las locuras y los sueños de los innovadores que se sublevan contra el pasado, se debe a que es la democracia de la historia y a que es una fuerza viva que muchos han creído haber sepultado y que nadie ha podido ni podrá nunca extinguir.

Las revoluciones tienen y han tenido miedo porque se hallan solamente delante del poder de la historia y porque todas las máquinas de guerra de que disponen tienen un alcance arrasador contra los vivos, pero no alcanzan a tocar los huesos de los muertos.

Nosotros asistimos no desde ayer, no desde unos cuantos días; sino desde hace cerca de un siglo al duelo mortal entre las revoluciones y nuestra historia; y hemos seguido y seguimos siendo testigos de la persistencia invencible de nuestras razones históricas, raíces vivas que todos sentimos temblar y sacudirse en el nudo vital de nuestro ser espiritual y nacional ante el golpe arrasador del hacha de los sublevados. Hoy se centuplica el furor, se entrecruzan las hachas sobre la carne viva y sobre la sustancia real de nuestra historia, pero a cada golpe, a cada hachazo, a cada herida, a cada torcedura del potro, más que los vivos, siguen respondiendo nuestros muertos. Y nosotros mismos, no obstante la dispersión de caracteres, de flaquezas individuales y colectivas, no podremos hacerle traición al grito en que formula su respuesta categórica la razón de nuestra historia. Más aun, a los vivos se nos ha vencido y se nos ha desarmado; desde hace muchos años, ni tenemos bayoneta, ni espada, nos hallamos con los brazos caídos y pisamos sobre escudos abollados y sobre empuñaduras rotas. Entre tanto ellos, como los Césares de la vieja Roma, lo tienen todo: ejército, capitanes, espadas, las alturas del poder, los circos, los leones, todo. Y sin embargo, tiemblan, sin embargo temen, sin embargo sobre nuestras manos de esclavos vencidos, sobre nuestros brazos amarrados a la piedra de los vencidos ven alzarse,

---

[84] **CARLOMAGNO** (742-814). Heredero del reino francés, ciño la corona del Sacro Imperio Romano Germánico (800). Prototipo del rey cristiano y del renacimiento cultural europeo.

ven pasar un espectro. No somos nosotros, no son los hijos de nuestros hijos, son nuestros muertos, es la razón de nuestra historia. Y afilan de nuevo sus cuchillos y cortan carne y sueltan sus fieras.

Pero como en las páginas de Macbeth,[85] a medida que se multiplican los asesinatos, se multiplican los espectros se multiplica el terror. En la célebre tragedia de Shakespeare[86] quedan solos el usurpador y su espada; en el escenario de las revoluciones están solas su espada y ellas. Y mientras no les pertenezca una sola fibra de las que forman la trama viva uy recia tejida por los muertos y esto no lo conseguirán con la espada en la mano, están amenazadas, sitiadas, estrechadas por el desfiladero de los muertos. Y estarán perpetuamente amenazadas por la razón viva de la historia que ha escapado, que escapará siempre al potro, a la guillotina, a la cárcel y a las puntas de todas las bayonetas. De aquí que para que las revoluciones lleguen a sentirse tranquilas, necesitan sorprender el momento o el día en que los pueblos empiecen a escribir su historia o pactar y reconciliarse con ella. De otra suerte, se hallarán ante esta disyuntiva implacable: o matar la historia, o estar condenados a tener miedo y a ver con el puño roto, el irresistible retoñar de las fuerzas históricas. Entre tanto no les queda más recurso que enfermarse de zozobra y temblar mientras nuestra historia herida por el potro por la espada, se retuerce y grita como un enterrado vivo.

Francia ha empezado, en medio del frescor y la lozanía de sus convalecencias, a enterrar a la revolución; el matador y el sepulturero, como en todos los pueblos donde se ha sentado un día Cristo a decir el sermón de la montaña, han sido Carlomagno y Juana de Arco[87]. Nuestros nietos asistirán al entierro de la revolución en nuestra Patria. Los sepultureros serán: Hernán Cortés y Bartolomé de las Casas. Su epitafio será el que se ha escrito para todas las revoluciones: “Mató, despojó, apaleo, amordazó, encarceló, por miedo. Con todo y precisamente por eso, el miedo la mató”.

Marzo, 1926.

---

[85] **MACBETH** (1040-1053). Rey de Escocia, en quien se inspira una de las mejores tragedias de Shakespeare.
[86] **SHAKESPEARE**, William (1564-1616). Dramaturgo, poeta y actor ingles, en sus obras describe todos los sentimientos y pasiones humanas.
[87] **JUANA de Arco, santa** (1412-1431). Heroína francesa, canonizada en 1920. Al frente de un ejército liberó Orleáns de los ingleses. Traicionada por los suyos, murió en la hoguera.

ANTES DE MARCHAR

La pasión por el ideal ha muerto. Se le ha dejado desfallecer primero, se le ha abandonado, después y ha acabado por morirse. Esto explica el desdén con que por todas partes se ve lo grande y lo noble y el encogimiento de hombros con que todos saludan programas y banderas. Pero lo más grave es que nuestra juventud carece de ideal desde hace mucho tiempo, no ha habido quien la arroje en la hoguera donde se encienden las altas y recias pasiones y donde se recibe dentro del puño de la diestra, crispada por el juramento hecho bajo la tienda ideal, el cayado fuerte y nudoso para ponerse en marcha hacia las alturas.

Nuestra juventud no ha tenido, no tiene desde hace mucho tiempo ni maestros ni abanderados. Se alzó y sigue alzándose delante de la vida como barca sin timón y sin brújula y, fatigada a los pocos pasos que ha dado e su peregrinación, ha acabado por dejar la vanguardia y por quedarse a formar legión con todos los rezagados.

Y es que el alma –como el cuerpo– tiene necesidades apremiantes y puede también sentir las angustias del hambre, de la soledad y del desierto. Todo viajero lleva sus alforjas llenas para atravesar el mar o el desierto. Sabe que solamente saciando su hambre y apagando su sed puede conservar encendida la llama de la vida y la plenitud de vigor de todo su cuerpo. A nuestra juventud no hay ni ha habido quien le llene sus alforjas el día de emprender el viaje. Ni siquiera ha habido quien le haga sospechar que necesita provisiones. Cuando mucho se le ha enseñado a que arrebate del torbellino del tiempo el pan para el cuerpo; pero nadie le ha dicho que no empiece su jornada hasta no ir bien provista de pan en abundancia para el espíritu. Y a los pocos pasos ha desfallecido. Y aunque alguna vez se le haya visto con la frente radiante, con el beso del ideal y del ensueño, también se le ha podido encontrar al día siguiente con la cabeza encorvada y triste, porque, como todos los demás peregrinos, ha acabado por entregarse a la vieja idolatría del becerro de oro y a gritar en todas las orgías.

Si cuando abría por vez primera sus ojos asombrados delante de todas las barcas que echaban sus velas al viento y ante el hechizo distante –pero siempre contagioso– de todas las lejanías, una mano amiga o paternal hubiera depositado siquiera un mendrugo de pan para el espíritu, en la alforja de nuestra juventud, no serían tan pocos los que habrían resistido tenaz y victoriosamente a todas las seducciones de la carne y de la tierra y todavía las veríamos de cara hacia la bandera del ideal. Y es necesario empezar por echar en la mano de cada joven que parte o que ya se ha incorporado a la caravana de los que marchan, el pan con que se nutre, se fortalece y se alimenta la vida del espíritu –ideal, ensueño, ilusión alta y noble, gallardía, generosidad, arroja, audacia, osadía ante los fuertes– para que sigan adelante sin desfallecimientos y sin titubeos. Por ahora habrá que acercarse a la juventud para decirle al oído que antes de emprender su jornada o aunque ya se haya dado a la vela, necesita proveerse y poner al lado del pan para el cuerpo, el pan del espíritu y que entre otras cosas busque ansiosamente, como medio suficientemente eficaz para nutrirse y saciarse de ideal, el libro.

Esto lo han hecho todos los que se han dado a la vela hacia la realización de altas empresas. Alejandro el Grande[88] no habría llegado a ser grande si –como él mismo lo decía– no hubiera llevado siempre y a todas partes y no hubiera llevado siempre y a todas partes y no hubiera colocado debajo de su almohada para leerlo con avidez un libro de Homero: *La Ilíada*. Cada página de este libro lo fortalecía reciamente en medio de todas las fatigas y Aquiles –el héroe central de esa epopeya– mantenía perpetuamente encendida la hoguera del entusiasmo. El libro es uno de los más fuertes y ricos alimentos del espíritu.

---

[88] **ALEJANDRO MAGNO** (356-323 a.C.). rey de Macedonia, educado por Aristóteles, sometió a toda Grecia a su cetro, y se apoderó del Asia Menor y del norte de Africa.

Si desde hoy empieza nuestra juventud por rechazar la vieja costumbre de echarse a andar por el camino de la vida sin más provisiones que el pan para el cuerpo y logra sentir vivamente la preocupación de proveerse de pan para el espíritu y acude al libro –se entiende al libro de exuberante vitalidad que despierta, que eleva, purifica y llena de oxígeno el ánima–, habrá en la vanguardia de todas las caravanas una crecida legión de juventud que, a pesar de todas las deserciones, de todos los descalabros y de todos los desastres, lleve siempre vuelta la cara hacia el porvenir y logre clavar en las alturas la bandera de la victoria de su gallardía y de su atrevimiento.

Giouse Borsi, a los quince años de edad había llegado a ser uno de los poetas más altos de Italia, pocos habían levantado con más brío el acento de sus blasfemias. Pero el dolor clavó en la mitad del alma de Borsi su dardo acerado, lo hizo hojear *La Divina Comedia* del Dante y se volvió con toda su juventud de Dios. Dos años después, al frente de un grupo del ejército italiano, tomaba parte en la guerra de 1914 y en los instantes que arengaba a sus soldados cayó mortalmente herido por las balas enemigas. Al recoger su cadáver se le encontró –al lado del corazón–, cuidadosamente guardado, un ejemplar de *La Divina Comedia* de Dante. Aquel libro había nutrido plenamente a Giosue Borsi –con el pan del espíritu– para seguir y terminar gallardamente la jornada. Este libro fue bueno para la vida y para la muerte, fuertemente, reciamente nutritivo para la vida del ideal y del espíritu. Que al quedar con la frente hacia donde flamea el ideal –a través del polvo de la guerra y de la lucha por la libertad– en cada alforja se encuentre un libro, permanente e inagotable, proveedor que sacie el hambre del espíritu, con hartura, con ebriedad de ideal.

Julio, 1926.

LOS INTRUSOS

Por encima de la mano que edifica está y ha estado siempre, a muchos codos de altura, la fecundidad portentosa del espíritu. Nos maravilla un surco abierto por el arado del hombre sobre la faz recia, tenaz y rugosa de la tierra. Y nos asombran los prodigios, convertidos en caminos, ciudades, puentes y palacios que han sembrado a su paso, las generaciones. Y todos los días –esto es tan antiguo como el mundo– se mantienen con el ojo abierto familias, razas y naciones dispuestas a afirmar y sostener sus derechos sobre todo lo que han edificado. Y cuando un brazo atrevido se ha alzado por encima de campos cultivados, de puentes construidos, de chozas y palacios, de fronteras y de baluartes; los que vertieron el sudor de su frente para fecundar la piedra y la tierra, han extendido su mano trémula de coraje santo para vengar el ultraje. Rómulo,[89] el día en que Roma comenzó a dar sus primeros vagidos, mató a su hermano Remo por haber saltado éste por encima de las primeras murallas. Y es que todos los hombres al trazar linderos, al levantar sus fábricas de cantera y mezcla y al construir sus cabañas y sus palacios, sienten, juzgan, con un juicio íntimo de evidencia irrebatible y luminosa, que han hecho y están haciendo "su casa".

Y a la vuelta de los años, quizá de los siglos las patrias, las razas, las tribus, las familias han hecho arraigar –hasta tocar la médula de los huesos–, el sentido del dominio absoluto, pleno, indiscutible, sobre lo que han amasado con sus manos y han edificado par guarecer la vida. Esto explica que dentro de las propias fronteras todos los hombres sientan estar en su casa, en su heredad, por más que no tengan más que un harapo para vestirse y aun cuando no pisen tierra de las que les pertenece en fuerza de algún título. Y esto explica también que más allá de las propias fronteras los hombres se sienten en tierra extraña.

Pero al lado de la propia casa destinada para huir del sol y de la lluvia, para amasar el pan de todos los días, para llevarlo a todas las cabañas, todos los días edifican, construyen todos los hombres su casa espiritual. Esta es más alta, más noble, de alcance más hondo y más trascendental. No ha sido ni es edificada como erróneamente muchos lo piensan, después que la otra ni sobre ella. Comenzó a ser edificada y a veces ya estaba casi totalmente construida antes de que se echaran los cimientos de piedra. Y en todo caso, ha sido y es en todo tiempo, la muralla y el cimiento de canteras vivas en que descansan todas las demás construcciones. Nadie: ni hombre, ni familia, ni raza, ni patria, ni pueblo alguno han carecido de su casa espiritual. La han formado –a lo largo de los tiempos– bajo la mirada de los siglos, bajo la mirada de los héroes y de los oráculos, bajo la mano desdoblada de los maestros –filósofos, literatos, legisladores, sacerdotes– y la han hecho para guarecerse contra todas las crisis de la vida, contra todos los terremotos y los sacudimientos y para tener siempre rebosantes de ilusión, de esperanza, de ideal, de luz, de justicia y de paz todas las alforjas de todos los peregrinos que se han juntado bajo la misma tienda a platicar antes de internarse en el desierto.

Cada hombre, cada familia, cada tribu, cada raza, cada patria, tienen su tienda de lona firme y gruesa para resistirle al sol y al viento. Y cada hombre y cada patria y cada raza tiene también, su tienda espiritual desde donde resiste a la bestia y desde donde busca todos los días el camino para poseer permanentemente y en abundancia los dones más altos del espíritu: verdad, belleza, justicia, libertad. ¿Cuántas veces se ha desenvainado la espada para defender la tienda espiritual que han levantado en todos los siglos los hombres al lado de su casa de piedras? Muchas también. En la última recia y arrasadora crisis de 1914 que hizo desenvainar, sobre todas las fronteras, centenares de millares de

---

[89] **RÓMULO** y Remo. Personajes míticos, hermanos amamantados por una loba, el primero de ellos fundó Roma, luego de asesinar a su hermano.

espadas, de uno y de otro lado peleaban –así lo decían a grandes voces– por la tienda desplegada –y amenazada de ruina– del espíritu.

Y cada pueblo –encorvado sobre las trincheras– defendía también su tienda espiritual. Francia defendía la suya. Inglaterra peleaba por la suya. Italia hacía otro tanto. Y cada uno –como Eneas[90] en medio del instante trágico del derrumbe de Ilión[91]– se abrazaba ansiosamente de sus penates –héroes, santos, artistas, códigos, sistemas, costumbres, maestros–, los más altos símbolos y las más altas realidades de su patrimonio espiritual, para salvarlos del arrasamiento. Cuando Lord Byron[92] desplegó la vela de su barca de soñador para ir en auxilio de Grecia, más que los muros de argamasa y de piedra hechos por la mano de los helenos, lo inquietaban y lo arrastraban hacia la guerra los linderos invisibles de la ciudad blanca y luminosa del pensamiento y del ensueño, edificada por los obreros inmortales de las ideas y de la belleza. La significación incontrastable y decisiva de la tienda espiritual de hombres y de pueblos, la sintió vivamente y la expresó con su energía acostumbrada Bonaparte, cuando al referirse a la escuela de Brienne, que fue donde hizo sus estudios, la llamó la patria de su pensamiento.

Subrayemos, por tanto, con hierro endurecido y fuerte este pensamiento, que es una incontrovertible verdad, que es un hecho de carne palpitante: todos tenemos nuestra casa de piedra y al lado de ella, juntamente con ella, dentro de ella, encima de ella, tenemos nuestra casa espiritual, nuestra tienda espiritual. Todos somos y nos hemos sentido –por un hecho indestructible, presente en nuestra conciencia– dueños de nuestra casa de piedra y con la misma fuerza, con la misma, con más tenacidad y firmeza, todos somos y nos sentimos dueños de nuestra casa espiritual. Cuando alguien –hombre o pueblo– invade nuestra casa de piedra, nosotros no tenemos más que una palabra en nuestros labios: intruso. Cuando algún hombre o pueblo –conquistador o innovador– invade nuestra casa espiritual, nosotros afianzamos nuestros pies en la tierra que pisamos y pronunciamos la misma palabra: intruso. La época moderna tiene pocos imperialistas y pocos conquistadores al estilo de César y de Alejandro. En cambio, ha sido intensamente fecundada en fervientes, en implacables reformadores. Diremos la palabra: ha sido superabundantemente fecunda en revolucionarios. El revolucionario de la época moderna no tiene casa, ni de piedra ni de espíritu. Alfredo de Musset[93] lo retrato maravillosamente cuando escribió, en 1836, estas palabras: “Y mientras tanto este hombre, no poseyendo ya su vieja casa, ni tampoco, todavía la nueva, no sabe cómo resguardarse de la lluvia, ni cómo preparar su cena, ni dónde trabajar, ni dónde vivir, ni dónde morir; y sus hijos son recién nacidos”. El revolucionario está pintado de mano maestra. No tiene casa: porque su casa es una quimera que flota a la distancia, en la región etérea de los sueños y que tendrá que ser hecha sobre el derrumbe de todo lo viejo, de todo lo existente.

Pero la ley suprema de la vida se impone avasalladoramente. Y nadie ha podido ni podrá vivir sin casa. La casa se necesita para el cuerpo y para el espíritu cuando menos para soñar, cuando menos para trazar el plan de la nueva casa. Más aún, llega un instante en que rendido el brazo y fatigada la ilusión del innovador acaba por convencerse de su impotencia para edificar su nueva casa y acaba también por meterse a la casa ajena. Todos los revolucionarios en esto han parado en todas partes. Napoleón,[94]

---

[90] **ENEAS**. Héroe mitológico troyano, una de las figuras legendarias más importante de la antigüedad grecorromana, antepasado de los latinos, según Virgilio.
[91] ***Ilión***- Troya.
[92] **BYRON,** Jorge Noel Gordon, Lord (1788-1824). Poeta romántico inglés, participó en la guerra de Grecia, en cuyas costas murió.
[93] **MUSSET,** Alfredo (1810-1857). Poeta, novelista y autor dramático francés, fue el más ingenioso de los románticos franceses, pues une la libertad volteriana con el disgusto por la vida.
[94] **NAPOLEÓN** Bonaparte (1769-1821). Emperador de Francia y genial estratega militar, desplegó un ambicioso proyecto imperial para Europa, desmantelado por sus adversarios.

nacido en medio de las quimeras del noventa y tres e impotente para levantar una nueva casa, acabó por meterse tranquilamente a los viejos palacios de los reyes de Francia y por entregarse a mandar en casa ajena. Para esto, para mandar totalmente, quiso ser emperador, mariscal, pedagogo, pontífice, todo. Nadie podía pensar, ni escribir, ni salir de paseo sin su permiso. Nadie estaba ya en su propia casa. Mejor dicho todas las casas estaban ya usurpadas. El gran intruso estaba allí, dentro de cada casa y de la gran casa material y espiritual de Francia.

En México se ha seguido el mismo camino. Han jurado primero demoler nuestra casa –esta casa luminosa y sonora donde se juntaron todas las barcas de Occidente pobladas de misioneros y de maestros y donde por espacio de tres siglos sudaron y se desangraron cuerpos y espíritus para edificar cimientos y techos que hasta ahora no han podido ser ni siquiera mal remendados–, luego han esbozado el plan de la otra casa, la del porvenir, y, por fin, vencidos por las leyes inflexibles de la vida y por su impotencia para edificar, han acabado por meterse a sangre y fuego, a bayoneta calada a la casa ajena, a nuestra casa, sí, a nuestra casa. Hemos estado en esta casa tres siglos; echamos sus cimientos, levantamos sus techumbres, la hemos apuntalado todos los días contra todos los huracanes; hoy mismo tenemos puestas todas nuestras espaldas para sostenerla; si pudo ser edificada fue porque nosotros le dimos las canteras vivas de nuestras ideas; si no se ha derrumbado totalmente es porque nuestra tienda espiritual toda entera no la ha dejado caer. Y si dentro de ella hay todavía fuertes y desbordantes condiciones de vida donde respiran, se nutren y se solazan los mismos intrusos, es porque Ripalda[95], –sobre todo el viejo, el deshilachado Ripalda, como el Atlas de la mitología– mantiene recias y firmes aún, aunque un tanto sacudidas, las piedras centrales: autoridad, propiedad, familia, conciencia, vida, en sin el decálogo, que Federico Le Play llamaba “la constitución esencial de la humanidad”.[96]

Con frecuencia alzan frenéticamente la voz los intrusos para tacharnos a todos los católicos –prelados, sacerdotes y simples fieles– de que vivimos entregados a mistificar la religión y a llevarla como trofeo y bandera de seducción a las contiendas políticas. Y es necesario que de una vez por todas se diga toda la verdad. Nosotros nos hallamos en nuestra propia casa. Los innovadores impotentes para edificar hasta la más infeliz de las cabañas han invadido nuestra casa. Y tras de invadirla se han entregado a la tara de mandar despóticamente, absolutamente en ella. Ellos son los que han invadido con sus banderas políticas todo: templos, hogares, escuelas, talleres, conciencias, pensamiento, palabra, todo. Ellos son los invasores, ellos son los intrusos. Nosotros nos encontramos en nuestra propia casa. Nosotros la edificamos con lodo y argamasa regados con nuestro sudor y con nuestro pensamiento. Ellos, los innovadores, nunca han podido edificar nada. Nunca han hecho otra cosa que entrar a saco nuestra casa y nuestras casas. Y siempre que han intentado alcanzar la gloria de arquitectos no han provocado más que derrumbes. Y esto –derrumbes– solamente, derrumbes, es lo único que se oye del lado de ellos. Nuestra antigua actitud de cariátides angustiadas, pensativas y agobiadas por la carga de la vida, persiste y persistirá; pero hoy comienzan a abrirse nuestros labios y nuestra primera palabra, nuestra eterna palabra para los innovadores, para los intrusos será ésta: estamos en nuestra casa; vosotros sois invasores. Vosotros sois los intrusos.

Mayo, 1926.

---

[95] **RIPALDA,** Juan Martínez de (1536-1618). Teólogo jesuita español, autor del famoso *Catecismo y exposición breve de la doctrina cristiana*, que ha alcanzado miles de ediciones.

[96] **LE PLAY,** Pedro Guillermo Federico (1806-1882). Economista y sociólogo francés. La doctrina ***Le Play*** es la aplicación de los métodos analíticos a los fenómenos de la vida moral y social -método monográfico-: la familia es la célula social y el *decálogo*, su norma.

TODAS LAS ESTRELLAS

A los jóvenes estudiantes que se distinguieron en el Concurso oratorio efectuado en Guadalajara el día 15 del mes en curso.

El problema de la elocuencia, en su aspecto teórico, ha sido demasiado discutido y hasta puede decirse que ha sido ya totalmente agotado. Sin embargo, es preciso reconocer que es un problema más bien práctico que teórico, ya que se trata de una forma concreta de arte. Y desde este punto de vista se ha dejado hasta la fecha mucho que desear. Sobre todo en los antiguos métodos de aprendizaje que han prevalecido en nuestro medio. Y ya es tiempo de que se busque, en el terreno de la práctica, una solución totalmente satisfactoria. Y más que todo, urge, que se haga una seria revisión de sistemas de aprendizaje. Porque en punto de oratoria debemos reconocer, con hondísima pena, que se ha fracasado ruidosamente. Y no basta evocar ciertos nombres de oradores célebres que han surgido en nuestro medio y han alzado en muchas ocasiones el estandarte iluminado de los abanderados de la palabra. Porque todos ellos, hasta cierto punto, han llegado a ser altas y fuertes personalidades de los antiguos sistemas de formación oratoria. De aquí que ante todo sea necesario precisar la significación exacta, el sentido real del problema de la elocuencia. Pues de esto arrancan las consecuencias que han de servir de base a las nuevas rutas para el aprendizaje. Y colocados en este plano podemos decir que el problema capital, central de la elocuencia, es un problema que se traduce, que equivale a la cuestión de saber, de poder decir la palabra en posesión de la plenitud de su totalidad vital de expresión.

Este es el nudo central de la cuestión. Y por no tener esta noción, en la plenitud de claridad que exige, pasan todos los días sobre sistemas de formación, sobre métodos de aprendizaje y sobre criterios y direcciones de espíritus, funestos prejuicios. Y todos los días, arrebatados por la corriente de viejos prejuicios, se van a decir y se dicen en las tribunas, arengas que fueron pulidas, retocadas, como pule y retoca el joyero sus artefactos, con varios días de anticipación. Y todos los días también no se dicen más que palabras mutiladas, incompletas, que no son, que no pueden ser más que un remedo, una lejana aproximación de la verdadera palabra elocuente. La palabra que traza el escritor en la página de un libro tiene que ser inevitablemente un reflejo de la fisonomía del autor. Y esto basta para que se tenga una verdadera palabra escrita. Pero la palabra elocuente debe ser esencialmente una palabra hablada en el sentido más fuerte, más alto, más completo del vocablo. Y supone, exige, pide, también esencialmente, la presencia total del orador. Y esa presencia queda trunca cuando dos días antes, sea sobre un pergamino, sea sobre la sustancia viva de la memoria, se dicen las palabras del discurso y pocos días después va a pronunciarse en la tribuna una frase inerte, apagada, despojada de la totalidad de las efervescencias interiores del artista y reducida a puños de rescoldo que jamás podrá reavivar una emoción fingida, impotente para devolverle a la verdadera palabra su propia y total fisonomía.

El problema tal como se ha planteado hasta ahora, sobre todo dentro de los viejos moldes del aprendizaje oratorio, queda reducido a un problema de representación dramática. Con la única diferencia de que hasta cierto punto se identifican el personaje y el autor. Y parece plenamente esclarecido con los fuertes vislumbres que pasan por encima de la desconcertante obra de Pirandello[97]: *Seis personajes en busca del autor*. Según los antiguos sistemas de formación oratoria –que se resuelven directa o indirectamente en el grafismo o sea en el método de ensayar por escrito, en papel o en la memoria– el orador es un comediante de sí mismo. Tiene que reproducir una palabra nacida de un drama interior cuyos desgarramientos y angustias han pasado y han dejado una remota huella en la

---

[97] ***PIRANDELLO,** Luigi (1867-1936). Dramaturgo italiano, creó escuela por su especial construcción en la pieza teatral, sus efectismos y trucos escénicos, la compljidad de los personajes y la originalidad de los problemas.*

memoria o en el papel. ¿Pero dónde están el arranque pasional interior, el temblor de la carne, las crispaduras del alma soberanamente, inimitablemente reflejadas a lo largo de la cara, de los brazos, de las manos, del cuerpo y en el tono de la voz? Son solamente un puñado de rescoldo y habrá que redivivirlos –tarea imposible– con una verdadera comedia en que el orador se verá en la necesidad imprescindible de ser al mismo tiempo personaje y actor.

Es decir, comediante de sí mismo. Y su palabra, mezcla informe e inconexa de emociones presentes y de pensamientos nacidos de un alumbramiento lejano, será una palabra trunca, mutilada, con una fisonomía extraña, quizá hasta contradictoria en que falta la unidad central, la cohesión interna y profunda que anuda en un solo y único núcleo total, el pensamiento, el gesto, el ademán, la emoción característica y el arranque pasional. El fracaso del viejo sistema del grafismo ha consistido y consiste en que se ha propuesto hacer oradores y no ha logrado hacer otra cosa que comediantes. En las páginas desconcertantes de Pirandello no hay más que personajes. Los comediantes dejan de serlo bajo el golpe de osadía y de vitalidad de aquellos seis personajes que son y que se sienten irreductiblemente personajes y solamente personajes. Y éste –personaje en su totalidad, con toda la carga abrumadora de vitalidad que llevan a su paso las realidades sobre sus espaldas–, debe ser, necesita ser el verdadero orador. Los personajes del drama de Pirandello no son figuras históricas; no son fantasmas de leyenda; no son engendros de una imaginación calenturienta; son, se entiende en la obra, un cuadro vivo que se destaca de la totalidad vital.

El orador no debe ser tampoco un factor histórico; no debe ser la sombra de una leyenda ni tampoco un signo inerte trazado en el papel ni en la memoria: debe ser un personaje en el sentido pleno de esta palabra y una unidad plenamente vital; una página llena de sangre caliente que se escribe con hierro fuego en presencia del auditorio y que no va a leer páginas apagadas, secas, donde quedó sin una lejana vislumbre de la realidad y un puñado de ceniza muda y entristecida.

El historiador tiene su papel; el dramaturgo tiene el suyo; el comediante está ya bien clasificado; el orador se halla y debe encontrarse aparte de todos. Y para que lo sea de verdad y para que su palabra sea la verdadera palabra, palabra elocuente en el sentido más fuerte y más vivo, es necesario que no atienda a ser historiador de sus propios arranques interiores, que no intente ser autor de comedias ni mucho menos comediante de sí mismo. Debe ser totalmente personaje con la presencia vital de las páginas de Pirandello, de manera que su palabra no sea un recuerdo ni una huella sino una realidad palpitante en su totalidad con el temblor fuerte e inimitable avasallador de la vida. Por esto hemos dicho que el problema de la elocuencia, en su aspecto práctico, es un problema de expresión totalmente vital.

"Su marido –dice Ulfein, el cazador, a María esposa de Rubek escultor, en un drama de Ibsen– y yo, señora, trabajamos rudamente. Él sobre el mármol y yo sobre los músculos tendidos y palpitantes del oso. Y los dos acabamos por dominar la materia, por ser amos". "Esas sí que son verdaderas palabras, exclama", sacudido de entusiasmo, el escultor. –"Sí, añade Ulfein, porque la piedra tiene también razones para luchar. Está muerta y rechaza con todas sus fuerzas el mazo que le impone la vida". "Es igual que el oso al que se despierta de un puntapié en su guarida". Como en ese drama de Ibsen el problema de la palabra realmente elocuente es un problema de expresión vital. Y no quedará resuelto ni se resuelve más que con la totalidad vital de la presencia del orador. Hasta entonces se podrá decir que sus palabras si son verdaderas palabras, no restos, no vestigios, no solamente huellas, no solamente apagados recuerdos ni partículas de rescoldo por donde pasó el dardo encendido y llameante de la vida con todas sus antorchas echadas al viento.

Nuestra generación puede realizar el prodigio. Será necesario, es cierto, luchar con muchas de las momias que alzan su gesto de silencio y de muda adoración en los viejos sistemas; pero si hoy se comienza y se logra colocar frente a frente los dos sistemas: el del grafismo y el otro, defendido principalmente por Mauricio Ajam,[98] se verá en seguida la diferencia, se llegará luego a la conclusión de que entre las antiguas tendencias de aprendizaje oratorio y las nuevas sustentadas por ciertos autores, ha la misma diferencia que entre los recuerdos y las realidades, entre la vida y la materia inerte y fría.

Ojalá que con motivo del actual concurso de oratoria que ha despertado tanto entusiasmo en nuestro país y que ya ha sido un toque despertador, se procure ante todo hacer una revisión de sistemas de enseñanza oratoria y se trabaje no ya por hacer comediantes, sino por hacer personajes, reales, es decir, oradores en el sentido y con el alcance vital que debe dársele a ese vocablo.

Hoy la juventud debe ponerse en marcha para gritar al oído de los viejos, los más fuertemente que sea posible, para abrir nuevas rutas y para que siquiera la generación que viene detrás de nosotros llegue a tener muchos abanderados de la palabra elocuente. Por esto sobre la frente de todos los concursantes, especialmente sobre las sienes ceñidas de laurel de los vencedores debe hacerse soplar el aliento de la renovación, para que ellos tomen en sus manos fuertes y osadas el porvenir de la palabra elocuente y lleven sus banderas victoriosas a todas las cátedras y a todas las escuelas.

La juventud realizará ese milagro hoy más urgente que nunca, porque nos estábamos quedando casi en pleno desierto. Que la juventud tome por su cuenta la suerte de la palabra oratoria, que tome en sus manos las antorchas y que vaya luego a ponerlas encima de todas las tribunas y de todas las almas. Entre tanto nosotros, mientras pasa delante de nuestros ojos el desfile oscuro de la caravana de la juventud –brote incontenible de renovación, de promesas y de esperanzas–, nos limitaremos a decir a su oído como en uno de los libros de Shakespeare: “que alumbren tu camino todas las estrellas”.

Mayo, 1926.

[98] **AJAM**, Maurice (1861-1939). Abogado y político francés, gran divulgador del positivismo de Augusto Comte.

EN LA CÁRCEL

La Secretaría de Gobernación acaba de consignar a todos los príncipes de la Iglesia en México. Se trata por tanto de una consignación que, al parecer, no tiene precedente. Sin embargo, se trata también de un hecho que arranca en línea recta de la lógica propia de la revolución y del plano en que han querido colocarse. Porque de sobra sabían y saben los constituyentes de diecisiete que, al redactar la Constitución actual, muy lejos de hacer una verdadera constitución en el sentido orgánico que tiene esa palabra, no hacían otra cosa que redactar un código que ha convertido al país entero en una enorme, en una inmensa cárcel. Basta tener a la vista la historia trágica de nuestra patria por un lado y por el otro, la Constitución de diecisiete, para convencerse de esta verdad. Y no se necesita una gran penetración de espíritu para llegar a la conclusión de que los constituyentes tuvieron ante sus ojos, echada hacia arriba como una fuerte y alta montaña, la visión de todo el pujante, irresistible, inextinguible ascendiente de la Iglesia Católica y el propósito dominante, exclusivo de arrancarle todo su poder espiritual y moral. Y es que encontraron a la Iglesia como está hoy, como estará por mucho tiempo, como tendrá que seguir delante de sus perseguidores: enraizada en la médula de nuestra vida individual y colectiva y totalmente consagrada, ungida por el asentimiento popular. Más claro: los constituyentes de diecisiete, como los de cincuenta y siete, vieron, comprendieron que entre nosotros y a la vuelta de las bancarrotas de partidos, de banderas, de escuelas y de sistemas, lo único reciamente, indiscutiblemente popular, no es ningún hombre, porque la crítica histórica los ha demolido a todos; no es ningún plan político porque nuestras vicisitudes los han desquiciado uno a uno; no es escuela alguna, porque nuestros derrumbamientos las han volteado a todas al revés; no es ningún caudillo, porque todos se han encargado de desprestigiarse ellos mismos: lo único interesante, avasalladoramente popular es la Iglesia Católica.

Y la revolución traía y tiene el propósito de disputarle esa popularidad a la Iglesia. Y para esto ha tenido que encontrarse cara a cara con ella, no tanto en el escenario de la historia, como en la mitad del corazón inmenso del pueblo. La popularidad ha sido en todo tiempo un don que se otorga solamente a la personalidad y a los factores que saben y pueden llevar sol y pan para los cuerpos y para las almas a todas las cabañas, a todos los caminos, a todas las alturas y a todas las profundidades. Encontrarse en el cruce por donde, en los momentos más solemnes tienen que para todos los viajeros, para trazar rutas y poner vendajes en las manos y en los pies y en el pensamiento de todos los peregrinos, es hallarse en la confluencia donde se dan cita todas las corrientes de la vida para consagrar las fuerzas del alcance popular. La Iglesia Católica en nuestro país, a partir del día en que desembarcó en nuestras playas supo y quiso encontrarse en todas partes.

Ella bendijo con su mano cargada con el fardo de los siglos las piedras de que fueron hechos los cimientos de nuestra nacionalidad; ella encendió en el alma obscura del indio la antorcha del Evangelio; ella puso en los labios de los conquistadores loas fórmulas de una nueva civilización; ella se encontró presente en las escuelas, en los colegios, en las universidades, para decir su palabra desde lo alto de la cátedra; ella, en fin lo llenó todo, porque tuvo que pronunciar en la confluencia de todos los caminos: nacimiento, vocación, estudio, juventud, amor, vejez, cementerio, los conjuros consagrados que solamente ella sabe y tiene para los instantes más hondos y más serios. Y allí: en el cruce, en la confluencia de todos los caminos la ha encontrado la revolución. Y de allí ha intentado e intenta desalojarla. Porque allí está.

Y el propósito de desalojarla, de arrancarla de en medio del nudo inmenso donde van todos los días a tramarse todas las vidas, todas las vocaciones y todos los destinos, es el móvil más fuerte, más saliente que aparece en la constitución actual. No se alza la mano recia el leñador para descuajar el árbol caído ni se encona el huracán contra el guijarro perdido en el polvo. Y si la constitución de diecisiete ha

consagrado de una manera especial la guerra contra la Iglesia Católica, es porque la ve, la ha visto, la siente alta y fuerte como una montaña. La Iglesia ha hablado tres siglos sobre las conciencias; ha cruzado valles, ríos, páramos, cordilleras, calles, talleres, ciudades y pueblos; ha estado en los parlamentos, en las escuelas, en los libros y en la prensa.

Como el viento y como el sol, se ha hallado y aún se halla presente en todas partes, sobre todo en las alturas –pensamiento, tribuna, cátedra, conciencia– y no hay una sola cabaña que no alce su bandera y que no jure por ella. Hace un poco más de medio siglo que la conjura del silencio contra ella se empeña en condenarla al olvido y la ignominia. Especialmente la historia escrita en ese espacio de tiempo en lo que toca a la Iglesia, se ha empeñado en callar. Pero como en las páginas del Evangelio, han callado los labios de algunos y se han echado a gritar las piedras. Palacios escuelas, hospitales, cementerios, bibliotecas, pinturas, gritan por encima de la conjura del silencio. Y es que la Iglesia, encendida por la fiebre del apostolado y de la verdad, ha tenido y tiene la maravillosa ubicuidad que la hace vadear todos los ríos, escalar todas las montañas, cruzar todos los mares, ganar todas las playas.

La exposición misionera organizada hace apenas un año por Su Santidad Pío XI, ha puesto de relieve todo el inmenso alcance que tiene la Iglesia Católica como poder de exploración, de descubrimiento y de penetración espiritual. no busca como Amundsen[99] el polo; pero busca y siempre encuentra, ansiosamente, febrilmente, el desierto de las almas para juntarlas en la unidad de la civilización. Ella puede hacer y escribir la Geografía y la Historia con sus propios recuerdos, no con los recuerdos ajenos. Este innegable y maravilloso don de la ubicuidad la hace y la ha hecho enemiga natural de todos los programas y de todas las tendencias que necesitan apoyarse en una recia, firme y honda popularidad. Porque solamente ella ha tenido y tiene el secreto para poseerla. Y la ha conquistado con los brazos levantados, con las manos extendidas, con los labios abiertos hacia todos los rumbos, con los pies desgarrados por los guijarros de todas las vías, con sus antorchas encendidas sobre todas las vidas. Así ha ganado su inmensa, su arraigada popularidad. ¿Qué hacer para arrancársela? Esta interrogación está abierta sobre los capítulos de la Constitución.

La respuesta se ha intentado dar en la misma Constitución. La Iglesia con los brazos extendidos sobre ciudades y cabañas ¿ganó la popularidad? Pues bastará amarrarla con las manos hacia atrás. La Iglesia ¿entró en el nudo vital de nuestras conciencias y del corazón del pueblo con sus labios abiertos? Bastará ponerle una fuerte y apretada mordaza. La Iglesia ¿ganó la popularidad abriendo con sus pies sangrantes vados y caminos? Pues basta encadenarla. La Iglesia ¿ganó su popularidad con los trazos de su pluma en los libros, en los periódicos y con su palabra en las escuelas, en las universidades y en las asambleas? Pues basta expulsarla de allí. Y para que sus manos no se vuelvan a desdoblar sobre la multitud, como se mueven para sembrar en la tierra obscura, a la luz de las estrellas, como en la última página de *Ariel* de Rodó, se le cerrarán las puertas de todas las escuelas. Y cada escuela perecerá, será una cárcel, una casa en estado de sitio. Y en su derredor habrá siempre un erizamiento de bayonetas que impiden el paso a la Iglesia. El templo es una escuela donde Dios enseña y enciende vocaciones y destinos. Pues cada templo será una cárcel. Y dentro y fuera de él estará permanentemente abierto el oído de los capataces del pensamiento. Sin que falte la correspondiente guardia.

El hogar es otra escuela donde dice sus oráculos la Iglesia, porque allí va a todos los días a ves desdoblar la primera o la última página de la vida. Pues en lo sucesivo o habrá más que los sacerdotes que quiera la revolución. Y siempre habrá un número irrisorio. Y si la Iglesia llega a atreverse a rechazar la mordaza, si rehúsa gallardamente los grilletes, si abre las manos, si extiende los brazos, si

---

[99] **AMUNDSEN,** Roald (1872-1928). Explorador noruego, el primero en alcanzar el Polo Sur y en sobrevolar el Polo Norte, empresa en la que halló tiempo después la muerte.

mueve los pies, será llevada al rincón oscuro de un tribunal para que se le castigue. Y si todos los días el jurado, que debe tener por móvil supremo un arranque de espontaneidad popular, absuelve a Magdalena Jurado después de oír la palabra pasional de un tribuno; la Iglesia no podrá, no deberá aparecer delante del tribunal del pueblo. Porque contaría su historia, repetiría los nombres de Gante[100] y de Bartolomé de las Casas; reconocería a cada jurado porque los salvó de la intemperie, del hambre y de la ignorancia en sus asilos y en sus hospitales. Y sería absuelta cien, mil veces, hasta matar con las solas sentencias del pueblo los artículos que la amordazan, que la encadenan, que la asfixian, que la han condenado a cárcel perpetua.

Y esto –una inmensa cárcel– es todo el país, desde que se promulgó la constitución de diecisiete. Y en esta cárcel inmensa ha quedado y está encerrada la Iglesia Católica y con ella catorce millones de mexicanos que piensan como ella, que creen como ella. Por esto cabe decir que la consignación última hecha por la Secretaría de Gobernación es un contrasentido. Porque jurídicamente, la consignación debe preceder al encarcelamiento. Y la cárcel fue abierta y quedó cerrada y dentro de ella la Iglesia Católica y con ella catorce millones de mexicanos desde que se dio al país la última constitución. Prácticamente, pues, estamos en la cárcel. Aparte de esto será necesario multiplicar las consignaciones porque la Pastoral consignada es la doctrina católica y cada uno de los católicos la profesamos y la reafirmamos. Y no sabemos, si la consignación es seguida del encarcelamiento, que se tenga una cárcel tan vasta y tan amplia como nuestro propio país, que es donde ya nos encontramos encarcelados. Entretanto, la lucha por la popularidad queda abierta.

Para que pase a las manos de la revolución será preciso descuajar a la Iglesia de las entrañas del pueblo. Pero de sobra sabemos ya que, en estos momentos, bajo los brazos demacrados de la Iglesia Mexicana alzan su frente, estremecidos de un entusiasmo más fuerte que nunca y de un respeto decidido, los propios y los extraños. Y en las páginas de la historia del Cristianismo siempre se va a la cárcel un día antes de la victoria.

Mayo de 1926.

---

[100] **GANTE**, Fray Pedro de (1480-1572). Religioso franciscano flamenco, emparentado con el rey Carlos V, fue el primer maestro de los indios mexicanos.

CON LAS MANOS CERRADAS

Hedda Gabler, en una de las páginas de Ibsen, extiende su mano para entregarle una pistola a uno de los personajes del drama y le dice esta frase desconcertante y terrible: "Acaba bellamente". La intención expresada en estas pocas palabras era clara: se trataba de librarse del fardo de la vida. Otros habían hecho lo mismo. El paganismo, agotado, empobrecido en presencia de las fuentes exhaustas de la carne y de la naturaleza, teniendo la cara hacia las postreras lumbres del ocaso, ya no hacía más que repetir la misma frase del personaje de Ibsen. Los espíritus más altos y los más bajos al encontrarse cara a cara de la sombra del total desengaño afilaban la punta de su espada y la echaban con el filo hacia arriba para acabar bellamente. Ni la carne recia ennegrecida por el sol de las batallas, de los últimos verdaderos romanos, resistió la tentación de caer sobre el filo de la propia espada. El mismo Catón de Utica, resto indomable del naufragio de la libertad de Roma, no supo ni quiso alzarse gallardo y bravo sobre la mano de Julio César vencedor, para afrontar la realidad brutalmente triunfante. Y en un momento de insomnio, delante de las páginas altas y radiantes, como estrellas de media noche, del *Fedón*[101] que había escrito el griego que se había asomado a los hermosos caminos de la inmortalidad, apagó para siempre la lámpara de su vida. Tres días después la libertad era definitivamente enterrada, envuelta en el rico sudario que había mandado tejer Augusto, para simular una apoteosis de la república. Y tres días después se vio llegar, con un gesto de compasión y de profundo desdén, a unos raros, extraños desenterradores de la libertad. Su táctica era desconcertante. Marchaban con los brazos caídos a lo largo del cuerpo; sus manos abiertas se alzaban para trazar señales nuevas; se les había diezmado sobre la arena del circo y en presencia de las multitudes se había conseguido hacerles buscar un asilo en las viejas excavaciones donde habían conversado largamente muchas generaciones de esclavos.

Y el prodigio se realizó. El desenterramiento lo vieron los mismos pretorianos y el Capitolio. ¿Qué habían hecho los desenterradores? Dejarse matar. Pero a diferencia de los otros, de los que armaban la diestra de sus propios esclavos "para acabar bellamente" para abrirse las venas y terminar; ellos, los extraños heraldos del nuevo reino de Dios, decían que habían venido a comenzar. Y ésta era, entre otras, una de las más fuertes diferencias con los suicidas que huyeron ante la vida y ante la tiranía. Más tarde, a la vuelta de muchos años, la vieja y hermosa Irlanda, más hermosa que la Antígona de las páginas de Sófocles,[102] había de recordar el viejo camino de la libertad y debería echarse a andar resueltamente por él. Ella había visto a la Pannkhurst,[103] la más alta abanderada del feminismo inglés, condenarse a morir de hambre arrinconada con un calabozo y esperaba que sus hijos repitieran más bellamente el gesto de la innovadora. Y llego el día: el alcalde de Cork,[104] radiante, como el mancebo que pasa a lo largo del poema de Longfellow, y con la frente echada hacia arriba, también arrinconado, acosado, como cachorro, traído de la selva a un calabozo cerrado por el despotismo inglés, se condenó a morir, de la muerte más extraña, de la manera más desconcertante y en una forma totalmente inusitada, cuando menos en la totalidad de la actitud y del gesto. Los irlandeses se apiñaron en torno de aquel espectro ebrio aún de juventud. Millares de los parias del despotismo inglés se arrodillaban todos los días en torno del calabozo.

---

[101] ***Fedón***. Uno de los más bellos y profundos diálogos de Platón, el cual refiere los últimos momentos de la vida de Sócrates, condenado a beber la cicuta.
[102] **SÓFOCLES** (496-406 a.C.). Poeta Trágico griego, perfeccionó la técnica teatral con la introducción de un tercer acto y dio mayor importancia al decorado y al vestuario.
[103] **PANNKHURST**, Emeline (1858-1928). Feminista británica, fundadora de la *Unión Femenina Social y Política*, pionera en su género. Luchó por el sufragio de la mujer.
[104] **CORK, Alcalde de**. Episodio de la represión inglesa en contra del catolicismo irlandés, acaecido en el parque Cork, de Dublín, en 1921, que decidió la división del país en Irlanda del Norte y del Sur.

Entretanto él, el alcalde Cork con los brazos caídos como los antiguos desenterradores de las catacumbas, consumía lentamente todas las reservas acumuladas por la mano de la vida; adelgazaba, se demacraba, se alargaba, como en los cuadros del Greco; pasaba poco a poco, con la epidermis pegada a los huesos, a ser solamente un espectro, el mismo que había bajado al calabozo fuerte y robusto como el joven encino alimentado por la sierra. Raro, extraño espectro aquel que, de cada hacia la rubia Albión[105], la matadora de católicos y la estranguladora de Irlanda, atormentaba a los verdugos con la sola mirada de sus ojos hundidos y provocaba un encendido debate universal. Filósofos, teólogos, moralistas, críticos, políticos, estadistas; todos veían el espectro detrás de los cerrojos fundidos por el despotismo inglés para estrangular a Irlanda. Al fin de la muerte sobrevino después de largos, de agotantes días de hambre y así como en la cumbre coronada de nieve donde quedó la bandera de "Excélsior" pudo verse que el mancebo que había ganado la altura, se desposaba con la aurora; el joven alcalde de Cork, todo huesos y pellejo según la frase de Bécquer,[106] apretaba reciamente entre sus dedos alargados y secos la mano sagrada de la libertad de su Patria. Ese espectro pasó a lo largo de los mares, de las escuelas, de las academias, de los planes de los políticos, de las páginas de la historia, para quedarse en medio de su pueblo y juntarse con la sombra de O'Connell, el inmortal caudillo de los irlandeses esclavizados. Y ese espectro seguirá siendo un índice y un torcedor. Un índice para los esclavos, un torcedor para los verdugos de conciencias y de pensamientos. Porque ¿hay algo más inofensivo y más pasivamente rebelde que un espectro, que un hombre que deja matar de hambre? Alzar la mano para rasgar la toga de César a la cabeza de los conjurados, es algo que los tiranos se apresuran a desear y a sofocar con una legión de pretorianos. Concentrar en derredor de una bandera rebelde, puños encendidos, quemados por la ira descuajar el solio de los de arriba, es cosa qu provocará un estado de sitio. Ir de frente hacia el potro para dejar que todas sus torceduras desgarren el antojo del César, es algo que da ocasión de ser cuando menos verdugo. En cambio decir: "o me dejas libre y libertad a mi patria o me dejas morir de hambre", es una actitud que podrá provocar risa o desquiciarse ante un solo tajo; pero que de todos modos coloca en un plano excepcional la lucha entre la libertad y sus profanadores.

Lo mismo da, tal vez se diga, hallarse entre piernas ensangrentadas y rotas como lo hicieron tantas veces los césares de Roma, que encontrarse ante espectros enflaquecidos, alargados, enjutos, echados hacia arriba como una interrogación. Se tendrá o no razón. Lo cierto es que un solo aparecido las conciencias de los irlandeses logró estremecer con más elocuencia a Irlanda y al mundo entero que las arengas de O'Connell. Lo cierto es que pocos años después de que un hombre entraba a un calabozo para salir hecho un espectro, Irlanda daba grandes pasos a la conquista de su autonomía. Allí están los hechos para decirlo y para atestiguarlo.

Se dirá que entre nosotros nada lograrían los espectros. Y se agregará que no lograríamos tener ni siquiera uno solo de esos espectros que saben, que quieren desposarse, en un éxtasis de fuerte y viva inmolación, con la libertad. Desde luego hay que reconocer que todos los últimos acontecimientos hacen entender que no faltarían quienes se atrevieran a ser espectros redentores de los vivos. Y por otra parte la posición en que nos encontramos colocados los católicos frente a las últimas persecuciones, es de tal naturaleza, que la fuerza misma de los hechos, las repercusiones inevitables y los rechazos bruscos de todo y de todos, tendrán que llevarnos cuando menos, a saludar de lejos a los espectros. Porque tras de cada golpe arrasador de la persecución, como es la brusca suspensión del culto, tendrá que venir, está viniendo –el Estado de Colima es una prueba irrebatible de ello– un lejano comienzo de la huelga de hambre del alcalde de Cork. En la tarde obscura en que dos hombres bajaron descoyuntado

---

[105] ***Albión***, nombre dado por los griegos a la Gran Bretaña. Suele como sinónimo de Inglaterra.

[106] **BÉCQUER**, Gustavo Adolfo (1836-1870). Poeta y escritor del romanticismo español, poseedor de un acento intimista y emotivo con sus rimas, algunas muy populares.

y blanco por el desgarramiento el cadáver de Cristo, apenas se consternaron unas cuantas mujeres, tres viejos y un mozo. Pero Cristo se ha transfundido todo entero en la vida; sus bajeles pasan por todos los mares: los del pensamiento, los del arte, los de la política, los de la ciencia, los de la acción. Hasta sus mismos enemigos –si se le arrancara de en medio de la vida contemporánea– quedarían con el brazo en alto para dar golpes sin dirección y sin objeto.

En tanto que los otros, nosotros, que nos agarramos a la orla misteriosa de su manto para ver la cara y siempre con esperanza los mástiles y las envergaduras rotas de todos los naufragios –al apagarse la llama tranquila del último cirio, al perderse el último eco de la palabra sagrada– sentimos y sentiremos volver a la tarde inolvidable y obscura en que por encima de las coyunturas dislocadas de la tierra decía el centurión una frase que no dejará de repetirse: "Verdaderamente que Este era Hijo de Dios". Todos nos agolparemos en el silencio de nuestro hogar en torno del cadáver del maestro por millonésima vez desclavado, desfallecido, desangrado, recogido por los suyos y llevado hacia debajo de la colina ensangrentada. Y entretanto se abrirá y avanzará el desierto por todas partes: plaza, calles, cines, teatros, caminos, vehículos, establecimientos mercantiles, centros de negocios, verán llegar al desierto.

Centenares de millares de manos tendrán que amortajar también por millonésima vez el cadáver divino. Y dejarán de echar en la corriente sonora de la vida lo que todos los días echaban de alegría, de calor, de luz, de poder, de energía, de sangre, de sabia y de fuerza. Y aunque no se seque el río caudaloso y pujante de nuestra vitalidad, se dejará sentir una fuerte merma que se parecerá mucho a la huelga de hambre del Alcalde de Cork. Y esto no será "acabar bellamente" como acabó Catón ni como se acaba en las páginas de Ibsen; pero sí será "acabar bellamente" como acabó el Alcalde de Cork y como siempre se acaba en las páginas del Evangelio. Porque a los tres días de amortajado el cadáver divino, por todas nuestras manos –que serían millones y que dejarán de abrirse sobre la corriente de la vida y se cerrarán en la mayor medida posible bajo el peso de la consternación– vendrá el desenterramiento, vendrá la resurrección que es más segura, más fuerte, más cierta que el martirio mismo, que la misma persecución. no seremos el espectro alargado del Alcalde de Cork, pero si procuramos cerrar apretadamente nuestras manos y no abrirlas, sobre el torrente vital de la mayor medida posible, llegaremos a parecernos mucho a él.

Mayo de 1926.

HA EMPEZADO A PAGAR

La ley de la inercia preside y trabaja las marchas de la historia. Este pensamiento lo han subrayado tenazmente, antes de hoy, Ramiro de Maezt en uno de sus sorprendentes ensayos y Pablo Luis Landsberg en su libro *La Edad Media y Nosotros*. En virtud de la inercia de la historia, nada muere ni se extingue –si se trata de sistemas y de corrientes de hechos de alcance trascendental– al día siguiente que han sido o son enterrados los libros o los acontecimientos. Porque a lo largo de las corrientes subterráneas de la vida, continúa su marcha el pensamiento y sigue su curso el movimiento de las cosas. Esto explica que hasta ahora muchos se jacten y se hayan jactado de haber visto y de haber enterrado el cadáver del pasado; pero sin haber conseguido otra cosa que encontrarse delante de él, sobre todo en los días de las crisis agotantes y arrasadoras. Porque el día en que todo se nubla, en que todo se obscurece y empieza a faltar aire para los pulmones y apoyo para todos los pies, todos –en medio del vértigo del derrumbe y de la asfixia– se abrazan de todos los leños rotos, aunque sean las astillas de los barcos enemigos. El Viejo Mundo, entrado a saco por espacio de varios siglos por las legiones de los innovadores, gastó lo mejor de su pensamiento y de su vida en hacer ataúdes para todo lo antiguo consagrado por la Edad Media y hoy busca ansiosamente –después de todos los ensayos y de todos sus fracasos– en el fondo recóndito del pasado, la fórmula salvadora.

Al decir, hace muy pocos días, Orestes Ferrera,[107] en sus declaraciones hechas a un periódico de la metrópoli, que Europa padece una crisis de fuerte agotamiento y que ha vuelto a la Edad Media para buscar el contacto con los bárbaros, se ha equivocado, porque Europa aunque no vive ni ha vivido últimamente en la Edad Media, sin embargo, vive y ha vivido y vivirá en la Edad Media. Este es un hecho proclamado a voz en cuello y hacia los cuatro vientos por serios observadores y, sobre todo, por los mismos acontecimientos.

Miopes incurables fueron y siguen siendo los que al alzar el estandarte de las revoluciones modernas en el Viejo Continente y clavar una, diez, cien mil veces la piqueta en los antiguos cimientos, juzgaron haber enterrado para siempre a la Edad Media. Y más ciegos son los que piensan que toda una irresistible, honda y fuerte etapa de vida como la Edad Media –crisol de sistemas, de ideas, de planes de organización, de personalidades y recios caracteres, encendido y alimentado por la hoguera de vida interior más pujante que ha pasado a lo largo de la historia– había de morir de extinguirse sin dejar una herencia que podría nutrir a las generaciones de muchos siglos.

Pero no es solamente Europa la que vive y vivirá de la Edad media. América: la virgen, la joven América es, claro está, el innegable testimonio de la vitalidad de los pueblos europeos; pero es también una confirmación de la inercia de la historia y del reflujo vital de la Edad Media. Y el homenaje que en estos momentos se le rinde en el vecino país del Norte a la Iglesia Católica no es, no puede ser un hecho destroncado de las marchas y de la continuidad de la historia. Es, por el contrario, un acontecimiento que se halla dentro del cauce por donde siguen su curso los acontecimientos empujados por todo el trabajo subterráneo e invisible de la velocidad adquirida de pensamientos y de hechos. Decir, delante del homenaje de hondísimo respeto –rayano en veneración– que los Estados Unidos del Norte rinden en estos instantes a la Iglesia Católica, que no es hace otra cosa que pagar –por parte del pueblo americano– una deuda vieja y no cumplida respecto de Roma es algo paradójico y desconcertante; pero es algo reciamente innegable y cierto.

---

[107] **FERRARA,** Orestes (1876). Escritor y diplomático cubano, hizo la guerra de la Independencia, presidió la Cámara de Representantes y fue Ministro de Relaciones Exteriores de su país.

Como Ulises[108] –cargados de años, de ausencia, de tormentas, de nostalgias y de incertidumbres–, llega en las páginas de Homero a su viejo reino de Itaca y logra hacerse reconocer de los suyos a fuerza de invocar recuerdos y señales olvidadas; la Iglesia Católica hoy llega a las playas del país más fuerte de América y si vacía toda su inmensa alforja de recuerdos y se sienta a escrutar en su derredor a la luz de su Historia y de la historia de las instituciones norteamericanas, acabará por ser reconocida como la vieja fundadora de esa república, hoy plenamente dueña de sus destinos y, ayer y siempre, deudora espiritual –y aún desde el punto de vista constitucional– de la Edad Media y de Roma. Como en el caso de Ulises, el problema es de historia, de recuerdos y de señales. Y hace apenas unos cuantos meses que Parson,[109] notable publicista norteamericano, en un artículo intitulado *La Iglesia Católica en Estados Unidos*, ha podido señalar con toda exactitud las conexiones y entroncamientos espirituales de las instituciones centrales de Estados Unidos con las viejas instituciones de Europa. Para este insigne pensador, la Constitución Norteamericana procede directamente de los whigs ingleses y americanos del siglo XVIII e indirectamente de las doctrinas sustentadas por Suárez[110] y Belarmino[111] e idénticas a las de Santo Tomas, según la demostración hecha por el profesor O. Rahilly. El articulista atribuye todo el mérito de esta investigación, principalmente al religioso jesuita Moorhouse Millar. Por lo que toca a ciertos elementos de origen marcadamente revolucionario tomados de la ideología de Juan Jacobo, fueron transportador por Jefferson[112] e injertados en la Constitución Norteamericana. Don Toribio Esquivel Obregón[113] es un prólogo lleno de osadías y de acento reciamente vengador contra las ideas democráticas, al estudiar la vida de los Estados Unidos del Norte en relación con la democracia, afirma que este país, fuerte, alto, gigantesco y próspero, ha llegado a tocar con sus propias manos la clave luminosa del éxito, no en virtud de las corriente democráticas, sino a pesar de ellas y a causa de sus inmensas reservas de vitalidad.

Hay que suscribir –también con un gesto implacablemente vengador contra la utopía de las democracia moderna– ese fallo de Esquivel Obregón; pero habrá que insinuar la idea de que el resorte de toda la vitalidad de ese pueblo tiene fuertes, obscuros, subterráneos e invisibles entronques con la riqueza espiritual de la Edad Media. José Enrique Rodó se preguntaba hace algún tiempo en las páginas de *Los Motivos de Proteo*, que cuál es el soporte de ese prodigio de la voluntad que se alza al otro lado del Bravo; y con su acostumbrada inclinación de retórico se daba esta respuesta: "un vuelo de pájaro". Hoy podemos enunciar una contestación que tenga su punto de arranque en las corrientes históricas, en la marcha incontenible de la inercia de la historia y en la lógica de los sistemas. Hoy ya podemos decir que en la base de todo ese inmenso poderío que ha logrado hacer olvidar la misma cordillera de Los Andrés, no hay vuelo de pájaros, hay un vuelo de ideas, hay una onda de vitalidad del pasado, hay, en fin, un feudo espiritual y gigantesco de la Edad Media que lleva gallarda y airosamente la clámide de la República sobre sus hombros. Y lo primero es que se nos va a imponer a todos, innovadores de todas las escuelas, radicales de todos los matices y férvidos defensores de lo de ayer, en una definitiva actitud de respeto hacia el pasado. Porque muy pronto fluirá con natural sencillez y con inesperada espontaneidad la consecuencia de que el pasado –a nuestro pesar o a pesar de todos nuestros irreconciliables enemigos– perdura en medio de nosotros, dentro de nosotros, sigue siendo savia fuerte

---

[108] ***Ulises*** u Odiseo. Legendario Rey de Itaca, protagonista de la *Ilíada* y de la *Odisea*.

[109] **PARSON**, Francisco (1854-1908). Publicista y profesor norteamericano, ingeniero, abogado y maestro, fue un notable conferenciante de sociología, economía y agricultura.

[110] **SUÁREZ**, Francisco (1548-1617). Teólogo jesuita español, llamado *Doctor eximius et pius*, el más brillante maestro e investigador de teología de su época.

[111] **BELARMINO**, san Roberto (1542-1621). Cardenal y teólogo jesuita, sobrino del Papa Marcelino II. Ecuánime y brillante polemista de la contrarreforma.

[112] **JEFFERSON**, Tomás (1743-1826). Tercer Presidente de los Estados Unidos, de 1801 a 1809.

[113] **ESQUIVEL** Obregón, Toribio (1861-1945). Jurisconsulto y periodista, revolucionario antirreeleccionista. Caído de la gracia del Sistema, desapareció en el anonimato.

que todos los días absorbemos con los labios del cuerpo y sobre todo por los poros del espíritu, para vivir, marchar y tener aire y sustento.

Ayer el problema que se planteó con una osadía que hoy puede hacer temblar, fue éste: “¿es posible matar el pasado”? Hoy la cuestión ha cambiado de una manera sustancial todos se preguntan –sitiados por el hambre devoradora de las últimas crisis y la innegable tuberculosis en que han caído sistemas y escuelas: ¿es posible vivir sin el pasado?– Lutero –ya entonces llevaba la bandera de rebelde contra Roma– decía rendido ante la evidencia: “Nos sustentamos con lo robado a los egipcios y reunido en tiempo del pontificado”. Este pensamiento puede tener todo el alcance de una verdad general respecto al pasado y, sobre todo, respecto a la Edad media. Y como Lutero ha podido decir todos los innovadores que se han dado a la tarea de derruir lo edificado por el tiempo: “sustentamos con el pasado”. Casi cuatro siglos después un compatriota de Lutero, Pablo Luis Landsberh, había de escribir en uno de sus libros –con toda la alta arrogancia de un desquite– palabras arreciadas: “Todo a positivo que se encuentra en la vida, en la concepción del mundo y en el pensamiento moderno, es un resto medieval, que como columna aislada en las ruinas de un templo, se ha conservado en la historia de la cultura por ley de inercia, para servir a las eternas necesidades espirituales del alma y de la sociedad”.

Reconocida la ley de inercia de la historia, nada más natural y lógico que acudir a la presencia del pasado para descubrir la clave de la vitalidad de un pueblo. Ni nada más lógico que proclamar el principio de que nadie ha podido ni podrá dejar de ser deudor del pasado. Aun al paganismo –todo penumbra, podredumbre y orgías cuando menos el día de su crisis final– le debemos muchos vislumbres y no pocos maestros. ¿Qué podremos decir de la Edad Media que supo bajar hasta las raíces más recónditas del espíritu y arrojar –con recia, con insuperada velocidad– pensamientos, destinos, escuelas y sistemas? Al pasado se le paga y se le debe pagar cuando menos con el mismo hondo y emocionante reconocimiento con que Ulises –a su regreso– se cura de sus largas tristezas de viajero errante por los mares, al platicar con el porquerizo Eumeo y, sobre todo, al resucitar todo entero en el recuerdo de su esposa.

En la actitud asombrosamente desconcertante –por su hondo respeto y su ata reverencia hacia la Iglesia Católica– de los Estados Unidos de América hay, no cabe dudarlo, una generosidad que abrirá surcos y se quedará en la mentalidad contemporánea; pero desde el punto de vista de las corrientes que todos los días arroja –más allá del alcance de nuestras miradas– en la inercia de la historia no hay más que un fuerte movimiento de fidelidad, un impulso instintivo que acusa en todo caso una profunda intuición de las cosas, de los hechos, de la vida humana y quizá hasta de la historia, de deudor que en el primer encuentro sabe y quiere pagar con toda eficacia y con superabundancia. No todos han sabido pagar. Muchos hombres y pueblos se han atrevido –sobre todo al tratarse de la Iglesia Católica– no solamente a negar su deuda, sino a ahorcar al acreedor. Nuestro país todavía hoy se ha empeñado en pagarle a la Iglesia con la horca y con el destierro. Francia ha intentado hacer otro tanto o cuando menos lo intentaba todavía hace unos cuantos años.

Afortunadamente ha llegado la hora de la liquidación y, por tanto, la hora de pagarle al pasado. Quien se niegue a hacerlo –hombre o pueblo– seguirá secando las raíces de su propia vitalidad hasta agotarse y morir. Quien sepa y quiera pagar –aunque sea con un estrecho y efusivo abrazo de reconciliación– se reinjertará definitivamente en el fermento perpetuamente vivo de la juventud y de la renovación cuyo centro es Roma, que –precisamente por esto– ha venido a ser y seguirá siendo el centro de la historia.

Por ahora el pueblo más alto de América y el más rico y pujante del mundo ha empezado a pagar con un brío de generosidad que estremece y entusiasma. Otros seguirán pagando. No hay que dudarlo.

Nosotros seremos quizá los últimos. Pero también pagaremos. Sí, también pagaremos a pesar de todo y de todos. Porque arruinados y desahuciados, tendremos que colocarnos a la sombra del pasado.

Junio de 1926.

ECCE HOMO[114]

Cualquiera que haya leído atentamente la Historia y tenga una noción clara de los sucesos humanos, sabe muy bien que la libertad considerada no como palabra, ni como una teoría, ni como una fórmula filosófica, sino como un hecho, es todo un milagro en el orden moral. Y hay que mantener la palabra, por más que parezca demasiado fuerte y atrevida. Sí, pese a quien pesare, hay milagros en el orden moral y entre ellos uno de los más salientes y más altos, a lo largo de las páginas de la historia, es el establecimiento de la libertad. Más aún: para buscar la clave que explica totalmente, satisfactoriamente el milagro, es preciso, sean cuales fueren los prejuicios que se padezcan y los sistemas y las banderas que se profesen y se sigan, ir hasta el arranque luminoso donde un día se dejó alzar –para ser espectáculo eterno subido en los hombres de las montañas más altas– el Cristo desdoblado por encima de las puntas de las espadas de todos los legionarios de Roma y del poderío de todos los estados paganos, como una bandera trémula y ensangrentada. El pueblo judío llegó a ahogar y a derribar a pedradas a los profetas, los más altos y recios oráculos que decían en alta voz y aventaban hacia todos los pudrideros las lepras y las fístulas de los reyes y de los fuertes.

Los griegos sofocaban el ruido de los pensamientos que de lejos o de cerca tocaban la frente de los dioses consagrados. Roma –la maestra que fundió los moldes donde se trazaron los preceptos inmortales de “la razón escrita” –tras de juntas con las bestias de carga los cuerpos obscurecidos de lo esclavos, acabó por enterrar a los últimos abanderados que descendían en línea recta –a través de Junio Bruto– de los Idus de marzo. Llegando a este punto, a este momento histórico, el paganismo –humanamente– no podía no debía esperar la resurrección de la libertad. Porque todo había llegado a ser un inmenso estercolero. Todo había quedado reducido a una gigantesca fístula donde todos los días, ricos y plebeyos, capitanes y emperadores, filósofos y poetas, grandes y pequeños se pudrían hasta la médula de sus huesos y se entregaban en manos del primer postor.

El individuo había venido a ser una insignificante partícula viva de un monstruoso organismo que ahogaba, que asfixiaba todo conato de rebeldía, viniere de donde viniere.

¿Cómo y por dónde podría venir la libertad? La espada, se dirá la espada había mellado cien veces su filo a pesar de que Aníbal la había llevado en su diestra contra Roma y de que Pompeyo[115] había intentado cortar los destinos del César. Quedaba el puñal de los conjurados. Pero Casio[116] y Marco Bruto[117] habían asaltado en vano al conquistador de las Galias. La fortuna besó la frente de un joven cojo y delgado, por encima de los campos de Filipos y Augusto fue el emperador. El alzamiento de los esclavos. Espartaco[118] hizo la prueba y quedó con un brazo roto y amarrado a pesar de todo, a la piedra de los siervos. Sin embargo, unos cuantos hombres hechos como todos de carne flaca, endeble y apocada y con las manos vacías, penetraron al cauce envejecido por donde todo el río inmenso del paganismo marchaba todos los días cargado de podredumbre y de orgías. Sus pasos no fueron oídos. No cabalgaban, como los antiguos conquistadores, briosos corceles. No traían ni legiones, ni máquinas de guerra; traían, sí, lo que nunca pudieron tener los maestros de Atenas ni todos los maestros de

---

[114] *He aquí al hombre*. Palabras dichas por Pilato al mostrar al populacho a Jesús Flagelado.

[115] **POMPEYO** Rufo Quinto (vivió en el siglo II a.C.). General romano, de triste celebridad, por la astucia ruin que usó para conseguir su elevación política.

[116] **CASIO** Lucio. Político romano de fines del siglo I a.C. Desempeñando el cargo de procónsul de Pérgamo, fue aplastado por Mitrídates.

[117] **MARCO BRUTO Junio** (85-42 a.C.). Político y militar romano, gozando de la protección de Julio César, se confabuló para asesinarlo. Derrotado, se suicidó.

[118] **ESPARTACO** (113-71 a.C). Famoso jefe de esclavos, de raza númida y sangre noble. Reducido a la esclavitud por desertar del ejército imperial, encabezó una rebelión.

Roma. Traían encendida hasta llamear a lo largo del corazón y del espíritu, la pasión de la verdad y la conciencia plena de sus propios destinos.

No era solamente un entusiasmo pasajero. Ni tampoco una remota vislumbre de la propia personalidad ni del propio destino. Era toda una sed inmensa de gritar la verdad por encima de todas las orgías, encima de todas las violencias, por encima de todas las espadas, de todos los potros, de todas las máquinas de guerra y de la cabeza erguida de todos los grandes y de todos los fuertes de la tierra. Sentían toda la excelsa, toda la insuperable, toda la gigantesca soberanía de la verdad y venían a afirmarla, a subrayarla, no en las páginas inertes de un tratado, ni en una arenga más o menos apasionada, ni tampoco en un verso luminoso e inspirado; venían a dejarla caer, con todo el peso aplastante y decisivo de una montaña, con toda la carne de su cuerpo descoyuntado, con toda la sangre de sus venas vaciada sobre el puño de los fuertes, con la inmolación entera, total de la totalidad de su ser.

El fracaso de Sócrates no consistió en haberse dejado matar, sino en que se logró matarlo. El estado griego, enfermo de insomnio mientras oyó las preguntas inquietantes de Sócrates, al día siguiente de su muerte durmió a pierna suelta. Los mismos discípulos del filósofo vieron beber al maestro la cicuta y si algo aprendieron y con ellos todos los demás fundadores de escuelas, fue a guardar silencio para ahorrarse la repetición del caso trágico. Y de allí fueron a callar. Y con ellos el paganismo todo entero –un día antes de su total disolución. Se echó en brazos de lo que Brunetiére,[119] en frase llena de sentido, llamó “la mentira de la pacificación”. Y esa mentira mató hasta el último resto de gallardía por la verdad y hasta el último vestigio de libertad.

La victoria de Cristo no consistió ni ha consistido en que se dejó matar sino en que hasta ahora ha sido y seguirá siendo imposible matarlo. Sus verdugos se sintieron seguros cuando lo vieron amarrado, con las manos echadas hacia atrás y cuando lo vieron clavado en la cruz; pero al día siguiente apostaron sus guardias al lado del sepulcro, porque comenzaron a padecer el insomnio de los perseguidores del Cristianismo, que todos los días se levanta más fuerte cuando se duplican las guardias en rededor de su sepultura. Y los discípulos de la nueva escuela, muy lejos de pactar con la mentira de la pacificación, fueron a decir la verdad a gritos por encima del silencio de todos. Y esto restableció el imperio de la libertad. desde entonces hasta ahora se le ha intentado estrangular, se ha intentado matarla; pero ha logrado salvarse de todos los naufragios y de las crisis. Y esto a pesar de todas las bancarrotas. Y solamente, únicamente, en fuerza de la vialidad del cristianismo, se entiende del verdadero, del legítimo, es decir, del catolicismo. Porque convengamos en que la crisis más irreparablemente arrasadora de la época moderna, consiste en que todos los ensayos que ha hecho más allá de la Iglesia Católica, fuera de ella y contra ella, han venido a parar exactamente al mismo tiempo a donde llegó el paganismo: a la mentira de la pacificación. Cuando Edgar Quinet[120] dijo del protestantismo “que es las mil puertas abiertas para salir del Cristianismo” no dijo todo lo que más tarde han dicho los hechos. Y no hace más que dos o tres años que un obispo protestante sostuvo en los Estados Unidos ante un jurado nombrado para juzgarlo, que a la luz del libre examen había podido encontrar, nada menos que en las páginas de la Biblia, la demostración de que Dios no existe. Quinet debió decir que el protestantismo es una puerta permanentemente abierta para salir de todas partes y para ir a todas partes. Mejor dicho, es una puerta abierta a todos los pactos, a todas las capitulaciones y a todas las retiradas.

---

[119] **BRUNETIERE**, Fernando (1849-1906). Literato francés, miembro de la Academia Francesa. El Papa León XIII lo distinguió como destacado panegirista católico.

[120] **QUINET**, Edgardo (1803-1875). Filosofo, poeta, historiador y político francés de extrema izquierda, enamorado del progreso de la humanidad, intentó renovar la historia falseándola.

El Protestantismo nació con la mentira de la pacificación en los labios. Desde Lutero hasta el ministro protestante Peecot –que ha renunciado a ejercer–, todas las actitudes son buenas y los pactos con los príncipes han sido lícitos. El liberalismo, hijo legítimo del protestantismo, al proclamar el libre pensamiento, consagró también la libre capitulación y la libre retirada. Si "el pensamiento no delinque" menos delinquirá el brazo que es simple ejecutor del pensamiento. Menos delinquirán cuerpo y ama, sean cualesquiera las posturas que adopten frente a las fuertes.

Y de este modo se ha llegado a momento extremo de la crisis de ensayos, de filosofías y de sistemas. Porque ninguno de esos ensayos ha podido ni puede hacer lo único que salva la libertad: el hombre moral. ¿Cuál es la arquitectura interior y exterior del hombre moral? ¿De qué está hecho y cómo está hecho? Hoy no lo diremos. Nos limitamos a afirmar este hecho incontrovertible: todos los ensayos hechos por la época moderna fuera de la Iglesia Católica y contra ella, no han podido ni sospechar siquiera la fisonomía del hombre moral. Y el hombre moral ignora o aborrece instintivamente, por lógica, en fuerza de la dirección misma de su vida, la mentira de la pacificación. Para él hay una posición de cuerpo y alma de la que jamás debe apartarse. Porque él por encima de todo y de todos: de espadas, de bayonetas, de ejércitos, de potros y de guillotinas, ha cruzado su mano con la mano de Dios y ha jurado llegar a él. Y llegará. Llegará envuelto en un sudario de sangre y caído bajo un desfiladero de puños armados o seguido del homenaje de todos los fuertes; pero llegará. Podrá retirarse alguna vez; pero no siempre. Tendrá varias puertas abiertas; pero no todas. Porque sabe que cuando alguien –César, rey, capitán, pueblo o ejército o las propias flaquezas– se interpongan entre él y Dios, deberá pasar con los brazos echados hacia arriba, con la cabeza echada hacia atrás y con el alma erguida y flotante como una bandera que jamás capitula y con el arca santa de la soberanía, de la verdad, entre sus manos ensangrentadas de mártir. El Catolicismo es el único sistema lógico de martirio y el único que puede conocer y hacer la arquitectura compleja del hombre moral. Y por esto es el único sistema que ha establecido y conserva la libertad en el mundo.

Por eso el señor Manríquez y Zárate[121] tiene en medio de nosotros un alto y fuerte significado. Es él, en la medida en que lo puede ser un hombre, la expresión más alta de la soberanía de la verdad y la recia arquitectura del hombre moral forjado en las fraguas únicas de la doctrina católica.

El jacobismo debe comprender que está totalmente derrotado. No matará la libertad por más que magulle, golpee, amarre y resguarde a monseñor Manríquez y Zárate. El hombre moral ha aparecido con toda la fisonomía radiante y el gesto contagioso, invenciblemente contagioso, del maestro. Un minuto después de que Sócrates bebió la cicuta, sus discípulos se dispersaron para callar. A la distancia de dos mil años de que Cristo apuró hasta las heces el cáliz de la verdad magullada aceptada, sus discípulos siguen realizando el milagro –único en la historia– de hablar y de repetir el holocausto de sangre y de dolor. El hombre moral no ha podido ni podrá ser matado. Y la libertad se salvará. Lord Macaulay[122] vio a la Iglesia Católica grande y respetada sobre los arcos rotos del puente de Londres; la historia la verá el último día como la está viendo hoy, con el arca santa de la libertad en sus manos por encima de los rugidos de la violencia y de las puntas de las espadas.

Junio, 1926.

---

[121] **MANRIQUE** y Zárate, José de Jesús (1884-1951). Prelado y sociólogo mexicano, fue obispo de Huejutla, fue desterrado por apoyar la resistencia activa de los católicos en 1926.

[122] **MACAULAY**, Thomas (1800-1859). Critico y político liberal inglés, se distinguió por su oposición a la esclavitud y su gran tolerancia.

ESTOY DEMASIADO OCUPADO

Los ciegos e incondicionales partidarios del general Obregón[123] han dado muestras inequívocas de desconfianza en la popularidad de su futuro candidato. Y han formulado una iniciativa consistente en organizar un plebiscito para demostrar la popularidad de Obregón. Se cree que con esto obligarán al ex presidente a aceptar su candidatura. La iniciativa fracasará ruidosamente. En cambio, la candidatura de Obregón alcanzará un éxito completo. ¿por qué' Fracasará esa iniciativa del plebiscito porque el plebiscito es imposible. El pueblo sabe demasiado lo que ale su voto en manos de los políticos; ha estado viendo subir regímenes sobre la punta de las bayonetas y a pesar del voto del pueblo. Sabe que los verá de nuevo subir empinados sobre las puntas de las espadas de los pretorianos.

El pueblo es y ha sido víctima y testigo de todas las profanaciones del voto y se abstendrá de prestarse para repetir la frase y la profanación. Además se encuentra demasiado ocupado. Bonaparte –sentado sobre la Isla de Santa Elena– preguntó ansiosamente a uno de sus centinelas si sabía quién era Jesucristo. El centinela contestó diciendo: "He estado demasiado ocupado para poder ocuparme en averiguarlo". Una respuesta parecida dará desde hoy mismo el pueblo a los iniciadores del plebiscito: "Estoy demasiado ocupado".

Porque está fatigosamente, afanosamente encorvado sorbe todos los surcos, sobre todos los yunques, sobre todas las herramientas, dentro de las fábricas.

Porque su única política es la del trabajo. Los atenienses y los romanos tenían tiempo para presentarse en los comicios a dar su voto y su opinión. Nuestro pueblo no tiene tiempo.

La única participación efectiva que se le ha dejado en la política es ésa: trabajar, trabajar –con los ojos abiertos por el insomnio y con los brazos fatigados por el martillo– para hacer su pan y para saciar el hambre devoradora de los políticos.

Ellos –los políticos– no saben más que inventar impuestos para decretarse dietas exorbitantes para hacer sus inmensas fortunas, para hacer sus maniobras, para comprar prensa y adeptos.

El pueblo apenas tiene tiempo de sembrar para que los políticos reciban la cosecha sagrada e inmensa, regada bajo el sol.

El plebiscito resulta imposible.

Por falta de tiempo y por sobra de justificada desconfianza, el pueblo no abandonará sus yunques y los surcos donde siembra, para acudir al plebiscito.

Está seguro de que los políticos le escupirán la frente por millonésima vez. Y sabe muy bien que corre el riesgo de quedarse sin pan y de no alcanzar a hacer más que el tesoro que devorarán los políticos.

Además, el pueblo sabe lo que saben los políticos. Los políticos saben que Obregón –como Carranza– subió por la misma fuerza de nuestra costumbre; y que Obregón es el candidato oficial, porque está tras el aparato de la actual maquinaria administrativa.

---

[123] **OBREGÓN**, Álvaro (1880-1928). Militar y político mexicano, se distinguió como estratega genial y estadista maquiavélico y brillante. Murió asesinado por un católico.

Diputados, senadores, ministros, munícipes, militares, etc.; éstos son los únicos autores y sostenedores de la candidatura de Obregón. Y toda la última alharaca no ha tenido por objeto demostrar la popularidad de Obregón, sino demostrar que es el candidato.

Cuando menos esto es lo que se ha logrado demostrar. Y claro está que en estas condiciones todo plebiscito resulta inútil.

Esto solamente aparentan ignorarlo los políticos, pero o sabe todo el mundo. Y el pueblo no lo ignora.

La popularidad no es algo negativo; es algo eminentemente positivo. ¿Obregón es impopular? El pueblo se aguanta y se abstiene hasta de discutir. Y su abstención es una inequívoca señal del desdén hacia la politicomanía andante.

Y también es una señal segura de impopularidad. ¿Se cuenta con los políticos? Pues esto basta.

Por tanto, el plebiscito resulta inútil.

Pero al mismo tiempo resulta imposible. Porque ante la iniciativa de los políticos –que no tienen otro quehacer que preparar maniobras políticas– el pueblo se abstendrá de tomar parte en el plebiscito.

Porque entregado a trabajar para que vivan los políticos y lleno de vida y bien fundada desconfianza hacia todos los revolucionarios, seguirá encorvado sobre sus yunques, sobre los surcos abiertos con su arado y dirá el como el soldado que custodiaba a Napoleón: “Estoy demasiado ocupado para perder el tiempo en plebiscitos inútiles e imposibles”.

LA UNIDAD

La unidad es una condición esencial para la vida. Allí donde cae la tea de la discordia y raja y se hunde el hacha de la división, la vida está en peligro. Aún la vida –en su aspecto puramente individual– se desquicia y fracasa cuando falta la unidad. Una personalidad robusta y victoriosa no es más que la expresión más alta y clara de la unidad. Las personalidades endebles y raquíticas, ante todo, padecen una guerra interna y sorda que ha desquiciado la unidad de pensamiento, de voluntad y de acción.

La raíz vital y profunda de un pueblo se encuentra en la unidad. Por eso, nada es demasiado sacrificio, si ese sacrificio va en línea recta a conservar, defender y rehacer la unidad.

El día en que comenzó a soplar el viento trágico de la guerra por encima de las fronteras de Francia, de todos los labios y de toda las almas se levantó un solo y unánime grito: la unión. Y fue entonces cuando las espadas de todos los que habían reñido desesperadamente dentro de su propia casa, dejaron de herir carne hermana para volverse –en un erizamiento inmenso hacia todas las fronteras. Y fue entonces también cuando Francia se sintió ceñida por todas las manos de sus hijos –convertidos en una trinchera– para juntar la sangre y el coraje de todos: vivos y muertos y salvar a la patria.

Y Francia se salvó.

Porque el desangramiento de todos se tradujo en fecunda y victoriosa defensa.

Es cierto que al día siguiente de la defensa algunas manos se separaron y que no faltó, entre otros, el tristemente célebre Eduardo Herriot,[124] quien se atreviera a romper la unidad sagrada.

Pero, de todas, maneras, Francia le dio al mundo una lección, como a todos los demás países: esa lección consistió en enseñar a todos que la vitalidad de un pueblo solamente se tiene toda entera y en plena e intensa fecundidad, el día en que –bajo los subterráneos de todas las conciencias y de todos los cuerpos y de todas las almas y de todos los vivos y de todos los muertos–, se hace o se rehace –si ha sido rota– la unidad.

La sentencia evangélica: “todo reino dividido desolado será”, se cumple todos los días en todas las vidas, en todos los hombres y en todos los pueblos.

Y por esto no solamente el día de los grandes peligros, sino que a todas horas, minuto a minuto, se impone la ley suprema de juntar conciencias, corazones, voluntades, pensamientos, brazos y palabras bajo el índice salvador de la unión.

Francia llamó sagrada a la unión de todos sus hijos el día de las tragedias que pasaron por encima de sus fronteras.

Sin embargo, la unión es sagrada hoy, mañana, en la hora del peligro, en el momento de la guerra, en el instante de la paz y a todas horas.

Porque dividirse es hacerse la guerra, es debilitarse, es suicidarse.

---

[124] **HERRIOT**, Eduardo (1872-1957). Político francés, presidente del Partido Radical en 1919, fue tres veces jefe del gobierno y presidente de la Asamblea Nacional de 1947 a 1955.

Porque el suicido no es más que la conjuración del pensamiento y del brazo contra el nudo central de la vida.

De aquí que la unidad interna de los pueblos es cosa sagrada. Quien se atreve a tocarla para deshacerla comete uno de los más altos, espantosos y funestos sacrificios.

El arca sagrada de donde arranca la vitalidad de los pueblos, es el nudo central de la vitalidad espiritual. Quien hunde allí su mano maldita, hiere, estruja –en la mitad de la vida, allí donde se juntan cuerpo y espíritu–, y mata.

Estas verdades no son principios intrincados de difícil alcance. Su demostración la tenemos los hombres a todas horas, en todas partes.

Sin embargo, todos los días sobra quien se atreva a romper el nudo central de la unidad espiritual de los pueblos.

De aquí que hay que proclamar a todas horas que la unidad es sagrada hoy, mañana, después y siempre.

No solamente cuando muchas manos de enemigos asomen sobre las fronteras, deben los pueblos inclinarse delante del arca santa de la unidad interior y espiritual, sino minuto a minuto. Porque un momento de guerra interna –y esto es la división– basta para debilitar y no pocas veces para herir de muerte a una nación.

Nosotros vivimos, mejor dicho, morimos en medio del desquiciamiento interior de nuestro ser nacional y del desmenuzamiento del nudo central de la vitalidad nacional. Los muertos y los vivos; las cosas y los hechos; nuestro pensamiento y nuestra historia: todo nos está gritando desde hace más de un siglo que es necesario restablecer la unidad sagrada.

Sin embargo, los gritos de los vivos y de los muertos han sido y siguen siendo desoídos. Pero ese grito, a medida que el desquiciamiento crece y baja hasta las cenizas de nuestros muertos, crece y resuena con una inmensa ansiedad.

Es tiempo de que todas las manos que estrujaban carne y pensamiento y que atormentan el nudo vital de nuestro espíritu nacional, suspendan su obra suicida.

De otra suerte moriremos.

A lo menos, en medio de nuestra agonía se alzarán los índices demacrados de mucho millones de mexicanos para marcar con el estigma de verdugos a los que viven entregados a la tarea de desquiciar nuestra unidad espiritual.

Entre tanto, el grito de los vivos y de los muerto está allí. Es un grito que pide –como los franceses asomados a las trincheras– que cese la obra demoledora de nuestra vida interior y que se haga la unión sagrada.

CAJEME[125]

Decir que el General Obregón es desde hace mucho tiempo –en nuestro país– el personaje central de la política revolucionaria, es decir una verdad que todo el mundo conoce. Porque muy miope se necesita ser para no haberse dado cuenta de que Obregón es el amo y señor de la política y de los políticos. Sin embargo, de que todos habrán comprendido de que Obregón lo es todo en la política actual, no todos habrán fijado su atención en el hecho de que Obregón al mismo tiempo que es en estos momentos el personaje central del carnaval revolucionario, es también la expresión más cabal de la farsa revolucionaria.

Alguien ha sacado a relucir –con motivo del tan debatido tema de la reelección– una frase dicha enfáticamente por Obregón, al sentirse herido por un fragmento de granada villista: “Mutílense los hombres pero no los principios”. Es una frase resonante, lapidaria, digna de fijarse en piedra, en bronce y en granito. Pero como la revolución ha tenido y tiene –aquí y en todas partes– como signo característico el ser una antítesis de las palabras que le sirven de lema, de programa y de bandera, como buen revolucionario tenía y tiene y ha tenido que interpretar su gran frase al revés. ¡Y al revés la ha interpretado! De manera que Obregón personaje central de la revolución es también, en estos momentos, el reverso central –si cabe la expresión– de toda la fraseología hueca de la revolución. Obregón dijo que se mutilarán los hombres, pero no los principios.

Los revolucionarios lo hacen y lo han hecho todo: mutilan a los hombres y mutilan los principios. Más aún: mutilan los hombres, mutilando los principios. La revolución gritó desaforadamente contra los latifundistas y contra los latifundios. Si la revolución hubiera sido una cosa seria y sincera habría acabado con los latifundios y los latifundistas. Pero, después, de sacrificar centenares de hombres, la revolución ha dejado los latifundios y los latifundistas más respetados por la revolución. Y Obregón es un gigantesco latifundista. Todos los días acuden a la Justicia Federal muchos propietarios a pedir defensa y amparo contra los agraristas. Obregón nunca lo ha hecho; no porque sea latifundista ni porque no haya mutilado los principios; sino porque es un latifundista creado y defendido por la revolución.

Obregón sabe muy bien la suerte que ha corrido el voto y la suerte que acaba de correr –cuando menos en la Cámara Federal– el lema de don Francisco I. Madero[126] y hasta estos momentos ni los labios de desaprobación, ni ha vuelto a invocar su frase dicha en Trinidad, ni ha alzado el único brazo que le queda para impedir que –después de la inmensa y sangrienta mutilación de los hombres, hechos por la no reelección– sean también mutilados los principios.

Dentro de pocos días ya habrá abierto sus labios de esfinge para decir lo que opina de la reelección. Los cándidos que piensan que Obregón va a decir que no acepta la reelección se quedarán con un palmo de narices. Porque Obregón –al ser entrevistado por Serrano[127] y sus acompañantes– de nuevo va a repetir dos o tres frases rimbombantes que ya tiene bien preparadas, muy parecidas a la que hemos citado. Y de nuevo va a decir que la democracia es la más alta conquista de la revolución, que el pueblo es el único soberano, que los principios son inmutables y que deben estar por encime de todos y de todo y de las mezquindades de la política y de los políticos.

---

[125] **CAJEME**. Municipio del estado de Sonora, de 4,037 kilómetros cuadrados de extensión. La cabecera municipal hoy se llama Ciudad Obregón.

[126] **MADERO**, Francisco I. (1873-1913). Presidente de México de 1911 a 1913, su gestión fue fruto del sufragio democrático. Escribió *La sucesiónPresidencial*. Murió asesinado.

[127] **SERRANO**, Francisco. Militar y político, asesinado a mansalva en 1927, por realizar labores de sedición en contra de Álvaro Obregón, candidato a la silla Presidencial.

Sin embargo, hasta ahora toda la inmensa y abierta conjuración hecha encarnizadamente por los políticos contra el lema de Madero, ha seguido su marcha –a tambor batiente– sin que el célebre manco de Celaya y de León haya salido a la defensa del principio de la no reelección. Ni saldrá a defenderlo. Y si llega a hacerlo lo hará solamente con palabras más o menos ambiguas, con actitudes incoloras, con reticencias sospechosas, sin perjuicio de que acepte su candidatura y sin haber dejado de ser el obscuro director de toda la maniobra reeleccionista.

A nosotros no nos causa extrañeza esta actitud de Obregón. Sabemos de sobra que las revoluciones viven de contrasentidos y de marchar en línea recta contra sus propios programas. Las revoluciones son exactamente el reverso de lo que dicen ser y de los programas que formulan. Y si alguien todavía se atreve a dudarlo a pesar de todas las enseñanzas de la historia, no tiene que hacer más que volver sus ojos a Cajeme. Las revoluciones después de mutilar a los hombres mutilan también los principios.

Cajeme no solamente lo dice: lo grita. Porque Cajeme es ahora el latifundio de un reeleccionista.

LAS TOGAS ENSANGRENTADAS

Hay un verdadero furor obgregonista. De antemano –como todas las actuales agitaciones políticas– es preciso decir que ese furor es solamente político o para hablar con más exactitud, es solamente de los políticos. Y son ellos –los políticos– los que en estos instantes se muestran poseídos de ese furor. Y la metrópoli ha sido o está siendo teatro de todas las ruidosas y artificiales manifestaciones hechas en derredor de Obregón. Los arrebatos que padecen los obregonistas han llegado al delirio, sobre todo en las últimas reuniones habidas en la capital de la república. Pero por más que se ha querido y se quiere hacer aparecer esas manifestaciones como la expresión mas alta y genuina de la opinión pública, todo el mundo sabe que no se trata más que del furor futurista desatado exclusivamente por los políticos y entre los políticos. No hay otra cosa.

Obregón ha dicho clara y terminantemente que en la tan delicada cuestión de que sea o no el reelegido, espera el fallo solemne de la opinión pública. Obregón –al pronunciar esas palabras– no ha hecho más que clavar sobre la frente del pueblo la saeta afilada de la ironía. Porque nada ni tan alto, ni tan solemne, ni tan definitivo como la significación de la tragedia. Y si bien es cierto, que los revolucionarios se han empeñado en hacer –con vidas y con sangre– solamente comedias; las vidas mojadas de sangre siempre han tenido y tendrán todo el arrebato conmovedor y casi sagrado de la tragedia. Y la opinión pública en punto a reelección, ya pronunció su fallo una vez. No lo volverá a pronunciar, porque no querrá volverse a echarse debajo de los pies de los revolucionarios para ser profanada.

Y la opinión pública escribió su fallo con lo que hay más sagrado y respetable entre las cosas puramente humanas. Ha escrito su fallo con los dedos empapados en su propia sangre en medio de muchas de sus profundas y dolorosas tragedias. Más claro: ha querido que su fallo tenga toda la alta, toda la inmensa solemnidad de la sangre que enrojece la tragedia.

¿Para qué volver a enunciar su fallo si ya está allí todo entero, inconfundible y avasallador delante de todos los ojos? No es la opinión pública la que hablará, ni su fallo lo que debe esperarse.

Lo que esperan los vivos y los muertos que han sido autores y testigos de toda esa inmensa tragedia con que la opinión pública expresó su indudable condenación de Porfirio Díaz,[128] sucesor primero de su maniquí Manuel González[129] y más tarde sucesor de sí mismo, cuantas veces quiso y pudo, es saber si por centésima vez los revolucionarios se atreven a intentar cambiar el significado de aquella tragedia para reducirla a una vil y mezquina comedia. Esto es lo que esperan los vivos y los muertos. Y esto es también lo que espera la opinión pública. Ella ha guardado y guardará n profundo silencio frente al furor obregonista.

No abrirá sus labios para condenar ni para absolver a Obregón. Porque de antemano ha condenado a Obregón sucesor de Calles y a Obregón sucesor de sí mismo. Porque no hay diferencia entre reelegirse al día siguiente de haber sido presidente y haber tenido la máquina administrativa en las manos y reelegirse varios años después teniendo asidas irrompiblemente las manos que tienen el poder. No es pues la sentencia de la opinión pública la que debe esperarse, porque esperarla, después de haber sido escrita con sangre en cien páginas y con millares de vidas desgarradas, es burlarse de la significación

---

[128] **DÍAZ**, Porfirio (1830-1915). General y político mexicano, fue presidente de la República en 1876, de 1877 a 1880 y 1884 a 1911. Su gestión dictatorial provocó una revolución.

[129] **GONZÁLEZ**, Manuel (1833-1893). Militar mexicano, de escaso talento pero lealtad incondicional a Porfirio Díaz, quien lo elevó, para utilizarlo, a la Presidencia de México.

innegablemente solemne y acerada de toda una inmensa tragedia cuya sangre moja aún muchas manos y muchas frentes. Esperar un nuevo fallo es querer hacer de esa tragedia una comedia infame y vulgar. El furor obregonista va para allá.

Intentará hacer una comedia con los recuerdos de muchos muertos y la sangre y las amarguras de muchos vivos; pero no lo conseguirá. Porque el sentido solemne de esa tragedia lo defienden los recuerdos de los muertos y la sangre vertida por los vivos. Y la opinión pública –como Marco Antonio,[130] que para demostrar las iras de la muchedumbre no hizo más que levantar las vestiduras desgarradas de César– no hará más que levantar todas las togas ensangrentadas para condenar, por centésima vez, a todos los comediantes.

---

[130] **MARCO ANTONIO** (83-30 a.C.). Militar romano, organizó el segundó triunvirato con Octavio y Lépido (43). Aliado con Cleopatra de Egipto, se suicidó en el sitio de Alejandría.

DIJO EL MOLINERO

"Todavía hay jueces en Berlín", decía arrogantemente y con gesto imperturbable de seguridad el célebre molinero de Postdam frente al rey de Prusia, ante la injusticia que este soberano intentaba cometer. Y es que ese molinero tenía plena convicción de que los jueves sabrían imponerse a todo y a todos, a la cobardía y, sobre todo, a la mirada relampagueante y amenazadora de los grandes y de los fuertes. Es decir, ese molinero sabía que en Berlín había jueces. Porque ser juez no es parecerlo ni llevar solamente el nombre. Ser juez es tener perpetuamente levantada la conciencia a la altura desde donde las águilas lo dominan todo. Ser juez es saber tajar con la espada de la ley, de la justicia, las manos de todos, principalmente las de los fuertes.

Porque dejar caer el platillo de la balanza sobre la frente de los pobres, de los débiles y de los desvalidos es cosa demasiado sencilla. En cambio echar todas las pesas sobre los platillos donde se hallan los grandes los fuertes y los ricos, es algo un tanto difícil. Y hacerlo cuando se ha llegado y se está en el trono de la justicia y de la ley por el favor de los fuertes, es algo –sobre todo en determinadas circunstancias– perfectamente imposible. Y en este caso, el molinero de Postdam tiene o habría tenido que cambiar su frase y decir: "No hay jueces en Berlín".

Entre nosotros no hay jueces. Solamente tenemos apariencias de jueces. Porque la soberanía del Poder Judicial es solamente una caña rota.

Los otros dos poderes disponen a su antojo de los jueces. Los hacen o deshacen a su antojo. Los suben o los despeñan cuando mejor les parece. Y cada juez conoce la mano a la cual le debe la investidura y la mano que se la puede arrebatar. Aparte de esto, no es tan fácil conservase libre del contagio de menospreciar la ley. El Ejecutivo y el Poder Legislativo pasan ante nosotros, por encima de la ley, con una tranquilidad aterradora.

Y en fuerza de la solidaridad tienen que arrastrar al Poder Judicial y tienen que enfermarlo de desdén a la ley. Y al sentirse los jueces perpetuamente bajo la espada de los fuertes, no son más que meras apariencias de jueces. Esto lo han venido comprobando en especial los últimos acontecimientos. Y para poner dique a los desmanes de los fuertes, cometidos contra las resoluciones de los jueces, no vale, no ha valido ni valdrá nada.

Hace poco tiempo, la Secretaría de Guerra dio ciertas órdenes para que los rebeldes que fueran aprehendidos, fueran juzgados conforme a la ley. Hoy es el Procurador General de la Nación el que toma medidas, para que los fuertes sean menos irrespetuosos en lo que atañe al Poder Judicial. Las medidas tomadas por el señor Romeo Ortega[131] más que un remedio eficaz, sin un grave síntoma de descomposición, son una señal inequívoca de que no hay jueces entre nosotros y de que por espacio de mucho tiempo no los habrá. Porque para que los haya se necesita que la inerme majestad del derecho sea respetada por todos, especialmente por los fuertes. Y mientras los fuertes escupan a cada rato la Constitución –estatuto central del país– y apuñalen todos los códigos y todos los derechos impunemente –como lo hacen un millón de veces todos los días– los jueces seguirán siendo el ludibrio de generales, de diputados, de gobernadores y de todos los que tienen una espada en la mano. ¿Qué se ha hecho y qué se hace contra los generales que han pasado y pasan todos los días por encima de las garantías individuales? Nada.

[131] **ORTEGA** Castillo, Romeo (1893-1958). Político oaxaqueño, incondicional del Presidente Plutarco Elías, del que fue subsecretario de Gobernación y Procurador General.

Se les ha dejado y se les deja en plena impunidad. ¿Qué pueden hacer los jueces contra esos señores de horca y cuchillo? Nada. ¿Por qué? Porque la horca y el cuchillo están –entre nosotros– sobre todos los códigos y sobre todos los derechos.

Lo diremos con toda claridad: mantener impotentes a los jueces frente a los fuertes, es hacer de los jueces una piltrafa, es reducirlos a un espantajo solamente para los débiles. Si el célebre molinero de Postdam pudo –con alta arrogancia– decirle a Federico II[132]: "Todavía hay jueces en Berlín", fue porque tenía conciencia de que esos jueces sabían dejar sus fallos sobre la frente de todos: nobles y plebeyos, príncipes y reyes.

Si entre nosotros nadie se atreve a pronunciar la bella frase de ese arrogante molinero, es porque no hay jueces en ninguna parte. Solamente tenemos cómplices de los fuertes entregados a la tarea de acogotar los inermes e indefensos derechos de los débiles. Entre tanto, la espada está por encima de todo.

---

[132] **FEDERICO II** (1194-1250). Emperador de Alemania, rescató la Tierra Santa y fue rey de Jerusalén. Activo, inteligente, guerrero, poeta, legislador y artista, fue declarado hereje.

EL EMPAREDAMIENTO

Estamos en vísperas de un inmenso e infame emparedamiento. Porque el emparedamiento de los cuerpos, por más que es una pena que ahoga, que aplasta, que de sólo pensarla asfixia y subleva, es muy poca cosa cuando se trata del emparedamiento de las almas.

Y de este emparedamiento se trata y no de otro. Porque las adiciones hechas últimamente al Código Penal Federal no van a otra cosa que a aplicarle al pueblo en masa, a nuestras tradiciones enteras, a nuestra historia, a las razones supremas y profundas de nuestro ser espiritual y nacional, la pena del emparedamiento.

Sentimos que nuestros labios se abren ansiosamente, que nuestras manos arañan instintivamente piedras y muros, solamente al imaginar el emparedamiento de nuestro cuerpo.

Sentimos que toda nuestra alma se retuerce, que se crispa, que jadea, que se subleva hirviente de anatema, que grita encendida de coraje como león recientemente amarrado a los barrotes de la jaula cuando pensamos en el emparedamiento de la conciencia, en el emparedamiento de los espíritus.

Nuestra alma nació en la cárcel; nace en la lóbrega sombra, en el rincón tenebroso de un trasto de barro olvidado pobre; pero todos los días –y éste es el trabajo tenaz de nuestra vida– buscamos ansiosamente, mejor dicho, busca ansiosamente, incansablemente, el espíritu abierto, las cuatro grandes y largas lejanías donde extender las alas inmensas del pensamiento.

Tenemos ya cerca de nosotros y desde que nacemos un infatigable, un implacable carcelero que todos los días apaga, quiebra, rompe el verso resonante o la palabra en que lanza sus ansias de emparedado el espíritu. Cuando Rafael en uno de los libros de Lamartine, dice que las notas son de fuego y el instrumento es caña, para expresar nuestros pensamientos, no hace más que arrojar sobre nuestra frente todo el lamento que han repetido todos los inspirados que no han podido escapar a la garra brutal de viejo carcelero que todos llevamos dentro de nosotros, cerca de nosotros, al lado de nosotros. Y aliarse bayonetas y espadas con ese carcelero, darle piedras y canteras para nuestras nuevas murallas, que aprieten, que sofoquen, que encierren para siempre el espíritu, es condenar al más infame de los emparedamientos.

Y consagrar este emparedamiento en las leyes, sobre todo en materia religiosa, es ignorar hasta los principios más rudimentarios que presiden la vida humana, y cercenar brutalmente, matar reservas interiores y espirituales, que nunca podrán ser reemplazadas por nada ni por nadie.

No se necesita ser muy perspicaz para descubrir este hecho; cada hombre, cada pueblo a la vuelta de poco tiempo llega a trasladar, a transfundir en la totalidad de su vida exterior y en sus símbolos y elementos materiales exteriores, su ser interior.

La bandera no es más que esto; un signo exterior donde se ha querido que cuaje para siempre la fisonomía interior y total de un pueblo. Y como la bandera, hay otras muchas cosas que podríamos señalar. Y el ansia que todos sentimos de arrojar a nuestro camino una seña que nos recuerde, no es más que una de las manifestaciones del afán ciego e incontenible que siente nuestro espíritu de respirar y de quedar afuera de su cárcel aunque sea en un símbolo.

Somos, por tanto, como individuos, como patrias y como razas, un inmenso, complicado y sensible cordaje que todos los días vibra y se asoma para arrojar sus sonidos hacia los cuatro vientos.

Hay entre las múltiples cuerdas de esa arpa maravillosa de nuestra alma, una que todos hemos sentido temblar y que hace al sacudirse se estremezca hasta lo profundo de las entrañas y del mundo central del espíritu, todo nuestro ser; es la cuerda con que todos, grandes y pequeños, sabios e ignorantes, ricos y pobres, cobardes y valientes, hemos saludado a Dios al verlo asomar todos los días a nuestra conciencia, a su paso por los cosmos, por nuestra vida y por la historia.

Por esto la libertad religiosa es la más íntima, la más espontánea y la más incontenible de todas las libertades.

Se la ha intentado sofocar muchas veces; se la ha amarrado otras muchas; pero apenas hay un resquicio por donde el espíritu pueda saludar a Dios y se oye pasar por encima de las blasfemias de los beodos con el vino de Satán, el torrente ensordecedor de la glorificación.

Y a pesar de todo y de todos se cumple como siempre se ha cumplido, el pensamiento de Menéndez Pelayo[133]: "el que tenga Fe en el alma y valor para dar testimonio de su Fe ante los hombres, ante Dios, aún en medio del silencio general, no faltarán primero almas que sientan con él luego voces que respondan a la suya".

Piénsese bien; y esta frase del inmortal crítico español resume la historia de la libertad de conciencia.

Pero de todos modos, quien se atreve a tener la audacia de abrir cárceles y de hacerse carcelero de la libertad religiosa, magulla, ahoga, estruja, desangra la fibra vital más honda, más íntima y más profunda de hombres y de pueblos.

Y por esto el emparedamiento de las conciencias es un crimen que está sobre todos. Porque con ese crimen se intenta romper el hilo invisible que une al hombre con lo más alto, que es Dios.

Hace poco tiempo, un articulista hablaba de los mutilados en la guerra del catorce. Y hacía hincapié en la angustia especial, en la amargura insondable de los mutilados del rostro. Pues éstos se sienten perpetuamente agobiados por la deformación de la cara, que es la síntesis de nuestro cuerpo en cuanto a la fisonomía.

Pues la mutilación de la libertad religiosa, es más ruda, más dolorosa, más llena de amargura que la mutilación del rostro. Porque la mutilación de la libertad de conciencia es indudablemente la mutilación del ala más poderosa y más osada del pensamiento y de la vida.

Y día llegará, que está muy próximo, entre nosotros, en que se compruebe por medio de la crítica implacable de la historia, que si hemos llegado a ser un pueblo tuberculoso, lleno de úlceras y en bancarrota, ha sido, es solamente porque una vieja conjuración legal y práctica desde hace mucho tiempo mutiló el sentido de lo divino.

Las adiciones últimas hechas al Código Penal Federal, son la más brutal mutilación que puede hacerse a la libertad de conciencia. Son las cuatro inmensas e impenetrables murallas donde se continuará padeciendo un emparedamiento donde la asfixia, para el pensamiento, para la conciencia, para el espíritu, será le ley ordinaria, la condición permanente de vivir.

---

[133] **MENÉNDEZ** y Pelayo, Marcelino (1856-1912). Polígrafo español, de vastísima erudición, fue un gran crítico y analista. Fue director de la Biblioteca Nacional.

Todo lo que quiera y piense el hombre bajo el impulso encendido de la conciencia iluminada por Dios, se quedará entre cuatro paredes: llámense esas cuatro paredes, templo, hogar, o barro humano.

Y claro está que el emparedamiento de las almas y de los pensamientos es más funesto que el de los cuerpo. Porque todos vivimos del respiro de los demás en el orden espiritual más amplio y más fuerte. Entre el maestro y el discípulo no hay más que un fenómeno de respiración; el alumno absorbe, como el viajero quemado por el sol aspira el aire fresco, el aliento espiritual del maestro. Y así empezamos la vida de nuestro espíritu y así tenemos que continuarla. O sobrevendrá el emparedamiento y la anemia y, por último la asfixia. Se trata de matar la conciencia misma. No se trata solamente de un atentado contra la libertad de conciencia. Se la quiere matar. Porque el emparedamiento no va a otra cosa que a matar con la muerte más lenta, más desesperante y más arrasadora.

La prensa periódica independiente es una conciencia libre. Y porque es libre, maldice y anatematiza el emparedamiento, no tanto de cuerpos, como de pensamientos y des espíritus. Por esto hoy –en vísperas del grande, del inmenso emparedamiento de ideas, de plumas y de palabras y mañana también cuando se haya cerrado en torno de todas las almas cuatro largas, altas e impenetrables paredes erizadas de bayonetas de las últimas adiciones del Código Penal Federal– nosotros sumamos las ardientes, las inflamadas protestas de todas las bocas, las maldiciones de todos los condenados al emparedamiento y las arrojamos sobre la frente de los verdugos de la conciencia.

Hace apenas cuatro días que se celebró en todo el mundo la toma de la Bastilla, llamada por Michelet[134] “la prisión del pensamiento”. En esta frase de Michelet hay algo, si no es que mucho más de metafórico.

En cambio, en llamar a las últimas adiciones “la Bastilla de la libertad de conciencia” en nuestra Patria, no hay más que una fuerte y viva exactitud.

Y llamarles “la prisión del pensamiento”, el emparedamiento de los espíritus, el más infame, el más despótico, el más desesperante emparedamiento, es decir una rotunda, una aplastante verdad como una montaña.

---

[134] **MICHELET**, Jules (1798-1874). Historiador francés, doctor en letras, convertido al catolicismo en 1816, nunca renunció a su simpatía por el liberalismo político y filosófico.

JUNTEMOS NUESTRAS MANOS

Dentro de muy pocos días se levantará de todos los labios en todos los templos y hogares católicos una inmensa, resonante plegaria que dirán los católicos de todo el mundo para pedirle a Dios que cese entre nosotros la persecución religiosa.

Así debe ser, porque todos los católicos debemos interesarnos por la suerte de la Iglesia, donde quiera que se le persiga y todos debemos ayudarnos mutuamente para hacerles frente a las persecuciones.

Esto, aquí en nuestro país, hasta ahora no lo habíamos comprendido.

Porque mientras los católicos de Tabasco son golpeados por la furia de la revolución, los católicos de otros Estados hemos permanecido con los brazos cruzados, como si la persecución se hubiera desencadenado contra los musulmanes y no contra los católicos.

Mientras los católicos de San Luis Potosí, recibían el golpe de la persecución, los católicos de los demás estados muy lejos de salir a la defensa de nuestros hermanos, sólo estaban a la expectativa, en espera de la suerte que corrieran aquellos católicos.

Esto ha sucedido no una sino mil veces.

Porque los católicos en nuestro país hemos vivido totalmente alejados unos de otros, aislados, desconocidos, sin solidaridad, sin cohesión, sin unión firme, estable y permanente.

Y ésta ha sido entre otras cosas, una de las más fuertes causas de que hasta el más infeliz policía se crea autorizado para abofetear a un católico, pues sabe que los demás se encogerán de hombros, y hasta se atreverán a llamar imprudente al católico que sabe afirmar sus derechos en presencia de sus perseguidores.

Y es necesario que esta situación de aislamiento, de alejamiento, de dispersión nacional, termine de una vez por todas y que a la mayor brevedad se piense ya de una manera serie en que seamos todos los católicos de nuestra patria no un montón de partículas sin unión, sino un cuerpo inmenso que tenga un solo programa, una sola cabeza, un solo pensamiento, una sola bandera de organización para hacerles frente a los perseguidores.

Este gesto emocionante y ardientemente paternal de Su Santidad Pío XI, que ha llamado a todos los católicos de la tierra para que rueguen por los católicos perseguidos de México, es toda una lección.

Porque si se llama a los católicos de todo el mundo para que se interesen de una manera práctica por nuestra suerte, nosotros debemos entender que hemos de buscar la manera de vivir preocupados por la suerte de nuestros hermanos en nuestro país.

Así la persecución no encontrará sólo, aislado a este o aquel estado, a esta o aquella diócesis; sino que la punta de la espada de los perseguidores, al herir a un solo católico, sabrá que todos saldrán a su defensa.

Y así nos haremos respetar.

¿Querrán los católicos de nuestro país entender esta alta y hermosa lección del Papa?

Hoy mismo todos los católicos debemos alzar nuestras manos sobre los límites de nuestra Diócesis de nuestros Estados, para estrecharlas efusivamente, ardientemente y para jurar unión fuerte, cohesión, firme, solidaridad honda e indestructible.

HACIA TODOS LOS VIENTOS

Cuando a un hombre se le cae una finca, lo primero que hace es averiguar las causas de la caída. Y si descubre que no había cimientos suficientemente duros y recios, al reconstruir la finca procura traer fuertes piedras que hagan imposible en lo sucesivo aquel derrumbamiento.

Nosotros los católicos hemos visto con nuestros propios ojos la caída estrepitosa del edificio de la sociedad y en estos momentos andamos entre escombros. Sin embargo, poco nos hemos preocupado por conocer con toda claridad la verdadera causa del desastre.

Y si hemos de ser sinceros y deseamos sanar, debemos empezar por reconocer que nada nos ha perjudicado tanto como el hecho de que los católicos nos entregamos a vivir con éxtasis en nuestros templos y abandonemos todas las vías abiertas de la vida pública a todos los errores.

En lugar de haber estado en todas partes, especialmente allí donde hicieron su aparición los portaestandartes del mal, nos encastillamos en nuestras iglesias y en nuestros hogares. Y allí estamos todavía.

Nos parece que basta rezar, que basta practicar muchos actos de piedad y que basta la vida del hogar y del templo, para contrarrestar toda la inmensa conjuración de los enemigos de Dios.

Y les hemos dejado a ella la escuela, la prensa, el libro, la cátedra en todos los establecimientos de enseñanza, les hemos dejado todas las rutas de la vida pública y no han encontrado una oposición seria y fuerte por los caminos por donde han llevado la bandera de la guerra contra Dios.

Y han logrado arrebatarnos a la niñez, a la juventud, a las multitudes, a todas las fuerzas vivas de la sociedad con rarísimas excepciones. Y nos han arrebatado todas esas fuerzas, porque claro está que con nuestra acción recluida dentro de nuestros templos y de nuestras casas, no hemos podido defender, no hemos podido amurallar el alma de las masas, de los jóvenes, de los viejos ni de los niños.

Y tenemos necesidad urgentísima de que nuestros baluartes se alcen dentro y fuera de nuestras iglesias y de nuestros hogares, para que cada corazón, cada alma, nos encuentre en plena vía pública para conservar los principios que hemos sembrado en lo íntimo de las conciencias, dentro del santuario del hogar y del templo.

Y si la guerra contra Dios se ha enconado furiosamente en la calle y en todas las vías públicas, y las paredes de nuestras iglesias han tenido que sufrir recios golpes, ha sido, fundamentalmente, porque la acción de los católicos se ha limitado a hacerse sentir dentro de los templos y de las casas.

Y urge que en lo sucesivo, cada católico rectifique radicalmente su vida en este punto y tenga entendido que hay que ser soldado de Dios en todas partes: iglesias, escuelas, hogar; pero sobre todo allí donde se libran las ardientes batallas contra el mal.

Porque si continuamos como hasta ahora, entregados al éxtasis en nuestras casas e iglesias y no procuramos luchar también afuera, el próximo cataclismo nos dejará a los cuatro vientos y tendremos que sentarnos como el célebre Mario a llorar sobre las ruinas de nuestros hogares, por no haber querido combatir en todas las vías y en todos los caminos por donde galopan los corceles del ejército del mal.

Procuremos hallarnos en todas partes con el casco de los cruzados.

Dentro y fuera de los templos, alcemos la bandera de Dios y combatamos sin tregua, con las banderas desplegadas a todos los vientos.

UNA PREGUNTA

Es desolador que sean expulsados los sacerdotes católicos extranjeros, porque de sobra sabemos que ellos han sido colaboradores fieles y decididos en la obra de nuestra civilización; es desolador que se reduzca, sin tomar para nada en cuenta las necesidades religiosas de los católicos, el número de sus sacerdotes, es desolador solamente pensar que será quizá suspendido el culto y que muchos espíritus tendrán que perecer sin auxilios necesarios para hacer el último viaje o cuando menos, para continuar el trabajo noble de su perfeccionamiento moral. Claro está que esa desolación no la sienten ni la pueden sentir más que los que conservan y tienen nociones claras acerca del valor que tienen los factores religiosos y morales respecto a la vida humana. Y por esto, y ante todo, somos los católicos los que lamentamos esos aspectos brutales que reviste actualmente la persecución. Sin embargo, es necesario hacer notar que si es desolador que los enemigos de Dios y de la Iglesia acuchillen conciencias por todas partes y no descansen talen y corten y maten pensamientos en las escuelas, en los mismos templos y hacia todos los rumbos; hay algo que tal vez es tan desolador como esos acontecimientos y es el hecho de que los católicos por más que lamenten lo ocurrido, no se entreguen desde luego a la obra irremplazable, urgente, necesaria de defender el patrimonio de nuestras tradiciones. Y no se crea que vamos a abogar en estas líneas por el recurso de la espada y de las ametralladoras, ni vamos a indicar que los católicos deben presentarse ante los perseguidores a protestar, ni que se publiquen hojas resonantes y apóstrofes ardientes de maldición. La defensa a que queremos referirnos es una defensa al alcance de todos, por una parte, y por otra, una defensa lógica, adecuada y que consiste en darnos a la ora de rodear el rico e inapreciable patrimonio de nuestras creencias no de bayonetas, sino de medios suficientemente eficaces para que las ideas católicas penetren en todas partes, enraícen en todos los corazones, se hagan fibra vital en todos los hogares, y en todas las voluntades y así se logre el fracaso total de la persecución.

En esta obra de defensa todos podemos y debemos hacer algo. Los más rudos e ignorantes pueden dedicarse a conocer y estudiar nuestra religión; los más despiertos y cultos pueden enseñar a los demás; los que no pueden ni escribir una letra, pueden cuando menos propagar un periódico; los que tienen destreza en hablar y escribir, pueden enseñar a los demás. Y todos podemos y debemos hacer algo para evitar en su totalidad el desmoronamiento espiritual de nuestra patria. Porque si es desolador que nos quedemos sin sacerdotes, sin escuelas y se nos persiga en todas partes, no menos desolador es que no nos entreguemos desde luego los católicos a hacer lo que debemos hacer, para defender el inapreciable patrimonio de creencias que nos heredaron nuestros padres. Por esto no hay que preguntar qué tanto hemos llorado, ni qué tanto hemos lamentado los acontecimientos, ni qué tanto nos han consternado. La pregunta que cada católico debe hacerse ante esta crisis desoladora es ésta: ¿Qué he hecho y qué hago por afianzar y robustecer conciencias y corazones en el catolicismo? Y habrá que contestar luego, no con vanos pretextos o con disculpas necias, porque, cuando menos, hay varios centros de catecismo donde se puede ayudar o enseñar o aprender. Habrá que contestar con obras y con obras inmediatas.

OTRA CARGA

Todos los más grandes enemigos de Dios y de la Iglesia en nuestro país están concentrando sus fuerzas para continuar la batalla y para dar una nueva carga, en combate formidable, a la causa noble y santa de la verdad. El protestantismo hace esfuerzos desesperados por penetrar a todas partes, por llegar al corazón de las masas, por arrebatarnos a la juventud por invadirlo todo. La Masonería cobra bríos, se reorganiza y se prepara también para embestir y para llevar adelante y en alto el estandarte de la rebelión contra Dios y contra la Iglesia. La revolución, que es aliada fiel tanto del protestantismo como de la Masonería, sigue en marcha tenaz hacia la demolición del catolicismo y bate el pensamiento de los católicos en la prensa, en la escuela, en la calle, en las plazas, en los parlamentos, en las leyes: en todas partes.

Nos hallamos en presencia de un triple e inmensa conjuración contra los principios sagrados de la Iglesia, que son los únicos sillares, los únicos verdaderos fundamentos de la civilización. Se recrudecerá el combate; se multiplicarán los esfuerzos de los propagadores del mal y de los portaestandartes del error y bien pronto se dejará sentir como una inmensa oleada devastadora que herirá todo: el hogar, la familia, la escuela, el pensamiento, el individuo; en fin, todo. Y la guerra se impone; la guerra santa de las ideas, de las palabras tendrá que librarse a pesar del espíritu de cobardía de muchos católicos y del amor ardiente que sienten pro sus propias comodidades y por su catolicismo de reposo, de pereza, de apatía, de inercia y de inacción. De manera que tendremos que combatir; estaremos obligados hoy más que nunca a batirnos, a buscar un puesto bajo la tienda de campaña donde tiene que rugir el odio en torno de las palabras y de las ideas. Pero no solamente tenemos que combatir, sino que hoy tenemos que combatir de manera de aproximarnos siquiera a la victoria. En otros términos, el ideal de combate, tan antiguo como el Cristianismo, tiene que ser ideal supremo de todo católico. Porque cada católico fue consagrado soldado de Cristo y su misión es batirse hoy, batirse mañana, batirse siempre bajo el estandarte de la verdad. Pero no solamente es necesario que cada católico busque supuesto de combatiente y de soldado de Cristo sino que ahora no vamos a incurrir en el viejo, en el gastado error de combatir, adrede por desorientación, por alta de táctica, desigualmente con nuestros enemigos. Porque hoy ya sabemos que nuestras armas fundamentales son: la prensa, la escuela, la organización y la acción infatigable. Con estos elementos iremos en línea recta hacia la victoria. Por esto nadie, entre los católicos, debe dejar de proteger la prensa, nadie debe estar aislado ni nadie estar a pierna suelta.

Con esas armas esperamos a pie firme la nueva carga que preparan los grandes enemigos de Dios y alcanzaremos la victoria.

BAJO UNA SOLA BANDERA

Los católicos de México hemos padecido y padecemos la gravísima enfermedad del individualismo. En otros términos, nos aferramos demasiado a nuestros puntos de vista, a nuestros programas personales, a la bandera que hemos levantado en un instante de entusiasmo y de atrevimiento y no toleramos jamás que alguien toque nuestra empresa, ni mucho menos que se les una y se les entronque en un movimiento común. Esta enfermedad, que no merece otro nombre que el de individualismo crónico y reconcentrado, aparte de ser una aberración imperdonable y una señal inequívoca de orgullo, es una negación franca y abierta de la ley ineludible de la cooperación que ha presidido y preside todos los días la vida humana, aun en sus más imperceptibles manifestaciones. Bájese hasta la partícula de tierra más insignificante y allí se encontrará la ley de la cooperación traducida en admirable disciplina y jerarquía. Analícese la estructura complicada de los vivientes y del Universo y allí aparecerá esa ley suprema en sus mismas manifestaciones: disciplina, jerarquía, subordinación unidad. Pero nadie, como nosotros, se ha empeñado y por espacio de largos años, en renegar y contradecir la ley suprema que preside el orden y que le sirve de armadura, de oleaje impetuoso de combate, de organización y de victoria a la vez. Y por esto nos encontramos reducidos a la categoría ignominiosa de mendigos despojados por la revolución y a la categoría aún más ignominiosa de esclavos delante de los perseguidores de la Iglesia. Porque no hemos querido, no hemos sabido acatar la ley suprema de la vida humana que es ley de solidaridad, de disciplina, de cooperación, de subordinación y sobre todo de unidad, de manera que pensamientos, voluntades, brazos, corazones, palabras, caracteres, individuos., grupos, en pocos términos, todos: grandes y pequeños, sabios e ignorantes, hombres y mujeres, niños y jóvenes y viejos nos prestemos con la docilidad misma con que todos los días la vida amasa, bate, humedece, riega y modela nuestra carne y la sustancia de nuestro espíritu, para sacar de allí, del crisol ardiente que purifica sangre y carne y enciende el pensamiento y la palabra, el milagro radiante de los grandes que sobrepujan a todos los demás. Basta pensar en que si en un momento dado cualquiera de nuestros órganos se desarticula y se arranca del conjunto de nuestro cuerpo, cae en el más desesperante, en el más agotante raquitismo, para que se nos revele de un solo golpe de vista el hecho, hoy ya indiscutible, de nuestra ignominia, nuestro empobrecimiento, nuestra debilidad como individuos y como colectividad, en que nos ha venido a colocar nuestro individualismo feroz, nuestro encastillamiento en nuestros programas individuales y de campanario.

¿Cómo dar un paso así, apoyados exclusivamente en nuestras propias fuerzas, en nuestra propia personalidad, en nuestros programas, si se trata de una obra de reconquista nacional y se necesita la colaboración entusiasta, uniforme, de todas las energías del país? Sobre todo ¿cómo llegar a la victoria final sin tener una máquina que llena todo el país, que tiene resortes extendidos hacia todos los rumbos, de manera de poder mover la masa entera de las fuerzas de la nación o atacarlas en un momento dado? Y nuestra derrota, nuestros desastres, la noche profunda de nuestra ignominia, no arranca más que de allí: de nuestra idolatría por nuestras opiniones, por nuestras empresas, por nuestras obras: hemos sido desde este punto de vista víctimas de un liberalismo que a venido a negar audazmente la ley de la unidad, de la transfusión vital, de la solidaridad humana, que es ley suprema de progreso, de combate y de victoria. Y por haber negado esa ley, por no haber sabido ni querido practicar dócilmente la disciplina, que en todas partes se manifiesta y que Mauricio Barrés[135] ha sabido presentar en un libro que lleva el nombre paradójico de *El Culto del yo*, hemos tenido que pagar nuestra audacia, nuestro orgullo, nuestra ceguera, con la esclavitud que padecemos, con el harapo de mendigos de la libertad que llevamos sobre nuestras espaldas, con las cadenas que se hunden y escarban nuestro pensamiento y nuestros huesos.

---

[135] **BARRES**, Mauricio (1862-1923). Literato y novelista francés, abogado, académico, diputado, da culto de *yo* y glorifica el valor y la energía, al escepticismo crudo y a la ironía.

¿Seguiremos a pesar de sentir todavía sobre nuestra frente la elocuencia atronadora de los hechos embriagada de sangre y de humillación, encastillados en nuestro propio pensamiento, en nuestros programa, en nuestra obra de ciudad o de campanario? ¿No tendremos el valor necesario para borrar las fronteras que nosotros mismos hemos trazado en nuestro derredor, para defender nuestro programa y no daremos un paso para estrechar la mano de todos nuestros hermanos y para juntarnos en un haz único que acabe con la esclavitud y la ignominia de cada uno y de todos, acabando con nuestro aislamiento y con nuestros programas de exclusivismo de campanario? Atrevámonos a romper esas fronteras, porque al otro lado de ellas está la única bandera, que al ser la bandera de todos será la bandera de la victoria de todos.

HAY QUE ESCOGER

La cuestión de la escuela sigue siendo una cuestión de vida o muerte. Porque de la escuela depende fundamentalmente el porvenir de la juventud, el porvenir de las familias y el porvenir de la Patria. Por no haberlo querido comprender así, y sobre todo por no haber querido resolver esa cuestión de manera que se aseguraran los intereses sagrados de la conciencia, hemos llegado a este extremo de ignominia, de decaimiento y de postración. Los padres de familia, que son los que deben resolver satisfactoriamente la cuestión de la escuela, de modo que ante todo y sobre todo, las generaciones lleven encendida sobre el alma la antorcha de la religión y en lo íntimo de su corazón arraigado el hábito de hacer el bien, no quisieron resolver el problema. Y hoy, como el sembrador de cizaña, los padres de familia por haber mandado, sin ningún escrúpulo, sin ningún esfuerzo diligente por evitarles a sus hijos la perversión del alma, del pensamiento y del corazón, más funesta que todas las pérdidas materiales, a la escuela laica, es decir, a la escuela oficial, a la escuela sin Dios, han dado a la sociedad toda esa enorme legión de perseguidores de la Iglesia. Y es necesario que todos los padres de familia, ante esa inmensa catástrofe moral de que somos víctimas y testigos, ante ese desbordamiento de odio a Dios, abran grandemente los ojos y se den cuenta de que la cuestión de la escuela es una cuestión gravísima que no resuelve ni mucho menos, mandando a los hijos a la escuela sin Dios, es decir, a la escuela oficial. Y sobre todo los padres de familia deben tener entendido que su responsabilidad es tremenda ante el porvenir de sus hijos, ante el porvenir de la patria, ante la historia. Porque de los padres de familia, según sea la escuela a donde envíen a sus hijos, depende que mañana la patria tenga fuertes y altos ciudadanos que se consagren con ahínco y afán incansable a procurar de hecho, con supremo desinterés, con abnegación sin medida, el verdadero progreso de nuestra sociedad o que tenga hombres de espíritu enfermizo, mezquino y egoísta que solamente busquen, como todos los revolucionarios engendrados por la escuela sin Dios, su propio mejoramiento, sin cuidarse ni poco ni mucho del bien público. Más aún, de los padres de familia depende que Dios siga siendo perseguido con odio satánico en todas partes y que la Iglesia continúe siendo apuñalada por sus verdugos. Y es el instante de estar a la altura del alto deber de padres de familia. Es el momento de escoger entre la perversión de alma de la niñez y de la juventud, brotes que lleven en germen el porvenir entero de la Patria y de la esperanza del mañana. Más claro: hay que escoger entre la escuela sin Dios y la escuela que haga y forje verdaderos ciudadanos que sepan y quieran sacrificarse por el bien público. Se podrán hacer muchas objeciones a todo esto; se podrán alegar muchas cosas; sin embargo, todo el inmenso montón de ruinas que se alza delante de nuestros ojos, nos está diciendo que no hay medio; o la escuela sin Dios y nos hundiremos más de lo que estamos o la escuela con Dios y tarde o pronto, pero algún día, volverá a reinar Dios en las conciencias y la Iglesia a ser respetada y amada por todos.

SE LIBRARA LA BATALLA

La lucha por la libertad es tan vieja como el mundo y se renueva todos los días, porque todos los días se renueva, bajo el movimiento desbordante con que brotan los renuevos del antiguo tronco de la humanidad, los choques estrepitosos de las pasiones de los fuertes y de los poderosos contra los débiles y contra los de abajo. Todo el que asciende a las alturas desde donde se hace poner en macha a la humanidad, tiene que sentir el vértigo de la inmensidad del espacio y, como el águila tendida sobre las llanuras y las montañas, puede fácilmente experimentar la impresión excesivamente fuerte de su encumbramiento y de la pequeñez de los que se hallan al ras de la tierra.

Laboulaye, con mirada penetrante y segura, pudo formular esta ley que todos los días comprueban los hechos y, sobre todo, las actitudes y los gestos de los fuertes y de los encumbrados; “todo poder tiende a extralimitarse”; y cuando la gravitación de las alturas hace que los de arriba extiendan su brazo para encadenar a los de abajo y para profanar en ellos la majestad del derecho y de la libertad, entonces se plantea un problema de libertad y entonces se plantea un problema de libertad y entonces también se abre margen a la lucha por la libertad. Esto significa que los de abajo siempre se han encontrado en la necesidad de vigilar a los de arriba y, sobre todo, de volver su cara atrevidamente hacia las profanaciones y hacia el puño audaz de los que se extralimitan, para contenerlos y hacer respetar los atributos del hombre y del ciudadano.

La armonía absoluta entre los súbditos y los gobernantes puede romperse y de hecho se rompe todos los días, cuando el hombre inerme, pequeño, cae al golpe brutal de la espada del fuerte y del grande. Y por esto no hay que esperar que la lucha por la libertad termine alguna vez, si es que se pretende hacer de la humanidad, no una legión inmensa de esclavos, sino una muchedumbre de seres libres y altos de espíritu y de voluntad.

Pero aparte de que la lucha por la libertad todos los días se renueva, todos los días se renueva, todos los días también pide, exige, contra los profanadores del derecho. Esto explica que en los pueblo donde la libertad no es una mentira y donde la democracia no es una farsa, haya hacia todos los rumbos muchas plumas que erizan el espacio y que se hallan vueltas hacia los alcázares de los déspotas.

Más aún: los tiempos modernos han tenido que variar de una manera fundamental la táctica para rendir tiranos. Ayer, Espartaco se escoltaba de esclavos armados de puñales, para reivindicar la libertad. Hoy, la opinión, cuando tiene sus grandes órganos, sus grandes e inmensos portavoces y en cada conciencia encuentra un baluarte que no capitula y que tampoco está dispuesto a transigir, por más que no desnude el acero fratricida, hiere, derriba y mata tiranos sin derramar una gota de sangre. Será, pues, preciso, pensar en que la batalla será inevitable; que, como dijo el célebre orador francés: “la libertad no se pide, se arrebata”, y que para arrebatarla no necesitamos más que organizarnos, respaldar nuestra opinión y nuestros derechos con fuerza moral, cuya gravitación resquebraje las espaldas y los puños de nuestros verdugos.

UNA LECCIÓN PARA LOS PARIAS

Los católicos de Alsacia–Lorena[136] acaban de añadir una página de victoria a las múltiples que han sido escritas en todos los siglos por la actitud serena, altiva y enérgica de los mártires y de los espíritus que lejos de capitular ante las persecuciones de los césares, vuelven su pensamiento hecho bandera, su palabra hecha grito de combate y su cohesión y su organización hacia el puño cerrado y amenazante de los verdugos de la libertad de conciencia. Y así como acaban de vencer los católicos de Alsacia–Lorena, vencieron los católicos alemanes al despotismo protestante, los irlandeses capitaneados por O'Connell a la orgullosa y fuerte Inglaterra y así vencieron los primeros cristianos las legiones y los desfiladeros de espadas que escoltaban a la vieja Roma.

No se derramó una sola gota de sangre; no brilló al sol el acero fratricida que desata la guerra civil; no se hirió a ninguno de los actuales profanadores del derecho de pensar, en Francia; no se clavó un puñal en el corazón de Eduardo Herriot, que encarna y representa en estos instantes la tiranía sectaria y socialista que nunca ha tolerado ni tolera que se crea en Dios y que se piense libremente. Los católicos de Alsacia–Lorena aprendieron durante el medio siglo que vivieron al lado de Alemania, que el Catolicismo, para que sea un sistema, una doctrina, como los concibió su Fundador, de combate, no contra el mal y el error en sus formas abstractas y metafísicas, sino hechos leyes, potros, persecución abierta e implacable contra la verdad, es preciso que los católicos no se entreguen a los éxtasis de los antiguos ermitaños, ni a los deliquios de los anacoretas y oculten sus carnes desgarradas y envejecidas en la inmolación y su espíritu luminoso de santidad, en lo íntimo, en lo recóndito de la conciencia y en los repliegues del mundo interior; sino que es necesario que toda la sed de sacrificarse, sobre todo en estos momentos en que la vida pública y social se descuartiza y se derrumba, se convierta, para valernos de una frase reciente del Papa reinante, en osadías santas, que resuciten las escenas del circo, en los comienzos de la difusión del cristianismo y sobre todo, escriban las páginas que escribieron los católicos irlandeses. El Cristianismo no es ni doctrinal ni de éxtasis; es una gloriosa vanguardia de hechos y de ideas que luchan incansablemente contra el mal sean cuales fueren sus formas y sin amedrentarse porque sea necesario encontrarse cara a cara con los reyes y los demagogos hechos gobierno. Reducir, pues, el catolicismo a plegaria secreta, a hecho oculto, a queja medrosa, a temblor y espanto ante los poderes públicos, cuando éstos matan el alma nacional y atasajan en plena vía la Patria, no es solamente cobardía y desorientación disculpable, es un crimen histórico religioso, público y social que merece todas las execraciones.

Los católicos de Alsacia–Lorena, a base de organización, a base de cohesión, a base de movilización y disciplina de las energías católicas y de una afirmación rotunda y aplastante de la libertad de la conciencia en plena vía pública, ante el Gobierno francés convertido en perseguidor y sin derramar una gota de sangre ni apelas a la violencia de la espada, han rendido la máquina de guerra del despotismo socialista y han vencido.

Los católicos mexicanos debemos aprender la lección: apoyarnos en las mismas bases y romperemos el puño armado de los perseguidores. ¿Sabemos el puño armado de los perseguidores. ¿Sabremos seguir el camino glorioso abierto a todos los esclavos por Alsacia–Lorena?

---

[136] **Alsacia-Lorena**. Regiones limítrofes entre Francia y Alemania, que encarnan una rivalidad histórica entre ambas potencias.

SOBRE LAS LIMADURAS ENNEGRECIDAS

La formación y el robustecimiento de la conciencia individual y colectiva es un problema a cuya solución deben tender, en estos instantes de retorno práctico a la edad de piedra, a la vida de las cavernas, todas las fuerzas vivas de los católicos. Porque debemos ante todo reconocer que las conciencias, es decir, la noción clara, profunda, íntima de la propia personalidad, de sus atributos, de sus derechos y prerrogativas ha sufrido, en nuestro país, un fuerte y doloroso descenso.

Y esto explica que delante de los monstruosidades que todos los días aparecen en las leyes y en los hechos, delante de nosotros y sobre nosotros y de que somos siempre unas veces víctimas y otras veces testigos, no hay vivos sacudimientos que hagan crispar de ira santa y noble como es la que grita y tiembla de indignación en presencia de las mutilaciones de derechos y de libertades, el alma de los individuos y, sobre todo, el corazón inmenso del pueblo. Y esto es también la clave segura para descifrar ese enorme e inquietante enigma consistente en que una masa de quince millones de mexicanos, colocados sobre el potro de todas las ignominias, caídas bajo el puño férreo e implacablemente salvaje de la revolución, estén encorvados aún y rendidos debajo de la carga de despotismo que les resquebraja los hombros y que les sangre la carne de su cuerpo. El número, al tratarse de contener y contrabalancear las extralimitaciones y los atropellos de los déspotas, tiene y ha tenido siempre una inmensa significación; pero el número es solamente una entidad puramente matemática que nada vale ni nada pesa sobre la balanza de los destinos de los parias, de los esclavos y de los pueblos oprimidos, mientras no llega a tener un alma, mientras no sopla sobre él, vivificante y fecundo, el hálito del espíritu, mientras no lo alienta, lo incorpora y lo hace cumbre que se yergue, cóndor que reta, águila que grazna y que llama al combate, la savia de la conciencia. Pues cuando esto sucede, y cada hombre y cada pueblo llevan encendida la antorcha que revela todo el alcance de las violaciones del derecho y de la libertad, como un resorte de carne viva se mueven, palpitan y se crispan cuerpos y almas al encontrarse en presencia de la sangre, que gotea del filo de la espada que empuña el verdugo, sobrevienen tormentas, huracanes, que ahogan con sus rugidos a los déspotas y desquician hasta los tronos seculares.

Y ese sentido íntimo de la propia dignidad ultrajada y que es un índice, un grito, un llamamiento inquietante, como hondo remordimiento, a todas las fuerzas, a la sangre y el espíritu, para que se echen en la hoguera de la ira que enciende las rebeldías santas del derecho acuchillado, de la personalidad escupida, retorcida, abofeteada, debe llenarlo todo: conciencia, corazón, pensamiento, cuerpo y alma, brazos y caracteres, para que se ericen caminos y ciudades, de puños crispados, de frentes enhiestas y de protestas resonantes. Alzar el nivel de la conciencia individual y colectiva es problema que no puede aplazarse allí donde, como en nuestro país, han logrado abrirse paso, en plena impunidad, todos los atentados, todas las aberraciones, todos los atropellos sin que haya habido otra cosa hasta ahora que asombros más o menos disimulados y contenidos, sin que haya sido posible una conjuración inmensa de conciencias que sitie, cerque y rinda a los profanadores.

Por tanto, la enormidad del número, el reclutamiento inmenso de una retaguardia de unidades y de caracteres, mientras no se echen las raíces vivas de la conciencia individual y colectiva y se le haga crecer, subir hasta que llegue a ser tumulto de sangre en las venas, lava ardiente de ira santa en las almas, será solamente el polvo endeble que todos los días barre el huracán a lo largo del desierto.

Habrá que encorvarse sobre la masa obscura y olvidada de limaduras ennegrecidas que nos rodean; habrá que encender en medio de ellas la hoguera que las ilumine primero, que las eche a arder después y las funda en un solo enorme bloque de pensamientos, de voluntades, de palabras, de conciencias, que tengan una sola gigantesca conciencia que a cada monstruosidad de los tiranos, como el océano a cada

invasión tormentosa del huracán, responda con un estruendoso rugido y erice, levante el oleaje de su ira, de sus anatemas hasta tocar y resquebrajar la mano de los déspotas, cuantas veces se vea a la majestad alta del hombre, del ciudadano y del pueblo cargada con el madero de la ignominia y de la servidumbre.

QUE NO SE REPITA

Estamos muy acostumbrados los católicos de nuestro medio a los arranques momentáneos que provocan en nosotros las palabras o los acontecimientos. Y estamos, por desgracia, muy acostumbrados, también a dejar las banderas que en un momento de encendimiento hemos abrazado, al día siguiente que han dejado de sonar en nuestros oídos las palabras que nos despertaron o los derrumbes que nos echaron a andar. Y esta vieja costumbre ha sido y sigue siendo el más fuerte obstáculo para seguir en marcha hacia la reconquista y para terminar las obras comenzadas. Por esto no hemos terminado ninguna de las empresas destinadas a rehacernos como factor fuerte y vivo de combate y de victoria. Y es preciso que, ante todo, nos entreguemos a trabajar por que se acabe nuestra envejecida rutina de entusiasmarnos hoy para desalentarnos mañana; de exaltarnos en estos momento y de echarnos en brazos de la inacción cinco minutos después. Porque de otra manera volveremos a caer en nuestras actitudes. Y ante a palabra alta, terminante, indiscutible que el Papa acaba de pronunciar al oído de los católicos de México, cuando ha dicho que el remedio supremo de nuestras dolencias es la acción católica, es preciso que no se repitan las páginas de nuestra historia que se reducen solamente a pereza e inercia.

Porque si la palabra del Papa vuelve, como otras palabras, a dejar de ser oída; y sobre todo, a dejar de ser secundada con fervor constante, nuestras crisis, agigantadas, centuplicadas por nuestra apatía y por nuestra inacción, nos saldrán al encuentro y nos tumbarán de bruces sobre todos los abismos.

León XIII fundó toda la lumbre de su alto espíritu de vidente en esta fórmula: “ir al pueblo”. La dijo de cara hacia el porvenir cerrado del mundo. Y hoy no hay escombro, no hay ruina, no hay bandera, no hay libro, no hay programa que no sea la confirmación plena, total, de la mirada profética de aquel Pontífice.

Nosotros no tenemos más que ruinas. Todas esas ruinas comprueban la verdad de la fórmula de León XIII y el poco empeño que los católicos pusimos en realizarla. Si la hubiéramos realizado hoy tendríamos éxitos, victorias y monumentos, que a comprobarían. ¿Sucederá lo mismo con las últimas palabras dichas con hondo acento paternal por Su Santidad Pío XI? Mucho lo tememos. Y hasta estos momentos no se deja ver todavía entre los católicos el movimiento fuerte de entusiasmo y de acción que todos debemos sentir ante las palabras del Sumo Pontífice. Acción, no parálisis. Esto significan esas palabras terminantes y sencillas. Acción católica: no solamente éxtasis. Acción católica: no solamente plegarias. Acción católica: no solamente rezos. Acción, es decir, esfuerzo amplio, inmenso, que haga sentir su poder y su influjo fuera y dentro del pueblo: fuera y dentro del hogar; fuera y dentro de nosotros mismos. Porque la acción debe ser, necesita ser irradiación de energía, no concentración, no plegamiento, no encastillamiento. Que vuelve nuestro pensamiento hacia todos los rumbos. Que se abra nuestra mano de apóstoles de la verdad hacia todos los vientos. Que se muevan nuestros pies hacia todos los caminos, hacia todas las cabañas, hacia todas partes. Porque si el Papa ha vuelto a hablar en vano, nuevas y más numerosas ruinas vendrán a confirmar dos cosas: que el Papa ha tenido razón y que nosotros no hemos querido ni entenderlo, ni secundarlo. Dejemos nuestra vieja costumbre de llamaradas que pronto se apagan. Empecemos llenos de entusiasmo bajo la palabra del papa. Sigamos adelante con ella y veremos el éxito total.

SOMOS ABANDERADOS

La conciencia de nuestros derechos no pude ser solamente una actitud exterior: tiene que ser, y debe ser ante todo, una actitud de nuestra vida interior y ha de estar formada esencialmente de una noción clara del significado que tiene el derecho para la realización de nuestros destinos y de la posición en que nos encontramos en presencia de nuestras propias prerrogativas. Porque todo derecho tiene la profunda significación de medio para ponernos en marcha hacia nuestro destino personal y de energía para llegar hasta él. Desde este punto de vista no solamente somos y debemos ser poseedores de nuestras libertades y de nuestros derechos; sino que somos y debemos ser algo así como abanderados de nuestra propia personalidad y caudillos y reclutas del ejército de nuestro mismo ser. Más claro: a diferencia de la interpretación que actualmente se da a nuestra posición delante de nuestros propios derechos, debemos tener entendido que pesa sobre nosotros una responsabilidad ineludible que consiste en que debemos ser los defensores de nuestros derechos, porque debemos ser a todo trance, caiga lo que caiga, quiébrese lo que se quebrare y arruínese lo que se arruinare, defensores de nuestros propios destinos. Desde este punto de vista, el derecho no es ya solamente un don que se nos ha entregado para que lo agotemos y lo consumamos como los presentes opulentos que nos brinda todos los días la prodigalidad de la naturaleza, sino que el derecho visto a través de estos conceptos, viene a ser, es una bandera que debemos sostener hasta el último instante, hasta que caigan los brazos mutilados del abanderado, hasta que sobrevenga el derrumbamiento final. Claro está que no todos los derechos exigen una recia e irreductible actitud de resistencia, pero los que sustancialmente constituyen la personalidad humana, los que se encuentran en la base de nuestro destino, no pueden renunciarse, no pueden abandonarse y en caso de ser atacados por alguien, llámese César o de cualquier otra manera, debe ser abroquelados con una actitud indomable de resistencia.

Para llegar al estado de postración y de abatimiento del espíritu individual y colectivo en nuestro país y a las profanaciones de los derechos más altos y nobles de la personalidad humana sin que se haya hecho sentir viva, enérgica, avasalladora y aplastante una reacción de defensa, ha sido necesario que antes haya hecho sentir viva, enérgica, avasalladora y aplastante una reacción de defensa, ha sido necesario que antes haya sobrevenido un oscurecimiento del significado que tiene el derecho y sobre todo de nuestra posición delante de él y de sus perseguidores. De otra suerte, así como se ha visto agotar recursos y medios para conservar los bienes materiales, para rescatarlos y para evitar su bancarrota, así también se habría dejado sentir un movimiento impetuoso, arrollador y permanente de reivindicación, que arrancar ante todo de la noción perfectamente clara y luminosa al alcance de nuestro carácter y de nuestro papel de reclutas y de abanderados de nuestro propio derecho, ante los atentados de todos los días, sobre todo en materia de libertad de palabra, de conciencia y de pensamiento. Pero, hay que repetirlo, se ha obscurecido, casi se ha borrado de los espíritus la significación que tienen nuestros derechos, sobre todo los fundamentales, respecto a nuestro destino y casi nadie sabe cuál es y debe ser su posición ante sus propias libertades y la conciencia individual y pública ha caído en la inercia y en la inacción, como un resorte roto, como un corazón paralizado.

Y mientras no se acentúe, no resalte, entre todas las ideas que sirven de raíz a nuestra vida interior y exterior, el concepto indiscutible e innegable de que el derecho es la vanguardia que tiene que abrirnos paso hacia nuestros destinos y de que cada uno de nosotros es, debe ser recluta o abanderado de las libertades fundamentales de nuestro ser y quedemos para siempre vueltos, en gesto irreducible de resistencia y de combate, hacia todos los verdugos de la libertad humana, será imposible la reconquista, porque todos los derechos, todas las prerrogativas, todas las libertades esenciales o secundarias serán barridos por las legiones de los pretorianos siempre dispuestas a cargar sobre los hombres libres y nunca llevarán a sus espaldas la retaguardia que los apoye, que los escude y los haga pasar victoriosos por encima del erizamiento de las espadas y de las bayonetas. Será, pues, preciso que conozcamos

nuestra posición de abanderados delante de nuestros propios derechos y que sepamos serlo a todas horas.

EL AISLAMIENTO NOS AHOGA

El aislamiento nos ha entregado a los católicos atados de pies y manos al potro de la ignominia y de la derrota. Hasta ahora nos hemos empeñado en vivir encastillados en nuestro propio pensamiento, en nuestra propia personalidad, sin tener contacto íntimo, profundo y permanente entre católicos y católicos y sin más roce que el transitorio, superficial, estéril e infecundo que se puede tener en ocasiones más o menos solemnes, pero que se dan de tarde en tarde. Nos ha faltado el instinto maravillosamente salvador de la cohesión, que hace que se busquen ansiosamente los espíritus, las conciencias, los corazones y los cuerpos de los que tienen la afinidad del mismo sistema y se encuentran en la necesidad de hacer que su pensamiento, muy lejano de ser una pura especulación más o menos abstracta, sea una realidad viva en que se entrecrucen en trama apretada e irrompible, palabras, situaciones, almas, cuerpos, brazos, energías y voluntades. Y en todos los siglos, los sistemas han tenido que convertirse en esa realidad, para ser una fuerza viva donde respire, palpite, arda, combata, organice triunfe el pensamiento. Cuando una idea, un sistema o una dirección espiritual logran que se les levanten altares en las conciencias de los individuos; pero no consiguen que la trabazón compleja de la vida colectiva y sus corrientes pujantes e impetuosas les presten su aliento y su poder, no pasarán de ser fuerzas aisladas que siempre estarán al margen del río tumultuoso, por donde pasan los viajeros que escriben la historia y van al encuentro del porvenir, y en el día de las crisis recias y hondas que resquebrajan a los pueblos, no harán otra cosa que caer abrumados bajo el fardo de su propia miseria y de su abatimiento. Pero el sistema que explore todas las lejanías, que a la manera de las carabelas en que los marineros descubrieron nuevos mundos y los entregaron al hierro de los conquistadores, se entregue a la tarea de invadirlo todo, de infiltrarse a través de todos los resquicios por donde se ganan las alturas, desde donde se reina sobre los espíritus y sobre las colectividades y enraíce en las remotas profundidades donde se entrelazan y se unen las ramificaciones que hacen las sociedades, será saludado con el respeto mismo con que Roma saludaba a sus capitanes victoriosos.
Nosotros hemos sido testigos impotentes de la profanación de nuestros pensamientos, porque nos hemos empeñado en romper todos los vínculos y todas las ataduras que pueden hacer de cada uno de nosotros, hay átomo sin consistencia y sin poder, partícula caída bajo el golpe de todos los reveses y de todos los desastres, cuerpo enorme, titánico, que sea baluarte de nuestro propio sistema. Heine decía que si dos alemanes se encuentran en una isla deshabitada forman inmediatamente una sociedad.

Y esta observación del célebre poeta es la clave que puede explicar todo el enorme prodigio de energía que el pueblo alemán ha podido ser en los instantes de la victoria y en los momentos críticos de la derrota, que son los que revelan el genio de hombres y de naciones. Y ese instinto de intensa sociabilidad de los alemanes nos ha faltado y continúa faltándonos a los católicos en nuestro país y es el único recurso supremo de que podemos echar mano para hacer de nuestras verdades, hoy harapientas y solitarias como mendigos que extienden su mano enflaquecida hacia la vía pública, armaduras de conquistadores que sepan y puedan vencer en todas las batallas.

La situación de los católicos de Tabasco ha venido a poner de relieve por centésima vez, el aislamiento devorador, agotante, asfixiante en que nos encontramos los católicos en nuestra Patria, porque hasta ahora no se ha hecho otra cosa que gritar, por medio de la prensa, la ignominia de nuestros hermanos; pero no se ha hecho nada de carácter práctico que revele que deseamos empezar a salir de nuestro encastillamiento y que estamos dispuestos a ser un solo cuerpo, una sola alma, para apoyarnos unos en otros y conseguir que la victoria venga indefectiblemente. Sin embargo, la persecución de los católicos de Tabasco es una brillante oportunidad que hemos de aprovechar para arrancarnos de una vez por todas de nuestro aislamiento, para dar señales de vida y, sobre todo, para hacer labor firme, permanente y fuerte de ayuda recíproca y de solidaridad.

Esperamos que todos los católicos de nuestro país hagan algo práctico y algo inmediato por nuestros hermanos perseguidos de Tabasco y que por todas partes, ante el espectáculo ignominioso y que hemos estado y estamos ofreciendo a todo el mundo sólo y únicamente por nuestro aislamiento y por falta de contacto y de solidaridad, salgamos de nosotros mismos, entrecrucemos nuestras palabras, nuestros pensamientos, nuestras energías y nuestros destinos individuales y colectivos y alcemos en plena vía pública la montaña en que descansarán victoriosos nuestro sistema y nuestras convicciones.

LOS PARALÍTICOS

Hasta ahora nuestro catolicismo ha sido un catolicismo de verdaderos paralíticos. Porque no hemos sido ni somos todavía capaces de hacer algo permanente, serio y tenaz para abrirles paso a nuestras ideas por hacer que alcancen un triunfo completo. Pero nuestro catolicismo no empezó a ser catolicismo de paralíticos en estos últimos tiempos, sino que lo empezó a ser desde tiempos muy atrás.

Porque es una señal inequívoca de la inacción, de la inercia, de la petrificación de los católicos el que se les haya ido escapando la vida con todas sus complejidades, hasta llegar al extremo de postración y de ignominia en que nos encontramos colocados.

Somos, pues, los herederos paralíticos del catolicismo, de los paralíticos que se quedaron detrás de nosotros.

Y la parálisis tan evidente, tan manifiesta que tiene a casi todos los católicos de nuestro medio atados a la inercia en todo, es la causa de nuestra esclavitud y de nuestra postración.

Los paralíticos del catolicismo, entre nosotros, son de dos clases: los católicos que sufren una parálisis total, porque se limitan a creer las verdades fundamentales y jamás han hecho ni hacen nada serio en relación con sus ideas, a no ser actos rutinarios de culto y los paralíticos que se han quedado en éxtasis delante de sus devocionarios y que nunca hacen ni han hecho nada por sus principios y para que Cristo vuelva a ser Señor de todo: de la prensa, de la escuela, del libro, de la calle, de la plaza, en fin de todo.

Y claro está que cuando una doctrina no tiene más que paralíticos, se tiene que estancar, se tienen que batir en retirada delante de las recias batallas de la vida pública y social y a la vuelta de poco tiempo tendrá que quedar reducida a la categoría de momia inerme, muda y derrotada.

La parálisis de los católicos explica suficientemente nuestra ignominia, nuestras derrotas, nuestra postración y nuestros fracasos.

Bueno es, nadie lo duda, que se crea y se profesen los principios luminosos del catolicismo; bueno es también saber manejar devocionarios; pero reducir el catolicismo, como lo hechos hecho entre nosotros, a una convicción encarcelada por la parálisis o el éxtasis delante de un libro de oír Misa; sin volver los ojos al torrente de la vida para apoderarse de ella, para conquistarla y para ofrendársela a Dios purificada, transfigurada con el contacto de Cristo y de su Iglesia, es entrar por el camino de todas las derrotas y todas las ignominias.

Y ha llegado el instante en que sobre la frente de cada paralítico, sobre los músculos agotados y estirados por la parálisis de nuestros católicos, pase vibrante y despertador, como ráfaga de viento que desciende de las cumbres hasta la arena del desierto a poner en marcha las caravanas el grito que es el Evangelio, el símbolo de todas las resurrecciones, el comienzo de todas las batallas y el anuncio de todas las victorias.

Arranquémonos de todas nuestras parálisis; dejemos que la lumbre de nuestras ideas de católicos se convierta en encendimiento de pasión inmensa y profunda y pongámonos en marcha hacia la reconquista de la vida.

Chesterton, el más profundo quizá de los escritores convertidos últimamente al catolicismo, en su libro llamado *Vida de San Francisco de Asís*, ha dicho que la actitud de los católicos ante la vida, ante el mundo, no ha de ser de renunciación sino de conquista.

Volvamos nuestros ojos y nuestros músculos y nuestra cara hacia la vida; trabemos con ella cuerpo a cuerpo, una lucha encarnizada y tenaz para redimirla bajo el golpe de nuestro brazo y para volverla toda entera hacia Cristo, que anunció que atraerá hacia El todas las cosas.

Nuestra parálisis significa esclavitud, ignominia, miseria y olvido: nuestra entrada a la ruta estruendosamente agitada de la acción y del combate, significa ennoblecimiento, reconquista y victoria segura y aplastante.

LA ALIANZA

Parece que ya se puede entonar un responso para dar la despedida a la "Alianza de Partidos Socialistas", que tanto ruido metió en la Cámara y alarmó tan vivamente a los Gobernadores de los Estados.

La "Alianza de Partidos Socialista", murió como había nacido: repentinamente. Y como nacen y mueren todos los días esos millares de núcleos que azotan el diccionario para darse nombres altisonantes y que surgen y desaparecen como por encanto. Y a nadie le causa extrañeza este fenómeno de fecundidad en nacimientos y en defunciones de núcleos políticos. Porque ya todo el mundo sabe que no se trata más que de las múltiples subdivisiones en que se fragmenta la masa enorme de los políticos entregados a disputarse el poder y todas las cosas que le son inherentes. Y dado que toda es inmensa legión de aspirantes al poder no ha tenido ni tiene más bandera que los apetitos desordenados, no es nada extraño que haya un nacimiento, una defunción o un entierro a cada minuto.

Nada más efímero y variable que una barca sin brújula y una vela sin timonel de pulso firme, recio y bien orientado. Nada más caedizo y variable que el mar de las pasiones y de los apetitos humanos. Ni nada más fuerte, seguro y estable que la floración que descansa en la eterna fecundación de los principios. De aquí que es lo mismo decir variabilidad, que decir apetitos o intereses mezquinos y cambios perennes. Decir principios, es decir duración fuerte y unidad. La política entre nosotros se ha despojado del lado eterno que siempre debe tener la vida humana, ha perdido la brújula de los principios, ha quebrado el timón del alto ideal que ennoblece y purifica la vida y se ha echado toda entera en el mar agitado de todos los apetitos. Y como los apetitos cambian todos los días de dirección, nuestra política todos los días cambia de rumbo.

La "Alianza de Partidos Socialistas" debía haberse llamado de apetitos y de intereses mezquinos. Y así debe llamarse también toda nuestra política. Porque toda ella está presidida por el desfogue de la pasión y de los apetitos. Y desde el día en que tomó los principios como una fórmula hueca y sin sentido, ha tenido que caer bajo la mano dura de un amo. Y ese amo es el que en virtud de las circunstancias puede esperar la voracidad de los políticos, y el día de la caída, los vea buscar ansiosamente al amo que acaba de llegar.

La "Alianza de Partidos Socialistas" nació al arrimo de un amo que la necesitaba y quiso conservarla mientras su voracidad tuviera tasa y medida; el mismo amo la disolvió, el día en que esa Alianza de apetitos se hizo insoportable, por haber llegado a ser demasiado voraz y la unificación –tema tan traído y levado en estos días en la política local– estará sujeta a la misma ley de todos los demás núcleos políticos. Estamos en víspera de un cambio de amo y de que caiga reciamente el que había contratado apetitos en su ambición ¿Cuál bandera logrará unificar luego que la mano que lo había hecho, se desdoble y flaquee? No se necesita ser profeta para anunciarlo.

El próximo amo vencedor y dueño del poder podrá hacer con un solo ademán el prodigio de la unificación. Porque la Alianza de Apetitos, fondo esencial de nuestra política, se hace bajo el influjo magnético de la mano que lo puede dar todo y se deshace ante el hundimiento del antiguo amo que ya no puede dar nada.

Y en uno y en otro caso no hay más que coalición de apetitos. Y esto es lo peor en política.

ESPADAS Y MORDAZAS

El respeto a la opinión es la piedra angular de la vida democrática. Sin esto, es inútil hacer alarde de que se ama y se cree en la democracia, y jamás se llegará a tener ni un remedo de ella. Y si se busca la causa del fracaso de los sistemas democráticos en los países latinos, tendrá que reconocerse que se ha ido y se seguirá yendo al desastre, porque se ha querido y se quiere gobernar con un millón de mordazas. De acuerdo en que es muy difícil gobernar en medio de los tumultos de la opinión y de acuerdo también en que la palabra hablada o escrita sabe y puede levantar un poder contra otro poder, una torre contra otra torre y el poder y la torre del pensamiento y de la opinión pública frente al poder y la torre de los que gobiernan.

Pero si la torre del pensamiento y de la opinión no tienen, como no pueden tener, más significación que ser un índice claro y luminoso de lo que piensa, quiere y siente el pueblo –entidad máxima en los modernos sistemas de gobierno–, a los gobiernos les queda el recurso de poner oído atento a las insinuaciones de la palabra, porque a partir de mil setecientos noventa y tres –según los temas nuevos– nadie tiene derecho de gobernar contra el pueblo. Sabemos que el gobierno tiene –de hecho– el recurso de desenvainar su espada y herir, pero está en pugna abierta con los postulados de la democracia moderna que –buena o mala– ha hecho la proclamación de la soberanía popular. Y aparte de esto, la espada siempre ha sido impotente para vencer la palabra y la opinión. Porque allí donde ha caído el tajo asolador y ha cortado una palabra y un pensamiento, seguirán flotando en conjura permanente, rumores encendidos como anatema y vislumbre de ideas que perdurarán a pesar de todo.

Y la espada ha dado –para acudir a una frase de Caruccui– un cintarazo en el vacío. Porque dar en el vacío es arrojar saetas, espadas y metrallas sobre la legión flotante, intangible e inmortal de pensamientos y palabras. Y si al que –con la armadura del pensamiento y de su palabra– está sólo cuando dice su anatema, el filo de la espada lo hará mártir y le dará ardientes prosélitos; si está acompañado por la muchedumbre no se hará más que centuplicarla y encender sus anatemas. La espada y la mordaza nunca han podido hacer otra cosa que centuplicar el pensamiento y la palabra. La historia está allí para demostrarlo. La espada y la mordaza son armas primitivas; corresponden a la edad de piedra y de las cavernas, cuando había que disputarse el león muerto y destazado con los puños cerrados.

El pensamiento y la palabra son baterías de nuevo alcance que no pueden ser ni tocada ni vencidas por la honda de las quimeras. “Hiere, pero escucha” dijo Temístocles[137] irritado y con el bastón dispuesto a golpear– un célebre general ateniense. “Escucha, no hieras ni amordaces”; esto es dicen la palabra y el pensamiento –en el siglo veinte– a los rezagados que se atreven todavía a arrojar la piedra de sus heridas sobre los jinetes que cabalgaban los briosos corceles del pensamiento. Y es mejor escuchar que herir y amordazar. Porque el que escucha encontrará el sol, si ve la aparición de la verdad y en todo caso –con armas iguales– con pensamiento y palabra, deshará nieblas y retardará o abrirá a su lado a los espíritus y con ellos la victoria total. En cambio, el que hiere o amordaza, no mata ni entierra el pensamiento, por más que ha logrado de pronto imponer silencio; no más lo encarcela y lo comprime.

Y al encarcelado y comprimirlo, le hace estallar y romper en astillas la empuñadura de la propia espada, porque el pensamiento y la palabra –como los gases– hacen de su cárcel y de las resistencias que las oprimen sus más fuertes y temibles aliados.

---

[137] **TEMÍSTOCLES**. (525-460 a.C.). Político ateniense, activó el potencial naval de Atenas y las reformas constitucionales. Derrotó a los persas en Salamina.

Michelet llamó a la Bastilla “la cárcel del pensamiento” porque allí eran encarcelados palabras y pensamientos. Y la Bastilla fue demolida por el primer estallido de la revolución.

Y la historia está llena de estas lecciones: varias páginas; después, no bastan millares de páginas para recoger las astillas rotas de las espadas y de las mordazas destrozadas por el estallido. Resumamos: es mejor escuchar, que herir o amordazar.

LOS ESTUDIANTES COMUNISTAS

Ha aparecido en escena –entre los estudiantes– un grupo que lleva el nombre de *Gorky* y que asegura ser un grupo comunista. A nosotros no nos llama la atención ni la existencia del grupo ni la denominación que lleva, ni las tendencias que se atribuye. Porque de sobre sabemos que entre nosotros el diccionario ha sufrido y sufre modificaciones radicales desde que ha caído en manos de los revolucionarios. El revolucionario, si nos atenemos al sentido que se le ha dado al vocablo, es un descontento que se propone modificarlo y empujarlo todo hacia adelante en un vértigo de adelanto y convengamos en que nuestros revolucionarios son el perfecto reverso del nombre que llevan.

Gritaron a más no poder contra los ricos y lo primero que han hecho es enriquecerse; gritaron contra la imposición y lo primero que hicieron fue imponerse; gritaron contra la violación del voto, y lo primero que hicieron fue burlar el voto; gritaron contra la tiranía de la palabra y lo primero que han hecho es amordazar; gritaron contra la propiedad y lo primero que han hecho es acumular evidentemente cuanto han podido; gritaron contra la reelección y lo primero que han hecho es prepararse para reelegirse; gritaron contra los desmanes de los grandes y pequeños caciques y ni han hecho otra cosa que poblar el país, de grandes y pequeños caciques. Si aplicamos las leyes de este proceso a algún comunista de los estudiantes *"Gorky"* vendremos a la conclusión de que –si llega a ser algo y no es, como va a ser, más que un triste pasajero de alguna maniobra pública–, ese grupo será el reverso completo de su nombre y de su designación.

Y de ese grupo –si es que llega a ser algo, como muy dudosa– saldrán los capitalistas que sin grandes trabajos fecundos en producción y con solas maniobras políticas y a base de garlas y de embustes dichos a voz en cuello delante de la ingenuidad de las multitudes, construirán edificios que parecerán palacios; tendrán deslumbrados vehículos; depositarán en los bancos sumas fabulosas; serán dueños de enormes extensiones de tierra donde exprimirán el sudor de los obreros para llenar sus arcas; derrocharán en un lujo oriental y con esto seguirán llamándose sostén, apoyo y defensa de los débiles, de los desheredados y de los trabajadores, contra los ricos, contra los parásitos y contra los explotadores del sudor ajeno.

Y sobre todo y aunque naden en oro y no den a nadie nada, seguirán llamándose comunistas y recordarán que pertenecieron al *"Gorky"*. Y si alguien les pregunta en serio y a quemarropa en un instante de sinceridad, si realmente son comunistas, dirán lo mismo que Anatole France, tan gran escritor como gran farsante, dijo cuando le preguntaron si era socialista: "no, lo que pasa es que es mejor que lo llevasen a uno y que lo arrastrarán". Declaremos, pues, y a pesar de su nombre y de sus tendencias perfectamente inofensivas, al grupo de estudiantes comunistas que se llama *"Gorky"*, que si llega a ser algo, cosa muy dudosa y no muere en la política que lo engendró, acabará por ser como todos nuestros revolucionarios, el reverso completo de las palabras; y esos revolucionarios, ni son revolucionarios ni son muy temibles.

LAS TRES CRUZADAS

No ha sido arrebatada la escuela y con la escuela, nos han arrebatado a la niñez y a la juventud. Niños y jóvenes, la esperanza de la Iglesia y de la Patria, han caído bajo el golpe de la tiranía para pudrirse en la enseñanza sin Dios, de los establecimientos oficiales. Ante esta derrota no deben los católicos quedan cruzados de brazos, no deben entregarse a inútiles lamentaciones como están muy acostumbrados a hacerlo; deben entregarse a desarrollar una labor recia, entusiasta, que tenga por objeto contrarrestar en la niñez y en la juventud los efectos satánicos de la enseñanza laica. Y esto es el objeto de las tres cruzadas propuestas por *La Unión Popular* como un programa único e inmediato de acción a todos los católicos.

"La Cruzada de la Buena Prensa", tiene por objeto conseguir que tengamos periódicos fuertes por su circulación, bien presentados, bien escritos, con suficiente material de información y con elementos de sobra para vivir y prosperar. Los católicos pueden hacer que tengamos esos periódicos. Lo pueden sin grandes esfuerzos, lo pueden con esfuerzos insignificantes. Basta con que cada católico se proponga comprar un periódico católico y que secunde nuestra campaña en lo que se refiere al consumo. Basta que compre exclusivamente en las casas que se anuncian en la prensa católica y que al comprar diga que lo hace porque la casa donde se hace la compra se anuncia en los periódicos católicos. De igual manera habrá que presentarse en las casas que no se anuncian en la prensa católica y decir que se retira el consumo mientras no se anuncian en los periódicos de los católicos. Basta esto para que nuestra prensa prospere. Además habrá que declarar una guerra sin cuartel al periódico impío y no recibirlo ni tolerarlo jamás en el hogar.

"La Cruzada del Catecismo", es otra de las cruzadas: tiene por objeto hacer que todos los padres de familia lleven a sus hijos a que reciban la enseñanza del catecismo en el templo y que se enseñe el catecismo en todos los lugares y se organicen catecismos de adultos. Con esto, el veneno que la escuela laica infiltra en las almas de los niños y de los jóvenes, se podrá contrarrestar en la medida de lo posible. Y sobre todo, se combatirá la enorme, la inmensa ignorancia religiosa que se padece por todas partes en nuestro medio.

"La Cruzada del Libro", es la tercera de las cruzadas, tiene por fin limpiar todos los hogares de libros malos. Para esto cada católico debe inmediatamente hacer una busca de libros malos y sospechosos; de ser malos, los llevará a su párroco para que éste resuelva lo que debe hacerse de esos libros. Pero además se trata de que en cada hogar haya un libro serio de formación religiosa para que todos los espíritus salgan del marasmo y de la postración en que se encuentran. Porque conste que la falta casi total de serias, de hondas y de firmes convicciones, nos mantienen atados a los católicos al poste de nuestra ignominia y de nuestra esclavitud. Y para prepararnos seria y lógicamente a la magna obra de la reconquista de nuestras posiciones en presencia de los tiranos engendrados por la revolución, será preciso empezar por engendrar fuertes y vivas convicciones que nos lleven a afirmar atrevida y resueltamente, delante de tiranos y de potros y hogueras, nuestros principios.

Suplicamos a todos los periódicos católicos de nuestro país, a todos los señores párrocos y a todos los católicos, a todos los padres de familia que secunden nuestras cruzadas y que se entreguen a trabajar en ellas con ardor y entusiasmo incansables para lograr la reconstitución espiritual de la Patria.

LA EMBRIAGUEZ DE LA REVOLUCIÓN

La revolución continúa siendo en todas partes una verdadera orgía de cafres. No hay a donde volver los ojos, en nuestro país, sin encontrar las hogueras encendidas, sin oír el vocerío estridente de los caníbales y sin asistir a la inmolación, sobre la piedra de los sacrificios y el tradicional cuchillo de pedernal de la Ley, del ciudadano y de todas las altas e inviolables prerrogativas del hombre.

Hace apenas unos cuantos días el secretario de la Sagrada Mitra de Jalapa, fue asaltado y apedreado y arrojado al agua. Se asegura que ha enfermado de gravedad. Las autoridades, como siempre que se trata de atentados contra católicos, han dejado en plena impunidad el atropello.

En Ocotlán el Presidente Municipal se dio a la tarea de vejar al sacerdote católico Salvador Morán y sin llenar requisito alguno de la Ley lo aprehendió, lo retuvo en la cárcel toda una noche y sólo bajo la presión de pueblo lo puso en libertad.

Y como este hecho, se efectúan todos los días a millares.

La revolución padece de ebriedad, de despotismo, ha tocado los límites a que llegó Calígula, el día en que hizo senador a su caballo y le decretó honores de Dios.

Y no hay principio alguno de ningún género, respetable ni respetado por los revolucionarios y por el diluvio de tiranuelos salidos de la revolución.

Cualquiera que lea, por ejemplo, la Constitución de diecisiete y fije un poco su atención en el capítulo de garantías individuales y haga abstracción del desbordamiento antirreligioso de ciertos artículos, llegará a pensar, al leer las prerrogativas consagradas respecto a la inviolabilidad del pensamiento, de la palabra, de la manifestación de las ideas, del domicilio y de la libertad individual, que con ese monumento de legislación apenas habrá quien se atreva a profanar la majestad del hombre y quien llegue al extremo de violar los atributos fundamentales de la persona humana.

Pero basta asomarse a la vida real, a la pesadilla que atormenta espíritus, conciencias, voluntades, individuos y familias, para convencerse de que los conceptos más altamente sintéticos, representativos y respetables, como los de humanidad, libertad, ciudadanía, garantías individuales, se hallan colgados de la punta de las bayonetas y se retuercen sobre el potro levantado por los grandes y pequeños sátrapas que apuñalean todos los días, leyes, principios, derechos, todo lo que encuentran a su paso.

La revolución es una ebria y su embriaguez es de barbarie, de salvajismo, de retroceso a la edad de las cavernas. Ha perdido el sentido de las relaciones humanas, ha vuelto al caos donde se entrecruzaban los cuchillos de piedra y cuando la significación de la vida humana y de todas sus prerrogativas apenas era una vislumbre naciente y lejana que empezaba a abrirse paso a través de la mentalidad primitiva. Solamente así se explica que la libertad de un hombre, que su palabra, que su prerrogativa de hombre, sean ajadas, estrujadas, desgarradas con la misma naturalidad y la misma actitud tranquila con que se amarra y se apergolla un perro o cualquiera bestia. Y esto es señal inequívoca de una vuelta al imperio brutal de la fuerza física y de la ruina de los valores morales.

Si hoy nos sublevamos y cerramos nuestros puños crispados de ira, sobre las páginas de la historia, cuando desfilan delante de nosotros todos los que embriagados de victorias y con el acero en la mano rompieron entre sus dedos toda la majestad del hombre y se precipitaron ciegos de orgullo y engreídos de poder sobre los cuerpos y sobre las almas para borrar de todas partes las prerrogativas y los derechos

de la humanidad, es porque siempre que alguien corta con el filo de su espada la carne y ríe ante la sangre que borbota, no más porque es fuerte, porque se "llama león", como en la fábula de Fedro,[138] sobre todo si sabe que su víctima se halla inerme atada al poste de su impotencia; irrumpe desde lo más hondo de nuestra estructura humana un grito de maldición y de anatema, en que truenan, en que rugen todas las libertades y en que resalta, sobre todo, esta palabra que han merecido todos los tiranos: "cobarde".

En efecto, hay en esta actitud despreciativa hacia la vida humana, que es la actitud característica de todos los opresores de hombres y de pueblos, un fondo muy marcado, muy saliente de cobardía. Porque el sátrapa sabe que él se halla rodeado de legiones, como una antigua Roma; que su impunidad está asegurada; que el poder de la Ley no existe; que puede ensañarse, saciarse de sangre, embriagarse con el hedor de la carne de los oprimidos y que éstos no podrán hacer otra cosa que ver retorcerse sus brazos, descoyuntarse sus piernas, quebrarse su cuello bajo el puño cerrado de los verdugos, y esto, en el lenguaje de todos los siglos, es cobardía.

El día en que guía despavorido Nerón, buscaba ansiosamente la punta de la espada de su esclavo, para que lo matara antes de caer en manos de sus enemigos. Temblaba todo entero, porque carecía de la conciencia de su propia responsabilidad y porque le faltaron las espadas de sus legionarios.

La revolución al extender todos los días su mano armada y su brazo forrado de hierro para profanar al hombre con todas sus prerrogativas y para reírse de él, en los calabozos, padece de incurable ebriedad de barbarie y de violencia bruta y como Nerón, rompe y taja carne de esclavos, porque ha perdido o jamás ha tenido la noción de que la fuerza física, cuando se halla dentro del puño de los que gobiernan, es para hacer respetar al hombre en todos su plenitud; no para encarcelar, para profanar conciencias ni para poblar la tierra de verdugos.

---

[138] **FEDRO** (10-70). Fabulista latino de esmerada formación, elevó la fábula a la categoría literaria más refinada, si bien siguiendo a Esopo.

NUESTRA RESPUESTA

Urge que para la despiadada persecución que se ha desencadenado contra la instrucción religiosa, tengamos los católicos una respuesta. Y más que todo urge que esa respuesta sea de una eficacia fuerte y decisiva. Porque si, como en otras ocasiones, nos limitamos a lamentarnos si no hacemos otra cosa que escribir protestas más o menos enérgicas, si no hacemos más que comentar los hechos, nos quedaremos allí mismo donde nos ha encontrado la persecución.

¿Qué es lo que nosotros señalamos como eficaz? Pues la naturaleza del mal que hay que remediar lo indica claramente. Porque si lo que se pretende es evitar que Cristo penetre en la conciencia de la niñez y de la juventud y que no quede ni rastro siquiera de las tradiciones sagradas de la Patria, nosotros debemos emplear medios adecuados a impedir toda esa obra destructora.

Por eso no bastan ni bastarán las protestas; no bastan y bastarán los comentarios por eruditos y brillantes que se les suponga; no basta que se lamente lo que ocurre. Es necesario, ante todo, que nos entreguemos en cuerpo y alma, con el fuerte entusiasmo de que seamos capaces, con toda la constancia y fervor que se pone siempre en las empresas altas, nobles y santas, a hacer que por medio de una enseñanza amplia, tenaz, profunda y permanente, se arraigue la doctrina salvadora de la Iglesia, en las almas nuevas y vírgenes de los niños y de los jóvenes y de este modo el porvenir todo entero le pertenezca a Dios y sobre todo, la persecución fracase ruidosamente, totalmente, completamente.

Porque si ella se empeña en arrojar a Cristo de todas partes, pero más especialmente de la conciencia de los que son la esperanza risueña de mañana; si ella, la persecución, se aferra a la bandera de odio a la Iglesia y la acosa por todas partes para matarla, para extinguirla, para no dejar de Ella ni un remoto rastro en la vida individual y colectiva, nosotros debemos regar por todas partes, en la prensa, en la escuela, en el hogar, a todas horas, sobre todo en lo íntimo de nuestros hogares la semilla fecunda y luminosa de las verdades católicas.

Y esto es una verdadera respuesta; esto sí que hace y hará fracasar totalmente, ignominiosamente, a los verdugos del pensamiento y de la libertad de conciencia; esto es una verdadera, eficaz, contundente, salvadora y adecuada respuesta.

Por eso todos los católicos hoy, delante de la persecución, debemos hacernos sembradores de nuestros principios, debemos arrojarlos hacia todos los rumbos, en todos los surcos, por todos los medios.

Y de cada rama herida por el hacha de la persecución; de cada piedra rota y destrozada por la piqueta de los profanadores; de cada tronco mutilado por la mano de los enemigos de Dios, saldrá fuerte, viva y pujante, incontenible, nuestra fe y sobrevendrá la derrota de la persecución.
Pero entendemos que cualquiera otra respuesta que no sea ésta que acabamos de indicar, no será la verdadera respuesta, ni la que piden a gritos la realidad y los acontecimientos.

De *Gladium.*

NUESTRO NÚMERO

Hemos vivido perpetuamente aislados. Hasta ahora nos hemos empeñado en ser fuerzas sin contacto alguno, de tal manera que apenas nos conocemos los católicos unos a otros.

Y lo más grave y doloroso es que a pesar de que los últimos acontecimientos no han revelado toda nuestra inmensa debilidad y nuestra desorganización, no hemos querido darnos por entendidos.

Y continuamos encastillados en nuestro aislamiento, continuamos empeñados en vivir alejados unos de otros y ajustarnos a nuestros planes individuales según nuestros modos de ver y nuestras opiniones.

Y mientras nuestros mismos enemigos nos dan lecciones de organización y nos hacen entender que la organización es una necesidad imperiosa, nosotros seguimos agarrados a nuestra rutina y a nuestro aislamiento, por más que sabemos muy bien por una larga y dolorosa experiencia que ese sistema no puede llevarnos más que a la derrota.

Y continuamos extasiados ante nuestro número y orgullosos y satisfechos de formar la mayoría en nuestro país.

Pero también seguiremos siendo una mayoría impotente, vencida, sujeta al furor de nuestros perseguidores.

Porque el número, por grande que sea, no basta para la victoria.

El número, para alcanzar los éxitos que se buscan con él, supone, exige, pide, ser siempre un verdadero número en acción.

Y deja de ser número cuando solamente es una cantidad abstracta; pero en la realidad no vive, no actúa simultáneamente.

Y esto: obrar simultáneamente y todos, nos ha faltado.

Por esto nuestro número no tendrá valor ninguno mientras no nos organicemos.

Por el contrario, organizados seremos un valor fuerte e irresistible.

Y nuestro número se hará sentir.

Por esto la organización es la necesidad suprema de los católicos.

Así nuestro número será un verdadero número.

De *Gladium.*

EL PRECIO DE LA VICTORIA

El precio de la victoria ha sido siempre de sacrificio, de martirio y de sangre.

Los primeros cristianos pudieron arrojar a los césares y a todos los perseguidores hacia el desierto de la derrota; pero antes tuvieron que bautizar con su sangre la melena de los leones del circo y las arenas ardientes desde donde combatieron con los emperadores.

La Iglesia continúa y continuará haciendo su peregrinación a través de un desfiladero de espadas.

La mano de los fuertes se abrirá para ahogarla, como lo intentaron los primeros perseguidores y será necesario que minuto a minuto se repita el encuentro y que corazones, espíritus, cuerpos y conciencias padezcan las retorceduras de dolor y las angustias y fatigas de la pelea.

Un día será bajo el golpe de acero que raja carne de hombres inermes; otras veces en pleno erizamiento de plumas, de pensamientos y de palabras; pero minuto a minuto tendrá que repetirse, tendrá que librarse recia, honda y viva, la batalla de todos los días, de cada instante, de todos los momentos.

Y minuto a minuto será preciso que Dios aporte, es cierto, el impulso de su brazo; pero minuto a minuto será también preciso, será indispensable, será imprescindible, que cada católico aporte su tributo de dolor, de fatiga, de desangramiento, para alcanzar la victoria.

Y a pesar de nuestra cobardía, de nuestra desorientación, de nuestro miedo y de nuestra pereza, el precio de la victoria de Dios, por medio de los hombres –allí está la historia para comprobarlo– ha sido y será siempre angustia, fatiga, inmolación de carne, de espíritu y de vida.

De tal manera que mientras los católicos, entre nosotros, no aporten, no den el tributo de amargura, de lucha que debemos dar todos, la victoria no vendrá.

Nada les ha costado tanto hasta ahora a los hombres y a los pueblos como la victoria, porque la victoria es los más costoso de todo.

Nosotros hemos querido obtenerla al precio de nuestra cobardía y de nuestra inercia.

Por esto no ha venido. Tenemos que comprarla. Para comprarla tenemos que pagar íntegro su precio de dolor, de sangre o cuando menos de fatiga y de esfuerzo.

Nos hallamos colocados muy claramente ante estas dos cosas: o pagamos plenamente el precio de la victoria y lograremos tenerla en nuestras manos; o nos negamos, como ahora, a pagar el precio total y entonces deberemos pensar que estamos condenados a llevar para siempre el grillete y la señal ignominiosa de los derrotados.

Paguemos el precio de la victoria.

Hoy con un débil esfuerzo y con un sacrificio insignificante.

Mañana, de cara hacia el potro y con el cuerpo ensangrentado.

Y la victoria no tardará.

De *Gladium.*

LA COBARDÍA DE LOS PADRES

Los padres de familia de hoy, educados casi en sus totalidad en la escuela laica, que, como lo hechos dicho, es la escuela del miedo a confesar abierta y públicamente a Dios, son grandemente responsables de los estragos que está causando la enseñanza de los establecimientos de instrucción laica.

Porque hasta ahora, en cuestión tan importante y de alcance inmenso para el porvenir de la Patria, de la familia y de los individuos, los padres de familia no han hecho, ni hacen otra cosa que encogerse de hombros y renunciar prácticamente a sus derechos.

Porque renunciar a sus derechos es no tomarse el trabajo de hacer algo serio, constante, tenaz, para defender el alma de sus hijos, de la obra de extravío y de corrupción del maestro laico.

De tal manera que la intromisión del gobierno en materia de enseñanza, aunque no se justifica, ni se justificará jamás, ni ante la ley, ni ante los derechos esenciales de la personalidad humana, sin embargo, se explica al darse cuenta de que los padres de familia, en lo que toca a la conciencia de sus hijos, de su porvenir, de su vida y de su formación no hacen más que echarse en la corriente y profesar la doctrina del miedo a los poderes públicos, hoy tan en boga entre nosotros.

Más aún; todos los días no hacen más que transigir.

Saben –se necesita ser ciego o idiota para no saberlo y para no verlo– que el contacto con la escuela laica, con los textos, con los alumnos, con los profesores, en fin, con la atmósfera envenenada de los establecimientos oficiales de instrucción, contrarresta todos los esfuerzos que se hacen en el templo, en el hogar y en cualquier otra parte para orientar a la niñez y a la juventud hacia Dios; y que a la vuelta de unos cuantos años, quizá de unos cuantos meses, sus hijos han empezado a andar por al ruta del mal y de la guerra a la Iglesia. Y a pesar de esto, tranquilamente envían a sus hijos a las escuelas laicas.

Por tanto, los padres de familia saben perfectamente que en estos momentos de propaganda intensa y fuerte por el laicismo, se hallan en esta situación: o se abstienen de mandar a sus hijos a las escuelas sin Dios, o los mandan para que en ellas les enciendan el corazón y el alma en el odio a la Iglesia.

Y no vale que aleguen que no se les enseña a maldecir a Dios ni a perseguir a la Iglesia, porque esto es enteramente falso: por una parte, y por la otra, la sola indiferencia es ya un peligro terrible que equivale a una catástrofe para la vida de los que se educan en la escuela laica.

Los padres de familia deben pensar en que, o están a la altura de su deber y afirman enérgicamente sus derechos delante de la tiranía oficial; o ceden, flaquean, capitulan y entonces dejarán de ser respetables no solamente para el mismo gobierno, sino aun para sus mismos hijos, pues la familia será y es de hecho la primera en aprender y entender la lección de cobardía y de deserción, ya que los padres no saben, ni quieren afrontar sus responsabilidades.

De *Gladium.*

JUDAS

Judas se ahorcó; pero dejó una numerosa descendencia.

Judas puede reconocer entre sus descendientes a los herejes, a los apóstatas, a los que después de haber aprendido bajo la mirada de una madre o de un maestro cristiano, la doctrina del Salvador, le han hecho traición y se han atrevido a hacerle la guerra.

Sin embargo, no solamente aparece Judas entre los herejes, los apóstatas y los perseguidores; por desgracia aparece también entre los mismos católicos en muy distintas formas.

Porque se parecen mucho a Judas, los católicos que todos los días saben que los niños y los jóvenes están siendo apuñaleados, descristianizados en los establecimientos laicos; y sin embargo, después de haberle dado a Jesús un beso dentro del templo, entregan el alma de sus hijos en las manos del maestro laico, para que Cristo padezca nuevamente los salivazos y los tormentos de sus verdugos.

Se parecen mucho a Judas, los católicos que saben que el periódico católico no tiene más medios de vida que se le pague puntualmente y a pesar de esto o no le pagan nunca o le pagan tarde, de manera que cuando pagan ya sobrevino la muerte.

Y estos católicos se parecen a Judas, porque entregan a Cristo indefenso y desnudo en plena vía pública, después de matar a los periódicos que le defienden en la mitad de la calle.

Se parecen a Judas los católicos que se han comprometido a pertenecer a una agrupación destinada a la defensa de los derechos de Dios y de la Iglesia y después de contraer tal compromiso, de desempeñar tal o cual cargo o de hacer tal o cual trabajo, se echan en brazos de la pereza.

Y se parecen a Judas, porque ellos saben que sin un esfuerzo serio de organización y de trabajo y de propaganda, Cristo seguirá siendo abofeteado fuera del hogar y del templo y entregado en manos de los sayones por los mismos que lo abandonan.

Se parecen a Judas los católicos que no hacen ni han hecho otra cosa durante toda su vida, que criticar acerbamente a los que trabajan, porque contribuyen que Cristo quede a merced de los soldados que lo persiguen.

Son iguales a Judas los católicos que todos los días pagan puntualmente la prensa impía y la compran, porque con su dinero están dando clavos y flagelos para que martiricen a Cristo.

Se parecen a Judas los católicos que saben que tales o cuales individuos se dedican especialmente a perseguir a Dios y a su Iglesia y sin embargo los protegen para que prospere su negocio y para que vivan en buena situación.

Judas se ahorcó. Hizo bien. La tierra no lo hubiera soportado.

Todos los que forman su descendencia sea porque son como él o porque se parecen mucho a él, como un hijo se parece a su padre, deben pensar en hacer algo.

No les aconsejamos que se ahorquen, porque el suicidio es una infamia.

Les aconsejamos que hagan un examen de conciencia y que dejen de ser Judas.

De *Gladium.*

EL BATALLÓN SAGRADO

Nos ha sido arrebatada la escuela; la niñez y la juventud penetran a la escuela laica en vanguardias numerosas que van a perder lo único que puede hacerlos subir por encima del lodo y del cierno, hasta ennoblecerse y valer algo para Dios y para la Patria.

Sin embargo, no hemos sido totalmente derrotados. Porque si es cierto que no podemos abrir tantas escuelas cuantas sean necesarias para transfundir a Cristo en el alma radiante de la juventud y de la niñez; si bien es cierto que el despotismo del actual gobierno de Jalisco cierra escuelas y viola descaradamente el derecho sagrado de la enseñanza, también es cierto que delante de la escuela laica, delante del maestro pagado con nuestro propio dinero para corromper lo que es la esperanza de la patria, podemos todavía levantar fuertes e irresistibles ejércitos de ideas que lograrán derrotar al laicismo y a la guerra contra Dios. estos ejércitos son de ideas y de palabras.

Porque nosotros podemos y debemos oponer a la obra infame de extraviar niños y jóvenes con el laicismo, la prensa periódica, la enseñanza del catecismo y la propaganda del libro.

Mientras un maestro laico habla a quinientos niños y todos los maestros laicos hablan a centenares de millares de niños, nuestra prensa, sobre todo si la protegemos con firme y decidido empeño, podrá hablarles a centenares de espíritus y podrán combatir el laicismo con una eficacia abrumadora en todas partes, porque el laicismo es infiltrado por doquier menos en el templo.

Mientras el maestro laico siembra la semilla del mal, nuestra enseñanza por medio del catecismo y del libro soplará sobre las conciencias, arrancará prejuicios y empujará almas y cuerpos hacia Cristo.

Por eso nuestras tres cruzadas, la *Cruzada de la Buena Prensa*, la *Cruzada del Catecismo* y la *Cruzada del Libro*, tales como las ha formulado *La Unión Popular*, son en estos momentos los grandes, los irresistibles ejércitos de palabra, de pensamiento, de ideas que podemos oponer con un éxito seguro, con una victoria inevitable, al maestro laico, a la escuela laica, a la máquina de guerra del laicismo.

Nuestras cruzadas hechas millones de periódicos, de palabras que enseñen, de libros que orienten, son el batallón sagrado que en estos instantes defenderá las murallas de la Iglesia y que derrotará al laicismo a pesar de todas sus bayonetas, de todo el odio de los actuales gobernantes y de toda la revolución.

La consigna en estos momentos es ésta: todos los católicos deben incorporarse al batallón sagrado de la prensa, de la enseñanza del catecismo y del libro.

De *Gladium.*

CONTRA LA DERROTA

Los descalabros que estamos padeciendo todos los días los católicos son innumerables.

Porque todos los días, lo poco que se haga y se hace en los espíritus de los niños y de los jóvenes con el fin de encaminarlos hacia Dios, se pierde totalmente o se debilita con la acción del maestro laico.

De manera, podemos decir, que lo que se edifica en la carne y el alma de la niñez y de la juventud trabajosamente, angustiosamente, dentro del hogar del templo, es derribado, hundido todos los días por la mano implacable del maestro de la escuela laica.

Pero no solamente se nos combate a todas las horas y a cada momento dentro de la escuela laica y dentro de los establecimientos de enseñanza organizados por el gobierno; sino que también todos los días por la prensa protegida por el mismo gobierno y por otras empresas que no se preocupan poco ni mucho de los intereses de Dios y de la Iglesia, se está deshaciendo toda la obra de los padres de familia y la que el sacerdote realiza dentro del templo con el sudor de su frente, con la angustia suprema de su alma.

Y por último, el libro malo, sea en forma de novela, sea en otra forma, también todos los días, con una sola de sus páginas arranca a veces de lo íntimo de loas entrañas de las almas y de las conciencias, todo lo que maestros, sacerdotes y padres de familia durante largo tiempo y por medio de un trabajo agotante, continuando y tenaz lograron edificar en el pensamiento y en el corazón de los hombres.

Y claro es que mientras los católicos nos limitemos a sudar y a angustiarnos por edificar, sin tomarnos el trabajo de contrarrestar tenazmente, constantemente, eficazmente, la obra de la *escuela laica*, la obra de la *mala prensa* y la obra del *libro malo* nuestras derrotas serán inevitables, perderemos todos los días conciencias, corazones, voluntades y energías.

Porque todos los días nos valemos de la palabra hablada para encaminar el espíritu de la niñez y de la juventud y tenemos confianza en el éxito ¿por qué menospreciar los medios de que se valen nuestros enemigos, como son la prensa, la enseñanza y el libro, para llevar a Dios a todas partes y para combatir con los medios que la civilización ha puesto en nuestras manos?

Urge que para contrarrestar victoriosamente la obra del maestro laico, del periódico impío y del libro malo todos los católicos protejamos decididamente a la buena prensa, que la leamos, que la compremos, que la protejamos únicamente a los que se anuncian en ella; urge también que matemos al libro malo y que hagamos entrar en los hogares al libro bueno; urge que enseñemos el catecismo en nuestros hogares.

Urge, en fin, que los socios de *La Unión Popular* y que todos los católicos que de veras deseen hacer algo serio y firme por la causa de Dios y de la Iglesia, secunden nuestras tres cruzadas.

El éxito depende de que nos unifiquemos, de que sumemos nuestros esfuerzos, de que actuemos uniformemente.

De *Glaudium.*

EL GESTO DE LOS MÁRTIRES

No se necesita estar muy versado en historia para tener una convicción viva y fuerte de que la libertad se desistió victoriosamente de las garras del despotismo antiguo con la actitud gallarda, atrevida e imperturbable de los primeros mártires. Y desde entonces quedó demostrado que siempre que se plantea un problema de libertad; sobre todo en lo que se refiere a los principios de la libertad religiosa, no hay ruta que más directamente lleva a la emancipación, mejor dicho, la única que puede conducir hacia allá, es la resistencia de los de los perseguidos, la tenacidad indomable del pensamiento que es, se siente y se alza más fuerte que las inmolaciones, más alto que todas las violencias y que delante de la carne que se rompe, de la sangre que chorrea, del potro que centuplica sus martirios, queda de pie, del lado de la bandera de Cristo, el Primer Mártir y el primer vencedor de déspotas, de sátrapas y de emperadores, que supo llegar hasta el madero en que se le descuartizó.

Claro está que la posición en que se encuentra colocado el oprimido delante del poder inmenso de los opresores, que disponen de legiones de políticos y múltiples recursos, es muy delicada y crítica. Porque si el esclavo, perdida la verdadera noción de sus circunstancias y de los medios de que echa mano para desatar sus cadenas, llega a ceder en ciertos puntos de vista a trueque de conservar tales o cuales prerrogativas, o de que se le reconozcan otras y se entrega al sistema de las transacciones, tendrá que perecer víctima de las maquinaciones de sus déspotas y tarde o temprano tendrá que lamentar haber empleado estérilmente el tiempo y sentirse todavía con el fardo de su antigua ignominia reagravada con la carga de las capitulaciones.

Por el contrario, si ignorante de su verdadera situación llega a pensar que por un prodigio inesperado, bajo los pliegues de la bandera de un caudillo rebelde, sus hierros se trocarán en espadas que destrocen a sus verdugos y se lanza, se precipita por el viejo y desastroso camino de la fuerza bruta, los tiranos se sentirán llenos de regocijo, porque van a encontrar la oportunidad de desfogar su odio, de remachar las cadenas de los ilotas y cargarlos con montañas de ignominia delante de todo y de todos.

La actitud serena, atrevida y gallarda de los primeros mártires continúa siendo estela luminosa que irradia hacia todos los bordes del gran camino de la historia y que llega hasta nosotros para señalarnos con precisión y exactitud la línea de conducta. Y no es que nos empeñemos en que es preciso ser mártires, ni que sostengamos que sin mártires no podemos llegar a la reconquista de nuestras posiciones y de nuestra libertad; sino que el gesto del mártires ha sido en todos los tiempos el único que ha sabido, que ha podido triunfar de todos los tiranos, llámense emperadores, reyes, gobernantes o presidentes.

Sócrates no supo o no pudo dejar la estela luminosa por donde se puede ir hacia la conquista de la libertad, porque no supo ni pudo ser mártir en el sentido hondo, fuerte y alto de la palabra. Él se limitó a beber la cicuta sin discutir. Pero los mártires del Cristianismo se abrazan en plena efervescencia vital de inmolación y de angustia, a la afirmación rotunda del Evangelio y a la negación franca, persistente, inquebrantable de los dioses de los césares. Y así como han dejado una lección imperecedera de lucha y de victoria por la libertad a todas las generaciones.

Se dirá que no todos tienen vocación de mártires, ni que todos están en condiciones de serlo.

Nosotros que conocemos el empobrecimiento inmenso de caracteres que padecemos los católicos, estamos de acuerdo con esta objeción. Pero esto no quita el gran problema de libertad en cuya presencia nos encontramos; que la pavoroso cuestión de libertad de conciencia que se alza ante nuestros ojos y que nos señala la vía pública hecha un matadero de conciencias, pida, exija que se

empiece siquiera con una labor débilmente hostil, que se acentúe cada día más bajo el influjo del ejemplo de los mártires, se perfile de nuevo, con todas sus audacias y se proyecte sobre la frene de los déspotas y se reanude la marcha triunfal de la libertad a lo largo del desierto de la historia.

De *Gladium.*

EL QUE MUCHO ABARCA

La tarea que tenemos que realiza los católicos en nuestro país para resolver nuestros innumerables problemas es enorme. Y porque es enorme, es necesario que en lugar de realizarla de un solo golpe y de un solo intento, procuremos echar sobre nuestros hombros la carga que podamos llevar con todo éxito. Pues de otra suerte no haremos otra cosa que gastar inútilmente nuestras fuerzas sin alcanzar siquiera medianamente una aproximación al éxito.

Buscar, entre tantos problemas que tenemos que resolver, los de más urgente e inmediata solución y aplazar la de los demás; aparte de una necesidad inevitable es una regla de buen método, del cual depende el resultado satisfactorio de nuestros esfuerzos.

Esto explica que "*La Unión Popular*" en el programa que formuló para el presente año de 1926 haya procurado, por una parte, fijarse solamente en algunos de nuestros problemas, y por otra, en los que se presentan como de más inmediata y urgente solución.

Porque desde luego para nadie es un secreto que en materia de instrucción religiosa, las circunstancias en que nos encontramos los católicos son verdaderamente lamentables, hasta el punto de poder afirmar, sin temor de exagerar, que nuestro catolicismo en lo general, es sólo catolicismo de nombre y que estamos en lo general muy lejos de conocer siquiera medianamente nuestra religión.

Y esto quiere decir que ante todo debemos consagrarnos a resolver ese problema y quiere decir también que este problema es de urgente solución; en otros términos: que sin resolver este problema no se podrán resolver los demás y quien se entregue a resolver otros sin resolver éste perderá lastimosamente el tiempo.

Porque los problemas que tenemos que resolver los católicos en nuestro país, piden, exigen que cada uno de nosotros viva y actúe como católico, tanto en cuanto a hacer su influjo en la vida de nuestra Patria, como en cuanto a contribuir seriamente a libertar a la Iglesia y a las almas y a las conciencias.

Pero claro está que para esto urge antes que hagamos, un balance de nuestro catolicismo para saber a ciencia cierta, a la luz de los hechos y no de guarismos huecos tomados de las estadísticas, si realmente hay una masa de católicos vivamente penetrados de sus deberes, de sus responsabilidades, de su doctrina y que estén dispuestos a sacrificarse por sus creencias religiosas. Las últimas crisis nos han ahorrado el trabajo de hacer ese balance.

Hoy ya sabemos que si bien es cierto que México es católico, que si catorce millones de mexicanos son católicos, se trata de un catolicismo superficial, rutinario, que no ha sabido, que no ha podido, que no ha querido afrontar de cara nuestra crisis y contribuir con un contingente de acción efectiva y real, para resolver nuestros problemas. El balance está hecho. Ha arrojado un resultado desconsolador que nos ha venido a decir que no hay fuerte conciencia católica ni en los individuos, ni en la sociedad.

Y que ante todo y sobre todo hay que trabajar por formar esa conciencia. De aquí que en estos momentos debamos trabajar todos por resolver el problema de formar una fuerte, honda y viva conciencia católica individual y colectiva.

La solución de este problema es la clave irreemplazable para resolver todos los demás. Resuelto éste, natural y espontáneamente llegaremos a la solución de los otros. Escuelas, catecismo, prensa y organización: de esto vendrá lo demás insensiblemente, inevitablemente.

PARA QUE REINE CRISTO

Hoy se celebra en todo el mundo católico la fiesta de Cristo Rey. Esta fiesta se ha establecido para que Cristo vuelva a reinar totalmente en la vida pública y social de los pueblos. Porque desde hace cerca de tres siglos los abanderados del laicismo vienen trabajando por suprimir a Cristo de la vida pública y social de las naciones. Y por desgracia han conseguido mucho, hasta el punto de que las legislaciones, los gobiernos y las instituciones de los pueblos se abstienen de reconocer a Cristo su supremacía.

De una manera especial en nuestro país el laicismo ha alcanzado fuertes y grandes victorias. Se arrojó a Cristo de las leyes, de las escuelas, de lo parlamentos, de las cátedras, de la prensa, de la vía pública, en una palabra, de todos los puntos dominantes de la vida pública y social. Y hoy se trata de restablecer el reinado público de Cristo, sobre los despojos del laicismo totalmente fracasado como sistema de vida, de política, de gobierno y de orientación para los pueblos.

Lo importante de la fiesta de Cristo Rey no consiste solamente en que se le proclame –como se le va a proclamar– Rey soberano de la vida pública y social. No, porque si la proclamación de la realeza de Cristo es cosa soberanamente importante, más importante aún es que los católicos entendamos nuestras responsabilidades ante el reinado de Cristo.

Porque Cristo no necesita de nosotros para fundar su reino y para extenderlo por todo el mundo; pero si no necesita de nosotros, ni de nuestras vidas, sin embargo, ha querido establecer su reinado por medio de nosotros, de nuestros esfuerzos, de nuestras luchas y de nuestras batallas. Y esto hay que recalcarlo hoy. Porque si los católicos seguimos desorientados en este punto corremos el peligro de que jamás se establezca el reinado de Cristo en nuestra patria.

Debemos, pues, tener entendido que Dios, que Cristo, pide, exige, quiere que cada uno de nosotros, en la medida de sus fuerzas, trabaje vehementemente por establecer el reinado de Cristo en la vida pública. Y esto no se conseguirá con seguir encastillados dentro de nuestras iglesias y dentro de nuestros hogares.

El reinado público de Cristo exige que los católicos hagamos sentir la acción de nuestro pensamiento, de nuestra palabra, de nuestra pluma, de nuestros trabajos de organización y propaganda. Y esto debe hacerse en la vida pública, en pleno sol, en plena vía pública, hacia los cuatro vientos y debe hacerse por todos.

Porque todos, absolutamente todos los católicos podemos y debemos hacer algo para restablecer el reinado de Cristo; unos en una forma, otros en otra; unos con su talento, otros con su esfuerzo; pero todos deben procurar desde hoy hacer algo serio, constante y coordinador por el restablecimiento del reinado público de Cristo.

Hoy lo proclamamos Rey, lo reconocemos como Rey; pero necesitamos jurarle que dejaremos nuestra vieja actitud de momias de sacristía y de enterrados vivos en nuestros hogares y que a partir de este día glorioso haremos que todas las fuerzas católicas desemboquen en la vía pública para que Cristo reine en la prensa, en el libro, en la escuela, en las organizaciones, en las instituciones, en una palabra: en la mitad del corazón del pueblo y en la mitad de todas las corrientes de nuestra vida pública y social.

A PEDRADAS

Hasta ahora nos hemos empeñado los católicos en combatir por los intereses de Dios y de la Iglesia, con armas y con medios muy desiguales. Hemos opuesto a los múltiples y nuevos eficaces recursos de nuestros enemigos los viejos recursos de la táctica antigua, que hoy ya no pueden dar más que resultados pobrísimos y llevarnos a la derrota. Porque a causa de nuestra posición de católicos hemos sido y nos encontramos armados soldados del ejército de dios y de la Iglesia. Y por esto las batallas que tenemos que reñir son batallas de ideas, batallas de palabras, batallas de organización, batallas en que tienen que tomar participación fundamental los medios de propagar las ideas y los sistemas y los recursos para atraer a las masas y para conquistarlas. Y la época moderna desde este punto de vista cuenta con procedimientos y armas que han sido forjadas por la civilización y que tienen un alcance sorprendente y dan la victoria con un mínimo esfuerzo. Porque antiguamente para que una idea pudiera abrirse paso y ganar conciencias, era necesario hacer esfuerzos desesperados para hacerse sentir y solamente de unos cuantos. Hoy un hombre concibe una idea, un sistema, un programa, lo escribe en letras de molde sobre las hojas de un periódico o de un libro y a los pocos días, quizá a los pocos minutos, ha sacudido todos los espíritus y ha logrado penetrar a todas las conciencias.

Hoy todos los abanderados de las escuelas filosóficas y religiosas, de programas de política o de organización social, llevan debajo de su brazo el libro y el periódico para arrojarlo sobre el surco inmenso del mundo y siembran verdades o errores con más rapidez que el cielo riega los campos y con la velocidad misma del relámpago. Y la victoria desde mucho tiempo a esta parte ha sido y continúa siendo de los que se han apoderado de la nueva estrategia creada por la civilización moderna y ha confiado a ella, a la estrategia, el triunfo de sus sistemas y de sus ideas. Los católicos, sobre todo en nuestro país nos hemos encastillado entre tanto, en apoyarnos en la antigua estrategia, en la de los gritos, en la sola predicación, en la raquítica enseñanza del Catecismo. Y hemos dejado la prensa católica, el libro, la escuela, la organización, la hoja suelta, la tribuna pública. Y las consecuencias no se han hecho esperar. Hemos sido derrotados. Nuestra estrategia vieja, enmohecida, rutinaria, explica cuando menos en parte nuestros descalabros. Por eso urge que hoy mismo los católicos cambiemos de frente en lo que se refiere a nuestra estrategia. Echémonos en brazos de las nuevas y poderosas máquinas de la nueva estrategia. Agarrémonos ansiosamente de la prensa católica, del libro, de la escuela, de la organización y de todas las armas modernas lícitas. Y esto sólo, nos pondrá en marcha hacia la victoria final. Porque si continuamos combatiendo a pedradas mientras nuestros enemigos nos combaten con ametralladoras y a cañonazos no haremos más que perder ridículamente. Por tanto, los católicos que quieran luchar con la segura esperanza en el éxito, deben armarse con las armas modernas y nobles de la civilización. Los que quieran seguir siendo derrotados y llevar el grillete de los esclavos que sigan combatiendo a pedradas.

HOY MISMO

Un paso al frente. Esto deben hacer todos los católicos para restablecer el reinado de Cristo en nuestra patria. De sobra sabemos que no ha bastado que llenemos nuestras iglesias y nuestros hogares con incienso, con plegarias y con el resplandor encendido de los cirios. De sobra sabemos que no basta seguir viviendo enterrados en los rincones de nuestras casas y de nuestros templos. De sobra sabemos –por una larga, sangrienta y brutal experiencia– que no basta rezar y entregarse a las prácticas de las ceremonias del culto.

Porque todo esto hemos hecho. Y sin embargo, Cristo no reina en la vía pública; Cristo no reina en la calle; Cristo no reina en las escuelas; Cristo no reina en los parlamentos; Cristo no reina en los libros; Cristo no reina en las universidades; Cristo no reina en la vida pública y social de nuestra Patria.

Quien reina allí es Satanás. Porque allí –en la calle, en la plaza, en la tribuna pública, en la escuela, en el libro, en el periódico–, se siente el vaho de Satanás; se siente el resoplido del infierno.

Y esto a pesar de que hemos orado, de que hemos rogado, de que hemos dicho y cantado plegarias en nuestras iglesias y en nuestros hogares. Y esto precisamente porque no hemos rezado en la vía pública; porque no hemos rezado ni le hemos cantado a Dios en la escuela, en la tribuna pública, en la calle, en la plaza, en el parlamento. Y esto porque nos hemos empeñado en arrinconar a Cristo por miedo al aire, por miedo a los verdugos.

Y desde hoy, si queremos que reine Cristo, si queremos de corazón que se empine sobre los hombros de la Patria; si queremos que sea Rey supremo de la vida pública y social de nuestro país, debemos echar hacia los cuatro vientos, hacia la calle, hacia la vida pública nuestro pensamiento, nuestra palabra, nuestras plegarias, nuestros esfuerzos.

Y esto debemos hacerlo, no mañana, no cuando la punta de las bayonetas se hayan inclinado; no cuando la vía pública deje de estar erizada con las espadas de los perseguidores; sino hoy mismo; desde este día, desde este minuto. Y debemos hacerlo todos.

Porque nadie tiene el derecho de negarse a restablecer el reinado de Cristo. Y por esto nadie tiene el derecho de permanecer arrinconado. Nadie tiene el derecho de permanecer con los brazos caídos. Nadie tiene el derecho de encastillarse en las iglesias y en los hogares.

Todos tenemos obligación de salir a la vía pública para desalojar a Satanás; para quebrar todas sus banderas, para desgarrar todos sus pendones y para hacer que por encima de sus astas rotas y de los despojos de las banderas de Satanás, pase victorioso Cristo y establezca su reinado para siempre.

Pero salgamos de nuestra equivocación.

Para que reine Cristo en la vida pública y social, vosotros debemos rezarle, cantarle a Cristo en la vida pública; debemos saturar el ambiente con nuestros gritos, con nuestras plegarias, con nuestros pensamientos, con nuestra palabra, con nuestra acción y con nuestras organizaciones. De otra suerte continuarán sintiéndose los resoplidos del infierno y Satanás seguirá llenando la calle y la vida pública.

Hoy mismo todos los católicos, un paso al frente. Un paso al frente para restablecer el reinado de Cristo. Y para llenar la vía pública con nuestros rezos, con nuestros homenajes. Y hoy mismo en medio de las picas y de las espadas; en medio de los puños y las bayonetas de los verdugos.

EL MIEDO DE LA LIBERTAD

Se ha dicho y con razón, que todos los gobiernos han tenido y tienen sus dogmas, es decir, ciertos principios consagrados como intocables, como indiscutibles y que serán y han sido definidos con el hierro y con el fuego.

Esto que es una verdad fuera de toda duda respecto de los gobiernos, que por su mentalidad y su pensamiento central van en derechura hacia el bien común y hacia el respeto a la ley, es también exacto al tratarse de los gobiernos que no tienen más razón de existir que el deseo más o menos tenaz de permanecer en las alturas. Y esas dos clases de gobiernos tienen sus dogmas, con la diferencia de que los primeros descansan sobre postulados que arrancan directamente de la corriente rica y fuerte de los pueblos, en tanto que los segundos toman como punto de apoyo la espada caída sobre el cuello de los ciudadanos.

Roma tenía sus dogmas y los sacó de entre las efervescencias de la carne y de la sangre de su propia vida hasta el día en que rendida bajo la carga de sus conquistas y abatida por el fardo de sus propias ignominias y de sus orgías, vio aparecer a aquellos Césares que hicieron de la púrpura y del cetro un instrumento de sus caprichos y un potro para los que se atrevían a no pensar como ellos.
Y la historia se repite y sigue su marcha, desde este punto de vista por el mismo sendero; los gobiernos que buscan ansiosamente el bienestar colectivo y saben y quieren respetar las prerrogativas fundamentales del hombre dentro del funcionamiento del engranaje complicado de la máquina política y social, llevan en alto, plegada entre sus manos, la bandera en que han inscrito el dogma o los dogmas que son la raíz de su vitalidad y de su florecimiento del engranaje complicado de la máquina política y social, llevan en alto, plegada entre sus manos, la bandera en que han inscrito el dogma o los dogmas que son la raíz de su vitalidad y de su florecimiento, en tanto que los gobiernos que no son ni han sido más que superposiciones violentas que se han dado y se dan a desarrollar un plan acabado de exclusión de las de las mayorías, reafirman delante de todos su dogma central, la tiranía.

Los tipos históricos de tiranos célebres han sido estudiados de cerca por los críticos y nada tan fácil como señalarles como carácter distintivo aquella especie de tormento interior que hizo de Oliverio Cromwell[139] un espíritu predominantemente receloso. Esto explica no pocas veces las exageraciones que se advierten en la interpretación de las actitudes de los súbditos y la precipitación con que llegan a ser juzgados sus actos. De aquí se sigue también que cualquier manifestación más o menos marcada de oposición y de hostilidad hacia los poderes públicos tenga que encontrarse al paso, aunque haya sido consagrada y establecida por la ley como un medio de hacer algo real del movimiento democrático contemporáneo, con las espadas de los legionarios desenvainadas, con el gesto adusto de los pretores y con la actitud amenazadora del César.

Y es que está en peligro el dogma supremo: la exclusión de las mayorías y como se sabe que toda palabra que se pronuncia al oído del pueblo, toda frase que se traza sobre un pergamino y toda actitud gallarda del esclavo, puede ir a parar no precisamente a una sublevación armada, pero sí a un derrumbamiento bajo los golpes de la opinión expresada en las urnas electorales, se procura cerrarles el camino a todas las manifestaciones que no vayan a apuntalar y a reforzar el andamiaje de la tiranía. Y todos nuestros gobiernos a partir del día en que se hizo la consagración de las formas democráticas, han estado siempre con los ojos desorbitados ante el fantasma, ante el espectro del miedo a la libertad.

---

[139] **CROMWELL**, Oliverio (1595-1658). Estadista inglés, destronó la dinastía de los Estuardo e instauró un régimen republicano en Inglaterra. Protestante puritano y anticatólico.

Nuestra democracia ha sido imposible porque los de arriba han hecho imposible lo que llamaríamos la gimnasia cívica que hace de cada ciudadano una fuerza cívica que hace de cada ciudadano una fuerza viva, consciente, equilibrada, como el griego que Rodó pinta en *Ariel*, compenetrado de las verdaderas necesidades de su país y del valer personal de sus compatriotas y en posesión de un hondo sentido de la realidad y de la acción que es impulso vital, permanente dirección y ruta para los destinos colectivos. De este modo no ha habido ni puede haber ciudadanos en el sentido real substancial del vocablo. En tanto que arriba, en la cúspide de donde se trazan caminos para el pueblo no ha habido ni a podido haber más que césares moldeados en la vieja arcilla de que fueron hechos los Tiberios y los Calígulas.

Por tanto, la tiranía, que es un problema de gobierno, es un problema que plantea el miedo a la libertad. Más aún; la tiranía es un sistema de gobierno que conduce, que hace indefectiblemente que se oscile entre el miedo de los que gobiernan y el miedo de los gobernados.

Ese miedo es el que ha aconsejado a Ramón Ross,[140] actual Gobernador del Distrito Federal, las medidas últimamente tomadas contra las juntas de la Liga Nacional de Defensa Religiosa, contra la circulación de su manifiesto y aun contra la circulación de cualquier otra hoja que trate de la nueva institución.

Y hay que decirlo; por más que nos encontremos a una enorme distancia de su realización: la democracia en nuestro país, solamente llegará a ser una verdad en nuestra vida real, y no solo una teoría, cuando el miedo a la libertad deje las alturas del poder y se le abran rutas francas a la corriente de la opinión pública hecha legión de ciudadanos que participen en la orientación y el encauzamiento de la vida nacional.

[140] **ROSS**, Ramón (1864-1934). Político mexicano de filiación *callista*, fue diputado del Congreso Constitucional y participó en las Conferencias de Bucareli.

EN MITAD DEL CORAZÓN

Las adiciones hechas últimamente al Código Penal Federal no tienen otro objeto que apretar reciamente la mordaza que la revolución ha querido ajustar a todas las bocas que pueden gritarle a los cuatro vientos sus miserias, sus fístulas y sus crímenes. De una manera especial la prensa periódica va a recibir de acuerdo con esas modificaciones, un golpe muy rudo. Porque en lo sucesivo la prensa confesional no podrá emitir su opinión acerca de la actitud del gobierno en asuntos de interés general. Y esto, claro está, es ponerle una mordaza a la prensa y, sobre todo, a la conciencia y a la opinión pública. Porque no nos hagamos la ilusión. La conciencia en nuestro país es confesional, es decir, es intensamente religiosa pese a quien pasare. La conciencia es la retaguardia de la opinión. Y la opinión no es, no puede ser más que un reflejo más o menos vivo de la conciencia. Y a pesar de todos los esfuerzos y de todos los sofismas hechos para desgajar el árbol de la vida, individual y colectiva, la política y la religión ambas continúan estrechamente unidas cuando menos en lo que se refiere a la esencia de los principios y a las bases hondas de donde arrancan el pensamiento y las actitudes integrales de los pueblos.

La revolución, es decir, el gobierno actual, se propone, según parece, cerrar apretadamente todos los labios de los creyentes; se propone amarrar todas las plumas de los católicos; se propone ahogar todos los pensamientos y colocarse en una posición de Júpiter[141] de manera que ante él, solamente los laicos, solamente los que han expulsado de su conciencia y de si opinión a Dios pueden decir su palabra respecto a los actos del gobierno.

Resalta de nuevo y por centésima vez la contradicción: los revolucionarios proclaman y han proclamado hacia todos los rumbos la muerte, la extinción de la fuerza moral de los católicos y de su influjo sobre el pueblo. Si así es ¿para qué amordazar a la prensa confesional? Para atar de pies y manos a los más irreductibles enemigos de la revolución. Esto es todo.

Porque de sobra se sabe que si hay quien no capitule ni capitulará frente a las banderas de la revolución es la prensa católica, es el pensamiento católico. Todos los demás, llámense portaestandartes del pensamiento en las escuelas o en la prensa, encuentran siempre motivos serios para arriar su bandera delante de los fuertes, entregados a las orgías de canibalismo donde hoy se asfixia y naufraga la libertad en nuestra patria. Solamente el catolicismo encuentra y encontrará siempre motivos lógicos para mantenerse erguido y de frente delante de los desfogues y de las intemperancias salvajes de la revolución. Más aún: solamente el Catolicismo tienen en cada conciencia: en la individual y en la colectiva, en nuestro país, un fuerte y recio dominio interior.

De manera que una prensa católica vigorosa y de alcance nacional, tarde o temprano tendrá o tendría que juntar todas las miradas de chispas de pensamiento que arden aún bajo el rescoldo inmenso de nuestras catástrofes echar a andar como si fueran diez millones de antorchas encendidas y apretadas por un solo enorme puño, una opinión pujante y viva que desquiciara inevitablemente la revolución. Por esto, por más que se trata de un alarde de fuerza incontestable, al adicionar el Código Penal con eso que se puede llamar la ley de la mordaza, como en España se llamó la del Candado a una ley parecida, es preciso subrayar, recalcar este hecho: la revolución tiembla delante del porvenir, de su porvenir y de su suerte.

---

[141] ***Júpiter***. Mitología griega. Identificado con el Zeus de los griegos, es el jefe del panteón romano, de la luz divina y del rayo.

Hoy como ayer, la revolución abre desmesuradamente sus ojos inyectados de sangre y de barbarie ante la pensa, sobre todo, ante la prensa periódica. Por instinto sabe que la prensa periódica ha venido a ser a la vuelta de los años, la institución más altamente democrática que existe. Porque la prensa periódica podrá alguna vez tergiversar sus destinos propios, pero su esencia misma es la democracia del pensamiento, por ser la democracia de la palabra. Dios ha sido y es el primer demócrata: abrió su mano y echó a soplar el viento para todos los pulmones. Trazó con sus radiantes pinceles los crepúsculos las auroras y todos los días se hartan nuestros ojos con la policromía de cuadros vivos y palpitantes que todavía no han sido soñados ni por Velázquez ni por Rubens. El aire, el sol, el mar, son permanentes testimonios de la democracia de Dios. la imprenta, como el sol, como el agua, como el viento, cruza hoy, por encima de todas las frentes y de todos los caminos y lleva a la cabaña, a los palacios, a los talleres y a los gabinetes de los sabios, el aliento oxigenante de la palabra que lleva sobre el invisible plumaje de sus alas rápidas, como el relámpago, el cabrilleo radiante del pensamiento.

Antiguamente los grandes pensamientos de los grandes maestros no salían de los límites estrechos de una escuela, solamente los iniciados podrían quedar extasiados frente a la corriente de luz que fluía de los labios de los oráculos de una escuela. Hoy la prensa periódica, como riego de sol, como lluvia que va a todas partes, arroja el pan del pensamiento a todos los caminos y a todos los talleres. La prensa ha venido a ser por esto, una institución democrática por su esencia, por su naturaleza. Se la podrá matar o se la podrá amarrar: pero habrá que preguntarse por qué se la mata y por qué se la amarra. Y la respuesta la encontramos en los mismos hechos: la matan y la amarran los que tienen que la democracia los arrojaría hacia abajo.

Para descubrir a un déspota, a un tirano, a un violador empedernido de la democracia, no hay más que buscar en sus manos para averiguar si lleva señales de perseguidor de la prensa periódica. Porque si se han manchado las manos con atentados a la prensa periódica, decimos a ojo cerrado: es un tirano y se halla indiscutiblemente en el polo donde viven y vegetan los irreconciliables enemigos de la democracia.

El golpe que de una manera especial se le asesta a la prensa periódica, en las adiciones al Código Penal Federal, es un golpe que se le da en la mitad del corazón a la democracia. Porque nadie puede herir a la prensa periódica sin herir a la democracia.

CON LA FRENTE HACIA EL CÉSAR

Las deserciones frente a los tiranos no llevan a otra parte que a robustecer el régimen que oprime y pesa, como fardo de piedra, sobre las conciencias y las voluntades. De aquí que la posición en que se encuentran colocados los pueblos y los hombres, delante de sus déspotas, es de tal naturaleza que las actitudes intermedias, las contemporizaciones y aún la sola indiferencia, constituyen un factor de robustecimiento de los opresores.

Estar, pues, del lado de César, sea cual fuere el motivo que se invoque, sea por temor, sea por conveniencia, sea por cualquier otra cosa, es estar incorporado de hecho, prácticamente, a la masa del poder, de bayonetas que angustian y estrechan la libertad en la cárcel de la ignominia.

Encogerse de hombros en presencia de la espada que busca tenazmente y hiere el brazo de los ciudadanos, para saciarse, para beber su sangre, para reducirlos a la servidumbre, es también estar con el César, cuando menos porque se ha desterrado del lado de los que padecen hambre de justicia y sufren sobre sus hombros llagados la carga erizada de púas, de los caídos, de los parias.

Colocarse del lado de los esclavos, con la frente levantada, aun cuando se lleven fuertes y pesadas cadenas sobre las manos y gritar hacia los cuatro vientos de la tierra, que las conciencias, que los pensamientos, que loas palabras, que el alma de los ilotas, condena, maldice, anatematiza a los opresores, es la única actitud digna, la única que no merece un fallo de ignominia y de vergüenza, el día en que la historia ponga en uno de los platillos irrompibles de su enorme balanza, la jerga tosca y obscura de los oprimidos y en el otro, el puño ensangrentado de los profanadores.

Las tiranías jamás se han contenido con el dique del servilismo y de la transacción; jamás se han roto ante el gesto suplicante de los que carecen de la íntima conciencia del derecho, de la plenitud moral de la personalidad humana y padecen el viejo error, el pobre, el infundado prejuicio de que hay que extender el brazo para solicitar respeto y lástima para el cuerpo magullado, para el alma torturada de los vencidos.

Cuando el despotismo antiguo tropezó con Sócrates, que no supo, que no pudo sentirse y ser más alto, más grande, más fuerte que las espadas del Estado griego, mató estérilmente para la libertad a un hombre y si bien es cierto que la historia ha desenterrado a ese muerto y ha hecho que todos de lejos o de cerca lo saludemos, la tiranía pagana continuó su marcha victoriosa rodeada de sus legiones y de sus capitanes.

Pero cuando ese Estado pagano, en el país, llegó a ser más pujante y viva expresión, su síntesis y su poder más alto, tropezó no con el mártir griego desmayado en Atenas bajo el sopor mortal de la cicuta, sino con el mártir cristiano que había aprendido a alzar su frente delante de los verdugos del pensamiento y de la conciencia y quedar de pie, a pesar de todos los gestos de furor de los Césares y de los aullidos de las fieras y de los gritos estruendosos de las muchedumbres, en el circo de Roma; la tiranía se sintió herida de muerte, porque unos cuantos hombres, salidos de las excavaciones unos, otros venidos, sin los ejércitos de Alejandro, ni con las huestes de Pirro[142], de lejanas tierras, sin más poder que su atrevimiento apoyado en sus principios religiosos, quisieron aceptar de cara hacia el César el encuentro en que chocaron la libertad y la cuchilla de los verdugos, el derecho y los caprichos de los señores del mundo; y aunque la violencia del potro, el filo de la espada, los dientes afilados de los

---

[142] **PIRRO** (318-272 a.C.). Rey de Epiro, que ganó a los romanos la batalla de Ausculum, con graves pérdidas en su propio ejército.

leones atasajaron la carne y quebraron los huesos y desarrollaron el cuerpo de los soldados de la libertad, por primera vez en la historia un solo hombre, un esclavo, una mujer, un joven, no pocas veces un niño pudieron reír sobre la impotencia de todos los déspotas para rendir una voluntad que sabe atrincherarse en sí misma, hacer de su cuerpo y de su espíritu y de su carácter una barricada y resistir sin alzar el brazo para herir a sus verdugos, pero sí alzando enhiesto y vencedor el cuerpo, alcanzo alto e irreductible el pensamiento, ante la ignominiosa audacia de la fuerza bruta.

Búsquese el rastro por donde vino la libertad al mundo en el desierto inmenso de la historia y sólo se encontrarán víctimas, esclavos y parias, allí donde nadie se atrevió a hacer de su propia conciencia y de su personalidad un atleta erguido sobre la arena del circo, en pleno reto a las turbas enloquecidas por la fiebre de sol y de sangre y ante los Césares que, para valernos de una frase célebre de Wagner,[143] habían "sentido la saciedad de lo divino". Escárbese cerca de las catacumbas y se encontrará toda una montaña de mártires que supieron, que pudieron rendir al despotismo, solamente con su cara vuelta hacia el emperador y apoyados en su propia conciencia, iluminada y sostenida por el gesto sublime del primer mártir de la libertad.

Hay que alzar un muro de conciencias fuertes, de voluntades recias, de caracteres que sepan derrotar a la violencia bruta, no con el filo de la espada, sino con el peso irresistible y avasallador de una conciencia que rehuye las capitulaciones y espera a pie firme todas las pruebas.

[143] **WAGNER**, Richard (1813-1883). Compositor alemán de formación autodidacta, concibe en el drama musical la idea romántica de la obra de arte integral.

ES UNA INFAMIA

La tala y el incendio de los valores materiales de un pueblo, son hechos que tienen una significación de arrasamiento y de ruina. Esto explica que pese sobre el espíritu de todos los hombres de gobierno la preocupación de que hay que conservar y defender las fuentes de riqueza material.

Sin embargo, preciso es reconocer que hay un arrasamiento de alcance más hondo y de significación más funesta para las sociedades: el arrasamiento de sus fuerzas y de sus reservas morales.

Porque desde luego entre todos los valores que sirven para edificar y sostener una sociedad, hay una íntima, una estrecha relación, de manera que si no se anudan, si no se entrelazan y se apoyan en virtud de amarres fuertes de solidaridad recíproca todos los factores del orden social, el desmoronamiento sobrevendrá inevitablemente.

Por tanto, es funesto que todas las corrientes de energías sociales vayan a desembocar hacia el sol esplendor material y que se deje pudrir el alma de los individuos y de los pueblos en la cloaca de la inercia y de una orgía de disipación y de deleite; pero más funesto es aún que llegue un momento en que las leyes y sobre todo, la actitud y la obra de los gobernantes, talen, derriben y dispersen los valores morales. La supresión de valores morales ha significado siempre la bancarrota de las sociedades y todos los demás valores artísticos, científicos, intelectuales, económicos, se precipitan hacia su derrumbamiento allí donde han sido arrancados por la ley o por falta de respeto a los principios legales, los soportes en que descansan el esqueleto y la armazón de los pueblos.

Se podrá disfrutar por más o menos tiempo con un esplendor puramente exterior la podredumbre que corroe y pudra las entrañas de un país y deslumbrar con un derroche intenso de elevación económica y material, a los espíritus superficiales, pero tarde o temprano sobreviene la crisis definitiva y entonces nada ni nadie contendrá el desquiciamiento.

Al siglo de Luis XIV[144] muchos le han llamado el siglo de oro de Francia. Rodeado el soberano de artistas, de literatos, de capitanes, de hombres, de estado eminentes, de un lujo centelleante, parecía presidir la civilización en su marcha triunfal, en tanto que los más célebres poetas, oradores, escritores, pensadores y generales de ese siglo formaban la escolta del monarca francés. Todavía hay miopes que para justificar y defender los gobiernos absolutos, vuelven sus ojos hacia el reinado de Luis XIV, para encontrar en el esplendor y en el poderío de ese soberano un argumento decisivo a favor del absolutismo. Lo cierto es que observadores atentos, serenos y desapasionados han llegado a decir que aquel rey había hecho de sus escándalos instituciones públicas. Y la verdad de las cosas es que las fuerzas morales, durante el reinado de Luis XIV padecieron desgastes tan hondos y tan fuertes que no muy tarde sobrevino la enorme, la inmensa quiebra de la revolución francesa que se encargó, como todas las revoluciones, de sacar a flor de realidad la miseria de todos: de los de arriba y de los de abajo y por encima de todos ellos la ruina, el debilitamiento, el hundimiento de todas las fuerzas morales.

Se ha dicho que toda revolución es un balance que se elabora subterráneamente y arroja de un mundo inesperado su saldo de sangre sobre la cara de hombres y de clases sociales; sea de esto lo que fuere, lo cierto es que toda revolución es un índice incontestable, una señal inequívoca, un estigma de bancarrota, de los valores morales. Porque en toda revolución entran en lucha enconada los apetitos de la bestia desbocada y los soportes de equilibrio moral; y si éstos, en el día de la prueba, están flacos y

---

[144] **LUIS XIV**, *el Rey Sol* (1638-1715). Rey de Francia, desarrolló una política absolutista, favoreció a la burguesía, centralizó la administración y reorganizó las finanzas.

carcomidos, el derrumbamiento será inevitable. Y aparte de esto, continuará, si no se hace sentir un esfuerzo serio, tenaz y enérgico de resistencia, el arrasamiento de todas las fuerzas morales. Vendrá la postración y detrás de ella la parálisis.

Mucho pierde, por tanto, la trama económica del país, con que todos los días en nombre de la redención de los desheredados, se amedrente a todas las fuerzas productoras y se provoque así la interrupción de las labores de reconstrucción de las fuerzas económicas de la patria; pero nadie puede medir todo el alcance que tiene el hecho de que de una manera especial los que gobiernan entren a saco en leyes, derechos, prerrogativas, posiciones morales indiscutiblemente respetables, consagradas por leyes y por principios altos de organización social, pues cuando esto sucede y se ve rodar a las fuerzas morales, apuñaleadas, arrastradas por calles y plazas, se siente el vaho de las cavernas, una especie de vértigo material, artístico y social y el caos cierra su fila de sombras en torno de conciencias, de cuerpos y de espíritus; llega a suceder que estrechamente abrazadas y heridas por un vértigo común, caen las reservas morales juntamente con las energías económicas y la ruina sea consumada.

El patrimonio material podrá ser reparable a la vuelta de un plazo breve o más o menos largo, cosa que no sucede con el patrimonio moral, pues éste exigirá largas y hondas rectificaciones, esfuerzos inmensos para reconstruirse y rehacer.

La revolución actual tiene un saldo de arrasamiento de fuerzas materiales, enorme, incalculable, pero su saldo de tala e incendio de valores morales, de reservas espirituales, no tiene medida ni límite. A la vuelta de varios años, habrá sido posible reparar las pérdidas económicas. Pasarán, sin embargo, muchos años, y todavía abrumados, desconcertados ante la ineficacia de las leyes y de las fuerzas morales, predicada, sostenida, reafirmada puñal y bayoneta en mano por la revolución, seremos náufragos sin brújula, sin remos y sin esperanza de puerto, ni de bonanza.

Ya es un crimen sin nombre que la revolución para tener recursos y predominio políticos, esté arruinado todas las reservas económicas, pero que mate en plena vía pública, como lo está haciendo, las reservas morales, es más que un crimen: es una infamia.

LA TÁCTICA DE HOY

La mano de los perseguidores no se fatiga ni se cansa. Sigue asestando golpes sobre la libertad de conciencia y aprieta hoy más reciamente que nunca los grilletes que tiene puestos al pensamiento y al espíritu del pueblo. Porque a pesar de todo y de los esfuerzos brutales y sistemáticos de descatolización, sentimientos, mentalidad, direcciones centrales de las almas, en fin, todo, continúa, siendo católico. Y la persecución se aferra en herir, en tasajear lo que es el nervio vivo, el resorte pujante de la vida interior de nuestra nacionalidad.

Con todo, debemos reconocer que el delirio actual de persecución es una brillantísima oportunidad de que se deje sentir todo el enorme, todo el gigantesco significado de realidad avasalladora e innegable que tiene el hecho de que los católicos forman la inmensa, la abrumadora mayoría del país. Y para hacerlo sentir, no se necesitan espadas, ni bayonetas; no se necesita de los comicios, ni de luchas electorales: basta hacer marchar la realidad, basta hacer marchar los hechos, basta poner en marcha a esa mayoría para que dé una carga recia de parálisis. No hay mejor manera de demostrar que el aire constituye un elemento esencial para la vida, como suprimirlo. Mucho antes de que sobrevenga la asfixia total, todos los labios se abrirán demacrados y ansiosos para proclamar al aire factor irremplazablemente vital.

Un procedimientos un tanto raro, un tanto extraño, pero siempre en todas partes eficaz, insuperablemente decisivo, para rendir a los déspotas y quebrantar sus caprichos, es el que consiste en apelar al recursos de atentar contra la propia vida. La célebre abanderada del feminismo inglés apeló a este recurso y se condenó a no comer, el día en que fue aprehendida. Al día siguiente o muy poco después fue puesta en libertad, porque su tenacidad en privarse de alimentos rindió, fatigó a sus perseguidores.

El caso de Alcalde de Cork, es relativamente más reciente. Este joven irlandés en los días en que ardió más enconadamente que nunca el debate de emancipación entre Irlanda e Inglaterra, se condenó también a la huelga del hambre y murió. Su actitud llegó a ser de significación mundial. Fue discutida por moralistas, teólogos, políticos y filósofos. Entre tanto él, delante de la muerte a la cual él mismo por su propia determinación se había condenado, altivo, arrogante, hermoso, deslumbradoramente bello, porque estaba resuelto a acabar más bellamente que como lo deseaba Heda Gabler en un libro de Ibsen y no como un suicida, sino como un héroe radiante de la libertad cristiana, contaba los pasos de la muerte y al mismo tiempo veía en derredor suyo a centenares de millares de esclavos que se agolpaban en su calabozo, que se arrodillaban a todas horas para que el martirio de la huelga del hambre fuera fecundo y vislumbraba el incendio del horizonte y sentía que una mano, la mano de la libertad, se posaba sobre su frente. Poco tiempo después de la muerte del insigne Alcalde de Cork, Irlanda daba un paso gigantesco en su liberación.

La nueva táctica de combatir contra los profanadores de la libertad, contra los violadores del derecho y de la majestad de la conciencia, se ha orientado por rumbos antes totalmente desconocidos. Hasta hace poco tiempo solamente se pensaba en matar y en reclutar batallones. En seguida se alzaba la bandera de la rebeldía y se derramaba sangre de hermanos. Hoy se va por otro camino. En Irlanda se fue por rumbos ignorados. Es cierto que Catón de Utica se mató poco antes que César lo hiciera prisionero y después de leer las páginas inmortales de *El Fedón*, que trazó la pluma encendida del genio de Platón. Sin embargo, el suicidio de Catón fue la muerte del último hombre libre de Roma. Al día siguiente fue enterrada la libertad, hasta que salió resucitada de las catacumbas. Porque apareció una enorme legión de hombres obscuros y de mujeres y niños débiles o inermes que se dejaban matar, para que su sangre ganara la batalla de la libertad. La táctica moderna no se parece a la espada de Catón y se semeja un

tanto a la actitud de los antiguos mártires; pero va por nuevos senderos. Y hoy se piensa y debe pensarse en aplicar en la medida de lo posible el sistema del joven héroe irlandés que se dejó morir de hambre en medio de sus cadenas, detrás de los cerrojos de la cárcel del despotismo inglés y en presencia de millares de parias como él.

Se dirá que este sistema aplicado literalmente en el mismo sentido en que lo aplicó el Alcalde de Cork y en la misma forma empleada por la abanderada del feminismo en Inglaterra, fracasaría. Porque los esbirros de nuestro medio muy lejos de rendirse ante un hombre que se niega a comer, se regocijarían, dado que la crueldad y el desdén con que se trata a todos los católicos entre nosotros, no dan lugar a duda sobre ello. Y nosotros en este punto estamos perfectamente de acuerdo. Sin embargo, si la huelga del hambre al tratarse de un hombre, de uno solo de los parias, fuera a parar en el desastre, no sucede ni ha sucedido, aun entre nosotros, en más de alguna ocasión esto mismo, con un procedimiento bastante parecido a la huelga del hambre.

Hablamos de otra especie de huelga que aunque un tanto semejante a la del Alcalde de Cork, no pide, no exige, estar dispuestos a la muerte, ni pide ni exige más que unos cuantos sacrificios que ser de unánimes, coordinados, uniformes, simultáneos, constantes, caen como montaña sobre los déspotas y los rinde y los resquebraja. El procedimiento a que nos referimos es el luto, pero no un luto que se reduzca a clavar moños negros en las puertas y en las ventanas y que haga vestir crespones oscuros a hombres y a mujeres, no: ese luto debe tener como base esencialmente fundamenta, la abstención, no de tomar alimentos, no de apagar la sed, no de renunciar al sueño: se trata de abstenerse, en la mayor medida posible, de hacer las compras ordinarias y limitarse rigurosamente a lo indispensable para la vida en sus aspectos ordinarios.

Además, abstenerse de toda diversión, del empleo de toda clase de vehículos y de salir a la calle, a no ser que se trate de casos imprescindibles. Una abstención así, que remotamente, que muy lejanamente se asemeja, se parece a la huelga del hambre, cuando se sabe coordinar, entroncar todas las actitudes con oportunidad, con simultaneidad, con uniformidad, sin discrepancia, sin deserciones ignominiosas, lleva a toda la vida, lleva a todo el enorme resonante torrente de la vida ordinaria si no a la parálisis súbita y total, cuando menos a una parálisis parcial que se parece mucho a la otra y que acaba, que ha acabado siempre por fatigar, por desdoblar el puño de los perseguidores.

La campaña que los católicos de Jalisco emprendieron contra la reducción de sacerdotes consistió esencialmente en esa abstención de que acabamos de hablar. De pronto casi todos dudaban del éxito, los perseguidores se encogieron de hombros y rieron burlonamente. Pero a la vuelta de unos cuantos días y en seguida de unos cuantos meses toda la trama complicada de la vida de los negocios, comenzó a padecer la asfixia más o menos fuerte; hubo casas comerciales que quebraban y la parálisis comenzó a amenazarlo todo. Fue entonces cuando los que estaban vivamente interesados en la derogación del decreto, abrieron los ojos y hasta los mismos perseguidores, inclusive masones, incrédulos y liberales, quisieron ansiosamente dicha derogación.

Hoy se puede hacer otro tanto ante el furor de los actuales perseguidores. Hagámoslo. Háganlo por todas partes. Y la batalla se ganará ahora, se ganará mañana, se ganará siempre. Abstención uniforme, cerrada, simultánea, completa en los términos antes indicados. Es el recurso supremo y nuevo contra los verdugos de la conciencia. De manera que si se logra que la masa inmensa de los católicos salude aunque sea de lejos el espectro radiante y victorioso del joven irlandés que se condenó a la huela del hambre para liberar a su Patria, la libertad ganará la batalla para siempre.

UN VOTO DE SANGRE

La persecución sigue su marcha de atropellos y de asaltos a la libertad de conciencia. Y en medio del vértigo que la precipita y que la ciega, ha intentado llegar hasta el estrangulamiento. No pretende solamente herir; no se propone golpear solamente, no se contenta con magullar entre sus dedos ensangrentados las altas y nobles prerrogativas de pensar y de creer libremente, se siente poseída de la locura del exterminio. Y por esto las mismas asfixiantes restricciones que la Constitución de diecisiete ha consagrado contra las conciencias y contra los católicos, le han parecido y le parecen muy poca cosa a la persecución, que alza el puño crispado por la fiebre, por la obsesión del aniquilamiento.

Si el artículo ciento treinta constitucional establece el principio de que se puede fijar, según las necesidades locales, el número máximo de sacerdotes que puede ejercer su ministerio, sin dar más facultades, no más atribuciones: la persecución, que desea vivamente, ansiosamente, la extinción, el aniquilamiento de la libertad de conciencia, ha tenido que ir, ha ido más lejos, lo más lejos que ha podido. Ha dicho: *Se puede fijar*; luego a la fuerza *debemos* fijar el número máximo de sacerdotes. se ha acercado ya el estrangulamiento. Y en estos momentos en que todas las máquinas de la fuerza bruta y de la violencia, han entrado en movimiento para llegar al exterminio, se ha efectuado un fenómeno que era necesario para que resaltara, con evidencia avasalladora, aplastante, innegable, la impopularidad inmensa de los artículos sectarios y antirreligiosos de la Constitución de diecisiete.

De sobra han dicho y dicen todos los revolucionarios que esa Constitución expresa la voluntad soberana del pueblo y es la indicación clara, terminante y categórica del criterio popular. Lo han dicho en todos los tonos, en todas las formas, hacia todas partes. Y como en medio de la atmósfera de furor y de violencia en que se halla la opinión pública, ha sido siempre imposible que el pueblo diga claramente, ostensiblemente, en forma indiscutible, lo que piensa y lo que siente respecto a la actual Constitución, en lo que se refiere a los artículos violatorios de la libertad de conciencia, se necesitaba que la misma máquina, el aparato de la violencia, golpeara, apretara, rasgara carne y estrujara cuerpos y pensamientos de manera que el grito, el clamor espontáneo ensordecedor de los perseguidos y de las víctimas, viniera a ser un plebiscito escrito con sangre para condenar el odio jacobino de la Constitución.

Y lo que habría sido imposible por espacio de muchos años; lo que hubiera exigido largos y agotantes trabajos, lo que hubiera necesitado un ambiente amplio de exteriorización de opiniones, ambiente amplio de exteriorización de opiniones, la misma máquina de guerra de la revolución, lo ha realizado en forma maravillosamente completa.

Se ha querido poner y se ha puesto sitio a la conciencia de cada uno; se ha querido estrechar el cerco, el círculo de hierro contra la libertad de conciencia, de manera que no es posible vivir; se ha llegado hasta a arrancar de raíz la condición esencial de la vida religiosa, con la reducción cínica, risible, de sacerdotes y ha faltado el oxígeno de la verdad religiosa en todos los pulmones; pero al mismo tiempo con los arranques inesperados que siempre la acompañan, se ha dejado sentir la asfixia con todos sus síntomas, con todas sus señales.

Los que antes de que se intentara la aplicación exacta y exagerada de los artículos antirreligiosos de la actual Constitución, creían gozar de buena y cabal salud en el orden religioso, porque el aire no se había enrarecido; hoy, que espadas y bayonetas, se entrecruzan sobre frentes y conciencias, sobre niños y mujeres, sobre obispos sacerdotes para envenenar el ambiente, para matar el oxígeno de las almas, para hogar la conciencia nacional, alzan sus manos y abren ansiosamente sus labios para pedir aire, porque la revolución los está matando en sus espíritus y en sus conciencias. Y de cada boca se levanta

una anatema contra la revolución: de cada conciencia se alza una maldición; no hay frente, ni de hombre, ni de niño, ni de mujer, que no se haya levantado, al sentirse rodeada por la asfixia, para echar sobre cada uno de los artículos antirreligiosos constitucionales, todo el aliento de ira santa y de indignación.

El día en que la Constitución de diecisiete fue elaborada, el pueblo ni siquiera tuvo noticia de lo que se hacía, ni de lo que se escribía. No estuvo presente a los debates. No pudo decir su palabra, ni su opinión. No se le permitió, adrede, con firme e inquebrantable propósito de excluirlo, la entrada, ni a él, ni a sus representantes genuinos. Y todos los que en aquella asamblea, atacada de delirium tremens, según la frase reciente del rabino Abraham Simón, votaron la guerra a Cristo, la guerra a la Iglesia, loa guerra a la conciencia nacional, la guerra sin tregua a las tradiciones religiosas de nuestra Patria; se arrogaron una representación que jamás solicitaron, que jamás tuvieron y que jamás pudieron tener. Entonces, pues, el pueblo no pudo votar, ni a favor ni en contra de la Constitución.

Más tarde no lo había podido hacer porque el pueblo no entiende de metafísicas, ni de fórmulas, ni de leyes escritas en terminología abstrusa y peor redactada. Si entiende el lenguaje inconfundible, claro, terminante de los hechos. Y hoy que aquellos artículos que le han jurado guerra a Dios y a su Iglesia, pasan de meras fórmulas a ser realidades brutales, que atan manos, que encarcelan conciencias, almas y cuerpos, que amordazan, que encadenan, que hacen imposible la vida religiosa; hoy el pueblo sí entiende, hoy sí sabe de qué se trata, hoy sí mide en su totalidad, el alcance arrasador de la persecución y de los principios sectarios consagrados en la Constitución de diecisiete.

Y hoy también, porque la espada y la bayoneta lo hieren de frente, le rasga sus brazos, le desangra su cuerpo, le asfixia su pensamiento, su conciencia y sus tradiciones, hoy sí vota, hoy sí dice, en medio de una hoguera santa de indignación y en plena, en innegable, en irresistible espontaneidad, con los labios hacia todos los vientos, con los brazos atados al potro, con el gesto angustioso del que siente morir porque le falta el aire, porque se ahoga, su maldición contra los artículos persecutorios.

La persecución se ha empeñado en ir, en llegar hasta el estrangulamiento. Muy bien. Esto se necesita, esto es urgente, para que catorce millones de mexicanos que, a pesar de todo, llevan el vivificante, el milagroso oxígeno de la verdad católica en sus venas, en su sangre, en sus huesos, en su pensamiento, en sus palabras, en lo íntimo de su conciencia, griten hacia todos los vientos y digan que el puño armado y escoltado de espadas de la revolución y de los perseguidores, está matando o intentando matar todas las condiciones de nuestra vida religiosa espiritual y que se nos está matando de asfixia. Y los catorce millones de gritos de católicos acogotados, casi asfixiados, casi estrangulados, son el resonante, el inmenso, el innegable, el rotundo plebiscito que condena a la Constitución actual.

Se ha dicho que os griegos en sus asambleas democráticas, votaban con piedras blancas Chesterton, defensor ardiente, vengador victorioso e irresistible del voto de los muertos, proclama en uno de sus libros el principio de que en las democracias modernas debe votarse con tumbas, para no excluir el voto imprescindible del pasado.

La revolución no ha dejado jamás votar a los católicos, hasta ahora no hemos podido votar, ni con piedras blancas, ni con tumbas. Hoy, sin embargo, bajo las angustias del estrangulamiento, en medio de los desfallecimientos de la asfixia que ya ahoga hasta los últimos reductos de las conciencias, daremos votos con la sangre de nuestros brazos amarrados a la piedra de los perseguidos, con la sangre de nuestros labios amordazados, con la sangre de nuestros niños, de nuestras mujeres y de nuestros viejos que, en medio de su agonía, levantarán sus manos en señal de protesta. Y se tendrá lo que muchos han

negado, lo que muchos desean: un voto de catorce millones que condenan los artículos persecutorios de la actual Constitución.

Y ese voto sí que es el voto genuino e irrecusable del pueblo. Que continúe la persecución exigiendo ese voto, que es el voto de su condenación y en todas partes lo encontrará.

CRUCIFÍCALE, CRUCIFÍCALE

Las consignaciones están a la orden del día. Y la consignación del valiente Arzobispo de México, han venido más consignaciones contra los demás Príncipes de la Iglesia Mexicana. Y tras de estas consignaciones, si la revolución hoy quiere ser lógica y no quiere desviarse de la trayectoria por donde debe seguir su marcha de vértigo y de barbarie, tendrá que venir forzosamente, inevitablemente una consignación estupenda por su significado y por su número: tendrá que venir la consignación del pueblo mexicano, más aún, la consignación de la Patria misma.

Porque sordo y ciego, con la sordera y la ceguera de las pasiones hechas tumulto, se necesita estar, para no comprender que desde el instante mismo en que los constituyentes de diecisiete, ebrios de jacobinismo, consagraron la guerra a muerte a la Iglesia Católica y la mutilaron y la despojaron, tendría que empinarse por encima de las puntas de las espadas y de las bayonetas la cabeza gigantesca del pueblo para maldecir, con un grito resonante e inextinguible salido de todas las tumbas, escapado de cada ruina y de cada escombro, de cada edificio, de cada monumento y sobre todo de las raíces más hondas y complicadas de nuestra historia y nuestra tradición, todos los artículos constitucionales que contradicen y desgarran las entrañas vivas y fuertes de la psicología nacional.
La revolución parece mostrarse llena de sorpresa ante la protesta gallarda, serena, tranquila como el gesto de Sócrates, el primer perseguido por llevar la bandera del pensamiento en alto y como la sublime actitud de Jesús, el más fuerte abanderado de la libertad, con que han saludo a los Prelados Mexicanos, los artículos sectarios de la Constitución del diecisiete, pero la revolución no ha pasado aún por la sorpresa que le espera en el camino de las consignaciones y tendrá que encontrarse cara a caro con el pueblo mismo que junta su grito clamoroso de maldición a la palabra de sus pastores: “A impulso de su espíritu inmenso, dice Chesterton al referirse a estas victoriosas palabras de Jesús: «El día que éstos callen gritarán las piedras», se alzaron cual ecos clamorosos, las fachadas de las catedrales de la Edad Media, pobladas de caras chillones de bocas abiertas”.

Y así, poblado de bocas abiertas que protestan desde cada página de nuestra historia, desde cada puñado de polvo de nuestros envejecidos cementerios, desde cada piedra de nuestros templos, desde cada recuerdo de nuestros muertos, desde cada fibra estropeada y herida del alma nacional, ha encontrado y encontrará la revolución el camino de las consignaciones por donde se ha precipitado.

Y llegará un momento en que ante el erizamiento de brazos que protestan contra la mutilación de la Iglesia y contra su desangramiento, la revolución vuelva atrás para no encontrarse cara a cara del gran esclavo, del gran abofeteado, del gran paria escarnecido o tendrá que abrir una cárcel en cada hogar, y faltarán puños de verdugos para atar manos de esclavos y para cortar cabezas de mártires.

Lo raro y más que lo raro, la imbecilidad de la revolución ha consistido en pensar que a un pueblo se le pueda atar a las culatas de las bayonetas, se le pueda magullar el cuerpo, se le pueda encarcelar su pensamiento y sus creencias, sin que jamás se deje sentir un sacudimiento de indignación, sin que nunca haya un grito de protesta y sin haber logrado otra cosa que haber conquistado renombre y fama de verdugo, de profanador de conciencias y de déspota.

La revolución el día de la orgía del jacobinismo debió pensar, si es que pudo y puede pensar, que en cada una de las páginas de la historia de cada revolución, lo que resalta, lo que sobrepuja a la rabia, al furor y a la cuchilla de los revolucionarios, es la resurrección irresistible, el retoñar desbordante y avasallador de los pensamientos, de los sistemas y de las tendencias odiados por los innovadores.

Hoy mismo Francia, en plena resurrección, pasea los estandartes de Juana de Arco, la empuñadura de Carlomagno y el ideal de San Luis, caído el noventa y tres bajo el filo de la guillotina, por encima de la carcajada de Voltaire,[145] de la tumba olvidada de Mirabeau y del olvido de Robespierre. Y es que se cumple matemáticamente, irresistiblemente la profecía dicha por el Nazareno desde la pollina con las pezuñas hundidas en las ramas de olivos: “Si éstos callen, gritarán las piedras”.

Y todos los días, minuto a minuto, allí donde la revolución desnuda su puñal para acuchillar a Cristo hecho vida y tradición en las conciencias, si los pueblos callan (y nunca callan, ni callarán) las piedras hablan y tarde o temprano se juntan el clamor de los muertos y el clamor de los vivos para cantar por millonésima vez el “hosanna” y ensordecer, aturdir a los perseguidores rodeados de legionarios.

Dos mil de enconado fracaso, desde Pilatos a Nerón, desde Diocleciano hasta Cromwell, desde Cromwell hasta Dantón[146] y desde Dantón hasta Bismarck, no han bastado para dejar definitivamente comprobada la vitalidad indestructible de Cristo y su poder invencible de dejarse crucificar y de resucitar bajo la empuñadura de la espada de los verdugos, más aún: la revolución, aparte de haber ignorado todo esto o de olvidarlo, ha fingido no oír todo el clamor de todas las casas y de todas las almas cuando a dejado caer su mano de verdugo.

Pero a cada golpe y a cada desgarradura, han contestado con un grito de indignación las mismas mujeres de los revolucionarios, sus propios recuerdos, su propia vida. Y juntamente con todo esto, las sombras de todos nuestros muertos desde Gante y Quiroga, hasta Alcalde[147] y Cabañas,[148] las canteras mutiladas de nuestros monumentos y la carne viva y estrujada de catorce millones de mexicanos.

Todo grita, todo protesta, contra el jacobinismo rancio de la Constitución, y en torno de los Pelados se alza, en erizamiento inmenso ante todo y sobre todo, el pueblo “el rey de burlas” de la democracia moderna y de la revolución. La revolución debe consignar al pueblo para ser lógica; así aparecerá en plena luz su barbarie y su despotismo. Por esto y hoy que se trata de consignaciones le decimos a la revolución: el pueblo también protesta; mira el erizamiento de sus puños crispados; [escucha el] crucifícale, crucifícale, y luego [ve al representante del César que] escribe sobre su frente otra vez la eterna fórmula de la farsa eterna de todas las revoluciones: “este es el rey”.

---

[145] ***VOLTAIRE***, Francois-Marie Arouet, apodado (1694-1778). Pensador francés, analítico y corrosivo, defendió el despotismo ilustrado y las libertades individuales.

[146] **DANTÓN**, Jorge Jacobo (1759-1794). Revolucionario francés de raíces aristócratas. Miembro de la Convención, proclamó la República en 1792.

[147] **ALCALDE** y Barriga, fray Antonio (1701-1792). Religioso dominico y prelado español, fue obispo de Yucatán (1763) y de Guadalajara (1771-1792), de la que fue benefactor.

[148] **RUIZ** de Cabañas, Juan Cruz (1752-1824). Obispo y benefactor de Guadalajara, diócesis que gobernó de 1796 a 1824. Entre sus obras destaca la Casa de Misericordia.

CON LA ESPADA EN LA MANO

Obregón ha querido hacer un acto de presencia personal en la metrópoli. Y en seguida ha dejado caer, sobre las interrogaciones, sobre los planes y sobre los tumultos en que hierve el futurismo su palabra terminante, cortante como una espada acabada de afilar. Y hasta los más empobrecidos y osados políticos acostumbrados a hacer declaraciones después de alzar la frente, como si se tratara de un oráculo antiguo dispuesto a vaticinar la suerte de toda una campaña, han guardado el más profundo silencio. La misma prensa metropolitana cuando mucho se ha limitado a subrayar la inconveniencia de que tan prematuramente se hable de la próxima campaña destinada a darle un sucesor al General Calles.

Si durante el tiempo en que el Senado discutió lo relativo a la reforma del debatido artículo ochenta y tres constitucional, sobraron opiniones y maestros que levantaran su cátedra de derecho en la prensa periódica para dar su opinión y no faltó quien condenara categóricamente lo que últimamente ha venido a ser la opinión definitiva de Obregón, hoy parece que ante la presencia del probable, quizá del segundo candidato a la presidencia de la república, todos han sufrido un brusco e inesperado ataque de parálisis. Y ni las plumas de los periodistas, ni los labios de los políticos han podido, ni querido tener la osadía de externar sus puntos de vista, ni mucho menos de expresar lo que puede ser el punto de vista fundamental de la opinión pública, que en este caso ya tiene una manera de pensar bien definida, porque siempre la tienen los pueblos al tratarse de cuestiones como la que viene siendo el blanco de todos los comentarios.

Nosotros sentimos y creemos ser un portaestandarte de los verdaderos intereses del pueblo y ante todo de la democracia y de la libertad en sus acepciones más altas, más puras y más desinteresadas y desde luego juzgamos que la actitud de Obregón es la actitud de un viejo, de un antiguo revolucionario, que está muy lejos de haberse curado de la arraigada enfermedad que ha padecido siempre la revolución y que consiste en ser la primera, la más audaz, la más permanente profanadora, no solamente de la ley sino de los postulados mismos que han servido de bandera a los revolucionarios. De tal manera que no hay ante el problema planteado por Obregón, con sus últimas declaraciones, ni un problema de carácter jurídico, ni de carácter democrático. Se trata simple y sencillamente de una cuestión que será resuelta como siempre resuelve la revolución todas las cuestiones que se rozan más o menos íntimamente con la ley, con los principios consagrados en los códigos, cuando hay de por medio altos y fuertes intereses de orden público.

De sobra sabemos por una experiencia innegable como todos los hechos y dolorosa como todas las crisis de sangre y de recios dolores, que para los revolucionarios nunca ha habido graves, ni insolubles problemas o conflictos ante la le. Cuando Alejandro el Grande se halló en presencia del problema consistente en desatar el nudo gordiano, para abrirse paso victorioso hacia su porvenir de conquistador y de capitán vencedor, muy lejos de perder el tiempo, como otros ya lo habían hecho, en resolver ente sus dedos el famoso nudo, tomó su espada, la alzó sobre su hombro y la descargó sobre las torceduras hasta entonces invencibles del nudo famoso. Quedó resuelta la dificultad. El problema dejó de existir. Y esto hace y ha hecho todos los días la revolución cuando se halla en presencia de un problema de orden legal.

Para los particulares inermes, importantes, reducidos a su debilidad, para los desposeídos de ascendientes y de alta posición política, para los millones de parias que todos los días esperan que el látigo de los verdugos rompa de nuevo las heridas abiertas por la mano de los profanadores de todos los derechos, el nudo gordiano allí está: recio, como las torceduras de piedra de una montaña; irrompible, como la mano cerrada de un gigante; asfixiante como la carga de tierra de un sepulcro. Y nadie, entre

los caídos, entre los condenados a la esclavitud, entre los condenados por ser enemigos de la revolución; nadie entre los condenados a vivir como parias, nadie entre los catorce millones, que no pueden pensar, ni hablar, ni rezar, ni bendecir a Dios, ni vivir según el pensamiento religioso central de su vida, podrá romper el nudo gordiano. Porque ellos no tienen espada; ellos no llevan sobre su cabeza el casco victorioso del guerrero, ni el corcel de la conquista, ni mucho menos la espada afilada que corta nudos y dificultades para el pensamiento, para la palabra, para la libertad de conciencia y para las demás libertades. En cambio los revolucionarios, como Alejandro el Grande, sonríen tranquilamente, sarcásticamente, ante el nudo gordiano, ante alguna traba, ante algún obstáculo creado por algún artículo o por algún código, así sea éste el más alto, el más significativo y el más sagrado. De tal manera que si uno, dos, tres o todos los artículos de todos los códigos, se juntan, se entrelazan y forman un inmenso, un formidable nudo que parezca una enorme cordillera, nosotros los desvalidos ante los dueños del poder, los caídos, los inermes, los amarrados de las manos echadas hacia atrás, nos acercaremos a desatar ese nudo gigantesco.

De hecho unos cuantos artículos antirreligiosos están allí, para demostrar que porque detrás de la Constitución está todo un desfiladero de espadas, los parias, los católicos tendrán que bajar su cabeza de esclavo ante los artículos persecutorios. Los revolucionarios, de un solo tajo rompen el nudo, le desdoblan todas sus torceduras, y siguen su marcha. Ante Obregón lo que cabe no es discutir si tiene posibilidad jurídica para ser presidente de la república, puesto que la cosa es tan clara que la palabra **nunca**, empleada en la redacción por los contribuyentes, aparte de los antecedentes históricos, deja fuera de toda dura y aun de toda discusión el sentido del artículo ochenta y tres, terminantemente condenatorio de la reelección en todo caso.

Lo que es preciso saber es si Obregón tiene la espada de Alejandro para cortar el nudo hecho de torceduras históricas, de promesas formuladas por la revolución y de palabras indudables y de preceptos transparentes en la Constitución. Y hay que convenir en que la parálisis que atacó a todos los políticos delante de las declaraciones contundentes de Obregón, ante el nudo, ante el obstáculo creado por el artículo ochenta y tres, trae ya la espada en la mano. Así, como suena. ¿Cómo se explica el silencio de todos ante un hombre que se presenta súbitamente en la metrópoli y que al margen del debate enconado de la reelección y de las declaraciones hechas por políticos y por militares, pronuncia unas palabras y suspende la discusión? Es que no solamente se le ha visto con la espada en la vaina, se le ha visto ya con la espada desenvainada y en alto para desatar la dificultad. ¿Se pregunta que dónde está la espada? Nosotros no lo sabremos decir. Pero los que la han visto, en alguna parte la han visto. De otra suerte, ante un puño desarmado, la algarabía hubiera crecido y hubiera acabado en rechifla. El hecho no tiene nada de original. Si Díaz se reeligió cuantas veces quiso, fue porque traía la espada en la mano. Si Obregón se reelige, es porque trae la espada en la mano y la conservará hasta el día de su encumbramiento.

Se trata de uno de los múltiples casos en que la ley, la Constitución, las promesas de los revolucionarios, sus postulados y sus banderas ceden al paso irresistible y arrasador del filo de la espada. Las declaraciones de Obregón concuerdan con sus antecedentes y con sus antecedentes y con sus propósitos; fue a la Presidencia de la República por encima del artículo ochenta y dos, porque traía la espada. Irá otra vez a la Presidencia de la República, si tiene y trae espada: que la trae, parece indudable. Subirá. Eso es una consecuencia evidente. Esto demostrará que ni la revolución, ni los revolucionarios han logrado curarse de su enfermedad más grave, de la lepra que los caracteriza y que consiste en pasar por encima de la ley, del derecho, de la democracia, de la libertad, de la Constitución y sobre todo, únicamente porque traen la espada en la mano. Y según parece se trata de una enfermedad incurable.

Cuando Mirabeau pronunciaba en Marsella en cierta ocasión, uno de sus célebres discursos, fue interrumpido por un clamor ensordecedor en que se le llamaba estafador, calumniador, degenerado y otras cosas parecidas. “Yo espero, señores, que todos esos vicios morirán en mí”.

La revolución morirá con su vieja enfermedad de profanadora de sus propios principios, de sus mismos postulados y de su misma constitución. Pero, a diferencia de Mirabeau, ni siquiera promete la enmienda.

QUE LE HABLE EL PUEBLO

La persecución que en estos momentos clava sus iras sobre la conciencia nacional ha venido, por una parte, a hacer ver que la situación legal en que nos encontramos colocados los católicos en nuestro país es desesperante y por otra parte a ofrecernos una brillantísima oportunidad de manifestar clara, expresa, terminante y ostensiblemente, nuestro desacuerdo con los artículos sectarios de la actual Comisión Federal. Difícilmente volverá a presentarse un momento tan adecuado como el presente, para que todos los rumbos de nuestro país, de todos los rincones de nuestra Patria, se alce y hable la opinión pública, la opinión del verdadero pueblo, la opinión de la grande, de la aplastante mayoría que no pudo estar, ni estuvo presente el día en que se dictaron esos artículos y que, porque permanece cristiana, fiel a la Iglesia, adherida a Cristo, rechaza las trabas, las mordazas y los grilletes constitucionales con que se tortura a la libertad religiosa en todos sus aspectos y manifestaciones.

Y si fue y es imposible que la conciencia nacional penetre a las cámaras legislativas para decir su criterio y para consagrar su libertad, está abierta la vía ancha de la publicidad en sus múltiples formas, para que todos los católicos demuestren que la mayoría decisiva de los habitantes de nuestra Patria reprueban los artículos constitucionales en que se consagran la esclavitud de la Iglesia Católica y la ignominia de la libertad de conciencia.

Siempre será tiempo de que la conciencia nacional dé expresa, clara y ostensiblemente su opinión acerca de este asunto de capital interés; pero la situación creada por los últimos golpes asestados por las persecuciones es de tal manera oportuna, que será muy difícil que se presente una ocasión tan propicia como la presente. *La Liga Nacional de Defensa Religiosa* ha promovido la noble labor de que en fórmulas breves y calzadas con las firmas de los católicos se manifieste la opinión popular acerca de la libertad religiosa en relación con los artículos constitucionales que la acogotaban y la maniatan y la amordazan. Debe, por tanto, despertarse un vivo entusiasmo por esta empresa y debe trabajar cada católico, en la mayor medida posible, por conseguir que muy pronto sepan todos los revolucionarios, si es que lo ignoran; los protestantes, si es que ya lo olvidaron; los masones, si es que nunca lo han sabido y todos los pueblos de la tierra, que México, a pesar de todas las persecuciones, a pesar de todos los esfuerzos que hacen y se han hecho para arrancarle a Cristo y a la Iglesia del corazón, continúa siendo discípulo de Jesús, y sobre todo, rechaza, reprueba las leyes en que se consagra y se ha consagrado en nuestro país la guerra a la conciencia nacional y la persecución permanente e implacable de la libertad religiosa. Téngase entendido que si hoy, que los hechos piden a gritos que se externe franca y ostensiblemente la opinión de los católicos acerca de este asunto, no se hace oír clamorosa y fuerte la opinión, más tarde será difícil encontrar una ocasión más propicia y más adecuada.

EL COMPADRAZGO

El decreto de reducción de sacerdotes para nuestro Estado, señala doscientos para cada culto. Con ese número se asegura que quedan satisfechas las necesidades religiosas de los católicos; pero lo que pasa es que con ese número no se hace otra cosa que remediar las necesidades de los protestantes. Porque los protestantes, entre nosotros, están verdaderamente necesitados de muchas cosas. Desde luego necesitan que disminuya el número de sacerdotes católicos, porque cada sacerdote católico es una plaza fuerte levantada contra el Protestantismo y los protestantes saben muy bien que un solo sacerdote católico les hace más mella y les causa más derrotas y descalabros que muchos ejércitos juntos. Porque ellos, los protestantes, hasta la fecha con tantos dólares que reciben de los Estados Unidos, con tantas libertades, con plena libertad de ejercer sus ministerios, aunque sean extranjeros, con plena libertad para tener escuelas y colegios, con plena libertad para construir templos sin que nadie los moleste, con todas esas cosas no han podido ganarse más que a tres o cuatro Judas llenos de hambre que quieren salir del apuro vendiendo su conciencia. Por esto los protestantes necesitan del auxilio de alguien, aunque ese alguien sea el mismísimo demonio, aunque el auxilio consista en matar la libertad para los católicos y en perseguir a los sacerdotes católicos como si fueran bandidos y aun con mayor saña y encono. Por tanto la disminución de sacerdotes católicos es una ayuda eficacísima para los protestantes; la persecución, tal como se está dejando sentir, es un refuerzo que vale más que todas las escuadras de guerra y el decreto en que se fija el número de doscientos ministros para cada culto, es, en consecuencia, una poderosa protección para los protestantes.

Porque del millón doscientos mil habitantes que tiene el Estado de Jalisco, hay cincuenta protestantes; el resto es de católicos. El esfuerzo de los sacerdotes católicos tiene que ser agotante para atender incompletamente las necesidades de sus fieles. En cambio los protestantes ven desaparecer de las filas de sus competidores a muchos sacerdotes y pueden tener dos o tres ministros por cada protestante. El protestantismo yanqui, que desde hace más de un siglo sueña en la conquista de nuestra patria, ha encontrado en la actual persecución una ayuda fuerte, inmensa, casi decisiva. Lástima que a pesar de esto y con todo y que se les quiere favorecer con tanto cuidado y tanta devoción, otra vez va a quedarse como ha estado: reducido a comprar cuerpos de Judas hambrientos, que son todo, menos protestantes. Sin embargo, no es por demás hacer constar que con el decreto de reducción de sacerdotes contra los católicos, la revolución le está sirviendo de rodillas al protestantismo yanqui.

El compadrazgo del protestantismo de la revolución está fuera de duda. Hoy lo que importa es que todos los católicos celebremos un compadrazgo que tenga por objeto resistir a ese otro compadrazgo. Por esto es necesario que cada católico sea un apóstol, un propagandista, un maestro en la medida de sus fuerzas para llevar a todas partes el grano fecundo del Catolicismo y hacer fracasar por centésima vez al protestantismo, a pesar de la ayuda que se le está prestando con la supresión de sacerdotes.

LA VIEJA ENFERMEDAD

Se ha hecho viejo entre nosotros, el que empecemos una ora con ferviente entusiasmo y que la abandonemos al día siguiente, sea solamente porque nos falta constancia o porque no hemos visto inmediatamente los resultados o sea también porque no se ha tenido, ni se tiene la fuerza de voluntad suficiente para no desmayar delante de las dificultades y contratiempos. Y esa enfermedad individual y social que no nos deja, ni nos ha dejado terminar nuestras empresas, explica suficientemente nuestra situación.

Por esto lo primero que debe hacerse para que en lo sucesivo toda empresa católica destinada a la reconquista perdure, persevere y alcance un éxito completo, es combatir el antiguo cáncer de nuestra inconstancia y de nuestra volubilidad. Pues mientras no logremos extirpar ese mal será imposible para hagamos nada completo, ni nada serio. Más aún: no haremos otra cosa que desprestigiar las mismas obras o instituciones de que se echa mano para reconstruir el país. *La Unión Popular* es, como lo hemos dicho repetidas veces, el factor principal de que se han servido los alemanes para alcanzar el nivel de respeto y preponderancia que tienen en su Patria. Esto significa que esa obra tiene un alcance inmenso para poder organizarla, para forjar hombres, para moldear voluntades y para dar el éxito; pero entre nosotros, con todo y que algunos cuando menos, han logrado convencerse de que *La Unión Popular* es una magnifica organización, no sabemos más que empezar y a la vuelta de meses o de años todo ha quedado reducido a palabras, a desilusiones, a desaliento. Porque de nuevo nuestra vieja enfermedad nos hace retroceder y nos echa en brazos de la inercia y de la pereza. No solamente quedaremos colocados en la misma situación en que actualmente nos encontramos, sino que la misma institución acabará por desprestigiarse y por perder a los ojos de los demás toda su fuerza organizadora, todo su poder educativo y todo su empuje victorioso. Y ha llegado el momento de que ante todo nos esforcemos por desarraigar de lo íntimo de nuestra vida individual y colectiva la antigua enfermedad que ha hecho, que hará fracasar todas nuestras empresas.

La Unión Popular, por su estructura, por sus estatutos, por su organización, es ante todo una escuela de esperanza, de optimismo, de aliento, de caracteres, de constancia, de firmeza y por esto cada socio y sobre todo cada jefe debe tener entendido que dado el primer paso no habrá que retroceder, no habrá que volver los ojos hacia atrás para medir lo andado, con ánimo de fatigar el espíritu ante los desastres sufridos, ante las derrotas padecidas o ante la persistencia de los obstáculos y las dificultades.

Que cada día nos sorprenda con la mano sobre el arado, con la vista fija en el surco, con el brazo dispuesto a seguir adelante y con el ánimo de arrancar para siempre de nuestra alma individual y colectiva, la vieja enfermedad que siempre nos deja y nos ha dejado empezar, pero nunca nos deja ni nos ha dejado terminar. Y hoy es preciso terminar con el éxito en la mano prendido en el asta de nuestra bandera.

CONTRA LOS TRES

Hemos dicho que los tres grandes enemigos de la Iglesia, en estos momentos en nuestro país son: el Protestantismo, la Masonería y la Revolución.

Los tres han jurado guerra a muerte a la fe sagrada de nuestros padres; los tres han jurado matar al Catolicismo; los tres han jurado matar a la Iglesia de Dios y acabar con los católicos.

Los tres trabajan con una actividad incansable y con un programa de acción verdaderamente alarmante y bien organizado. Porque esos tres enemigos persiguen y baten al Catolicismo en todas partes, a todas horas y en todas las formas posibles. Y no exageramos. Esos tres enemigos nos combaten en las calles, en las plazas, en la prensa, en la escuela, en los talleres, en las fábricas, en los hogares. Hacen penetrar sus hojas sueltas a los rincones más olvidados. Sostienen constantemente su prensa. Protegen todas las formas de prostitución y las aprovechan. En fin: mantienen y alzan sus banderas y sus combates en todos los rumbos y en la totalidad de nuestra vida. Han generalizado la batalla de manera que en estos momentos lo han invadido todo y tienen desenvainada su espada y regados sus batallones en todas partes. Nosotros hasta ahora nos hemos limitado a combatir solamente en algunas baluartes y en algunos de los reductos que nos han dejado. Hemos combatido en el templo. Desde allí todos los días se hace sentir la guerra contra el mal. Hemos combatido en la prensa, pero tan pobremente, tan raquíticamente que puede decirse que no hemos combatido. No hemos combatido dentro de los talleres, ni de las fábricas, ni de los hogares, ni de la escuela, ni en la calle, ni en la plaza; nos hemos limitado a combatir dentro de nuestros templos. En tanto la batalla se ha generado y los ejércitos del mal lo han invadido todo. Y ha llegado el momento de generalizar la defensa de los derechos de Dios y de su Iglesia. ¿Cómo? *La Unión Popular*, que está presente en todas partes, en virtud de su estructura y de su organización y que combate en todas partes: en la prensa, en el taller, en la fábrica, en el hogar, en la escuela, en todos los lugares donde aparece una manifestación de vida individual y social, es la obra que generalizará el combate por Dios.

Si *La Unión Popular* no tuviera más cualidad ni más ventaja que generalizar la batalla en defensa de Dios y de su Iglesia, ya esto bastaría para que todo católico perteneciera a ella. Urge, por tanto, generalizar nuestra defensa. Urge que las banderas de Dios se desplieguen por todas partes, en todos los baluartes y en todos los reductos. Urge que el poder del pensamiento católico se generalice en forma de batalla y de defensa. Para esto bastas que todas las energías católicas pertenezcan a la *La Unión Popular* y secunden su programa, que va a extender la bandera inmensa de Dios sobre todos los campos de batalla.

HACER, HACER Y HACER

Hasta ahora todos o casi todos los católicos no hemos hecho otra cosa que pedirle a Dios que El haga, que El obre, que El realice, que solamente El haga algo o todo por la suerte de la Iglesia en nuestra Patria. Y por esto todos o casi todos los católicos no hemos hecho otra cosa, en nuestra Patria, que reza, sumergirnos en éxtasis, quedarnos dentro de nuestras iglesias de rodillas en espera de que Dios solamente lo haga todo. Y Su Santidad Pío XI ha venido a decirnos clara y terminantemente que hemos estado en un gravísimo error, al esperarlo todo exclusivamente de la acción de Dios y al abstenernos de hacer algo por la victoria de la causa de Dios y de su Iglesia. Por esto en su Carta Apostólica ha dicho que se necesita la acción católica y, por tanto, la acción de todos los católicos. Una acción, es cierto, que cuenta con Dios como fuente y autor fundamental de todo bien; pero una acción que, aparte de contar con Dios, consista en que cada católico, además de rezas, además de orar, además de practicar las ceremonias esenciales del culto, desarrolle esfuerzos enérgicos, organizados y constantes para restablecer el orden cristiano en los espíritus y en las conciencias. Ha llegado el momento de hacer algo, de hacer, es preciso hacerlo entender. No solamente de que Dios haga, sino de que cada católico haga algo por la victoria de la causa de Dios. Por esto en estos momentos angustiosos de prueba y en los instante en que desaparezca la prueba, en todo momento la divisa de todo católico debe ser esta:

Hacer, hacer y hacer.

NUESTRAS RESERVAS

Las energías de que podemos disponer los católicos son múltiples y poderosas. Porque si bien es cierto que la persecución nos ha estado y nos está diezmando, sin embargo, el número de católicos es bastante respetable, puesto que formamos una masa inmensa que constituye la mayoría del país. Cierto es que esto no quiere decir que cada católico sea una fuente unidad, una conciencia poderosa de atleta y de mártir, pero de todos modos somos un número verdaderamente respetable. Y si hasta ahora poco nos ha servido nuestro número, es porque o hemos sabido aprovechar nuestras energías, ni mucho menos nuestro número. Nos ha perjudicado, sobre todo, el querer que cada uno trabaje en la forma y con la misma intensidad que los demás. Y esto es un error. No solamente esto, sino que además es una causa de desastres. “Unidad no es lo mismo que uniformidad”, decía hacer muy poco tiempo en elocuente discurso el célebre General Castelneau. Y nosotros, mucho nos empeñamos en que cada uno de los demás, no solamente se unifique con nosotros, sino que obre uniformemente. Y esto nos ha restado y nos resta energías. Por esto es necesario que muy lejos de empeñarnos en violentar, en falsear la realidad, procuremos aprovechar las fuerzas de todos en la medida de loo posible y de las circunstancias. A unos habrá que pedirles solamente ayuda económica; a otros actos personales; a otros su pluma y su palabra; a otros que nomás compren el periódico; a otros que lo vendan. Ya llegará un momento en que, después de un trabajo fuerte, profundo de formación de conciencias, todos los espíritus estén prontos a dar más de lo que ahora dan y entonces los menos dispuestos a sacrificarse querrán aumentar su contingente de energía. Y de este modo habremos logrado que todos se aproximen al instante en que tengamos suficientes mártires que ganen con su sangre la libertad de las conciencias y de las almas en nuestro país.

LA ENSEÑANZA RELIGIOSA

VÍCTOR HUGO[149].- Decía en la Asamblea Nacional Francesa: "Deben ser llevados a los tribunales aquellos padres que envían a sus hijos a las escuelas en cuya puerta está escrito: "Aquí no se enseña religión". La enseñanza religiosa es, en mi concepto, necesaria ahora más que nunca. A medida que el hombre se desarrolla, más debe creer... quiero pues, sinceramente, diré más quiero ardientemente la enseñanza religiosa".

DIDEROT[150].– "El primer conocimiento esencial a la juventud debe ser la religión, base única de la moral. La Religión debe ser, pues, la primera lección y la lección de todos los días". Y este filósofo del siglo de Voltaire, nada sospechoso a los impíos, indicó también cuál era a su juicio el libro en que debían aprenderse las lecciones diarias de la moral. "Mucho he buscado a fin de encontrar libros para mi hija querida y no encontré ninguno mejor que el Catecismo de la diócesis. Sí. No os alarméis; me valgo del Catecismo y lo encuentro el mejor tratado de pedagogía. ¡Qué fundamento más sólido puedo dar a mi hija!".

GIRARDIN[151].– "Sin instrucción religiosa no hay buen sistema de educación. No basta enseñar la religión a los que deben predicar, es menester enseñarla a los que deben practicarla; esto es, a todo el mundo. Crear escuelas industriales sin enseñanza religiosa, es organizar la barbarie y la peor de las barbaries".

DISRAELI,[152] estadista de Inglaterra.– "Tengo por cierto que un sistema de educación nacional, no basado sobre el conocimiento de la religión, producirá un desastre nacional más funesto para el Estado que para la Iglesia".

GUIZOT[153].– "Todos reconocen que la instrucción primaria debe ser esencialmente religiosa, pero no basta que esto se diga y se tenga como vulgaridad; es necesario más; es preciso que llegue a ser una realidad práctica. Ahora bien, ¿en qué consiste una verdadera instrucción religiosa y popular? No consiste únicamente en la recitación del Catecismo, en la explicación del dogma y de los principios fundamentales del Cristianismo; se requiere la presencia constante y siempre activa de la fe y de la influencia religiosa en las escuelas; debe ser una educación popular, dad en medio de una atmósfera y de una vida esencialmente religiosa". (Circular a la Dirección de Instrucción Pública de Francia).

"Para que la instrucción primaria sea verdaderamente buena y socialmente útil, ha de ser profundamente religiosa... Es menester que la educación popular sea dada y recibida en la atmósfera religiosa; que las impresiones y los hábitos religiosos la penetren por todas partes". (*Mémoires*. Tom. III).

---

[149] **VÍCTOR HUGO** (1802-1885). Escritor cumbre del romanticismo francés, su obra está impregnada del anhelo de la libertad personal y social.

[150] **DIDEROT,** Denis (1713-1784). Notable escritor, considerado la figura más representativa de la *ilustración* francesa. Depositó toda su confianza en el porvenir del hombre.

[151] **GIRARDIN,** Emile de (1806-1881). Periodista y político francés, uno de los primeros periodistas de su tiempo, fue también diputado en el Parlamento y dramaturgo, junto con Dumas hijo.

[152] **DISRAELI**, Benjamín (1804-1881). Político inglés, jefe del partido *Tory* –conservador-, Primer Ministro en 1874, fue campeón del imperialismo británico del siglo XIX.

[153] **GUIZOT**, Francisco (1787-1874). Político e historiador calvinista francés, de tendencia monárquica y conservadora, es autor de una gran *Historia de la civilización en Francia*.

ÍNDICE